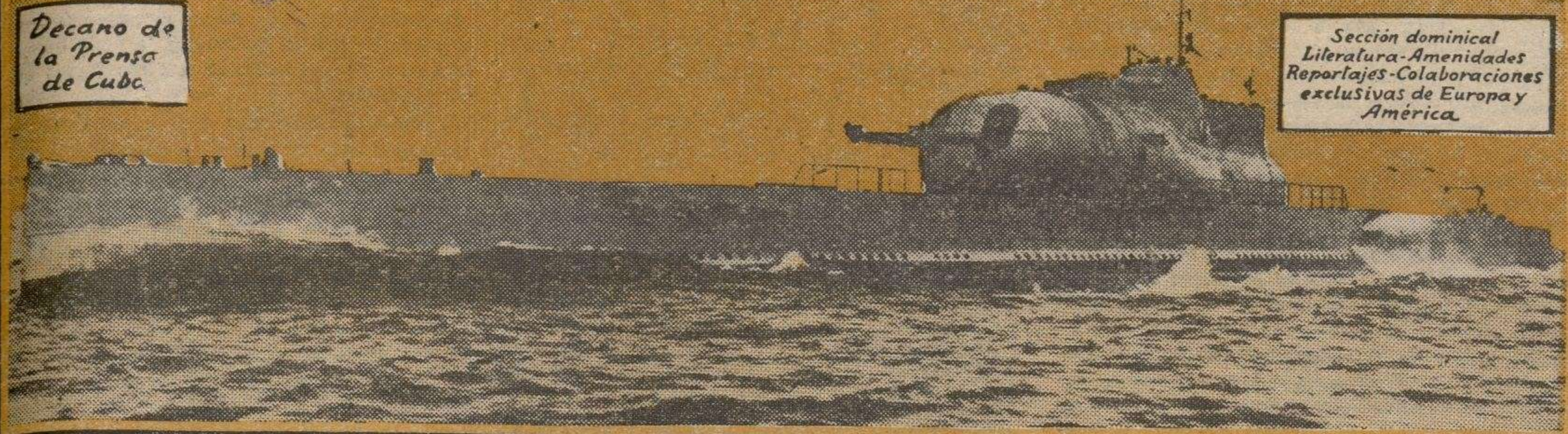


# DIARIO DE LA MARINA

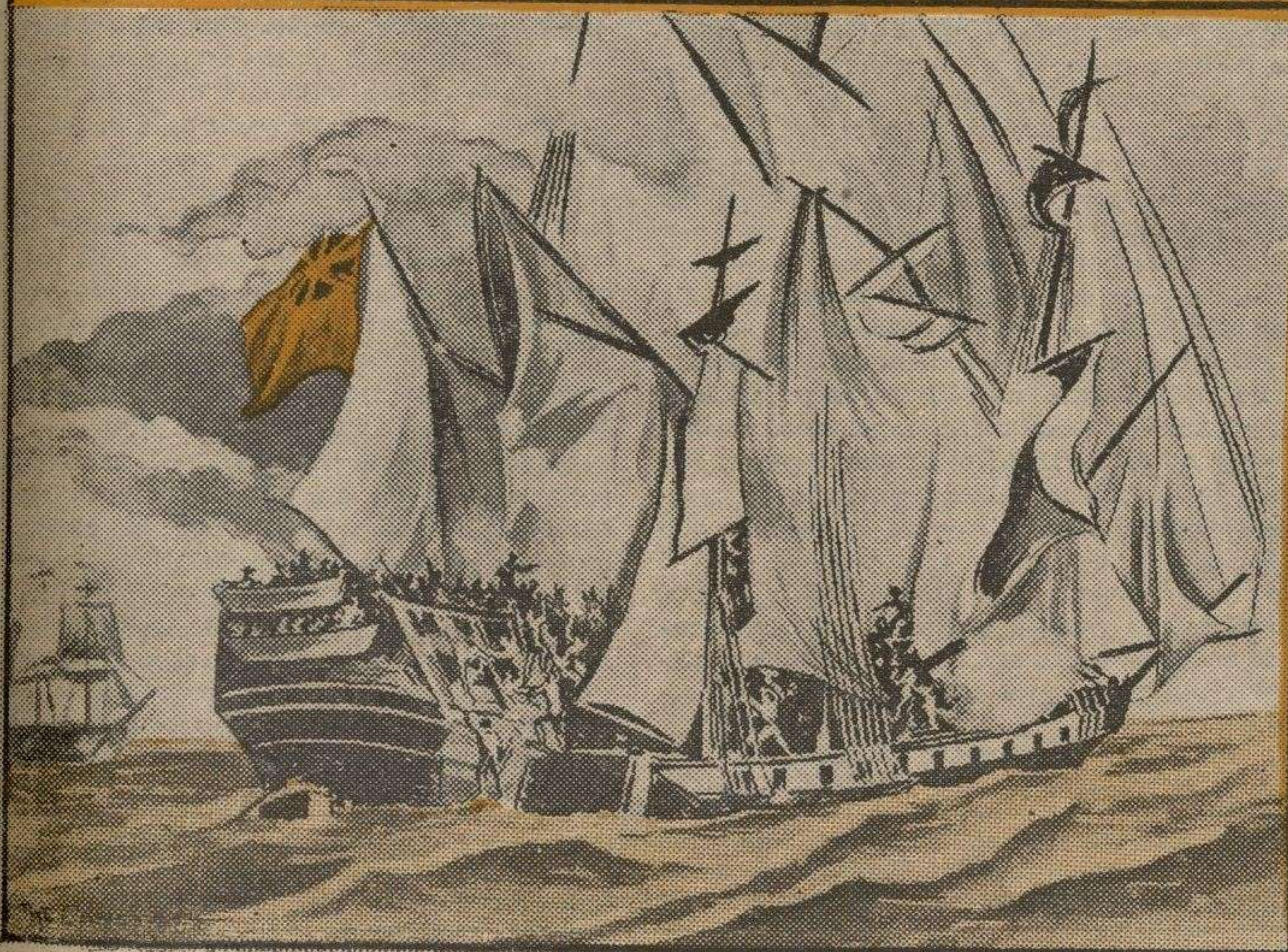
Decano de  
la Prensa  
de Cuba.

Sección dominical  
Literatura-Amenidades  
Reportajes-Colaboraciones  
exclusivas de Europa y  
América.



Napoleón y Sourcof. Este le aconsejaba la guerra contra la flota mercante de la Gran Bretaña, el siglo pasado.

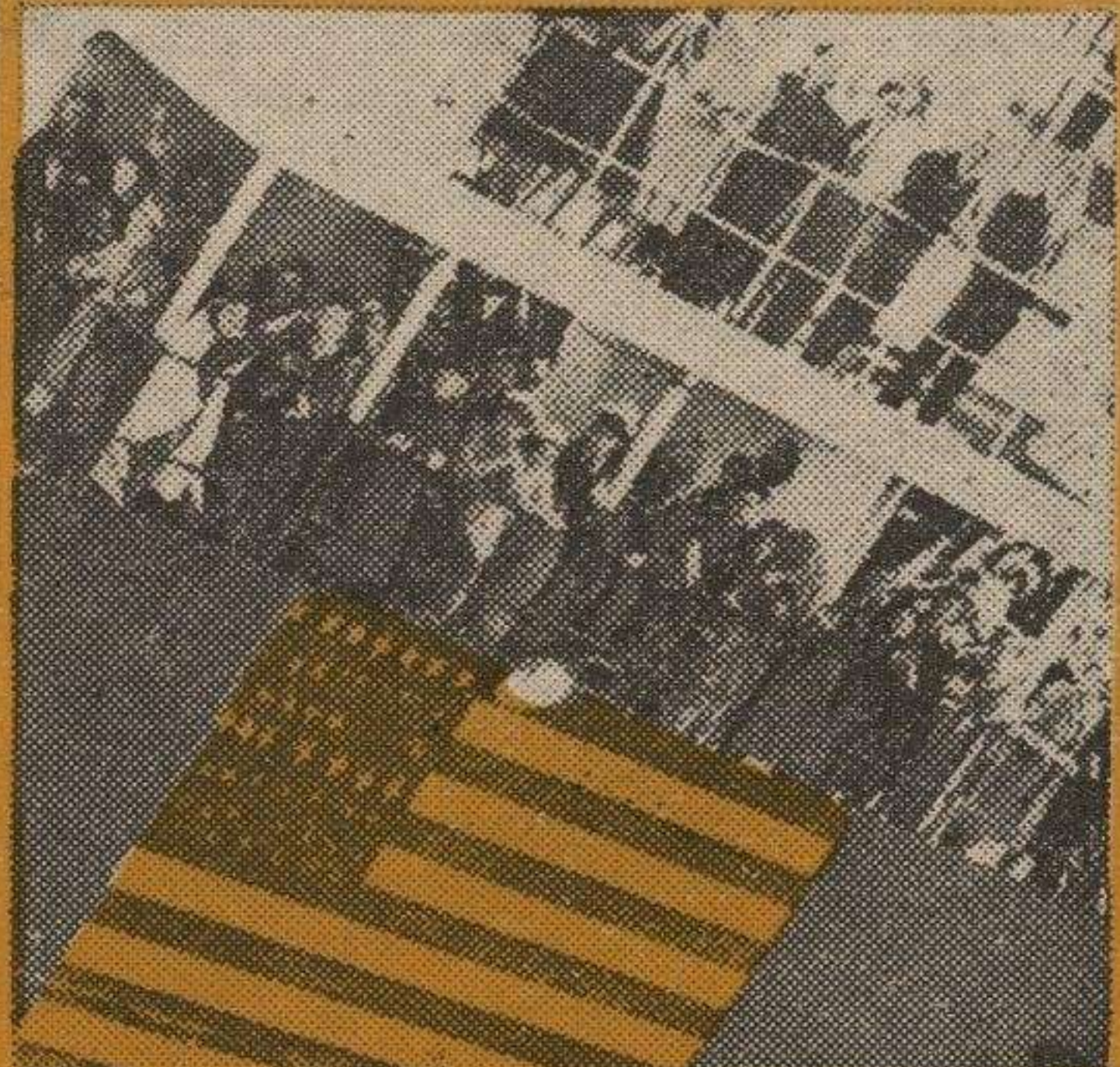
## UN PRECURSOR de la GUERRA CONTRA el *Comercio*



LA HABANA, 25 DE FEBRERO DE 1940.



MRS. ROOSEVELT.—Pág. 9.



ODISEA DEL 'FLINT'.—Pág. 6



CARNAVALES.—Pág. 4

# Un PRECURSOR de la GUERRA CONTRA el COMERCIO

**L**a mayor bendición y la peor desgracia para Gran Bretaña es ser una isla», declaró un prestigioso político galés, a fines del siglo pasado, en un debate en la Cámara de los Comunes. Fué un precursor, dado que en su época ni se vislumbraba la tremenda modificación que sufriría Inglaterra, despojada de su gloria de potencia orgullosa de su aislamiento.

Las reglas de la guerra han cambiado por completo y son numerosos los que creen que la táctica de aislar las Islas Británicas mediante una constante y encarnizada lucha contra su comercio marítimo es obra del estado mayor naval alemán de la precedente guerra. Desde que los ingleses establecieron su hegemonía en el mar, marinos de todas las naciones infligieron severas derrotas a las flotas mercantes de la poderosa Albión, y es bueno recordar que fué un corsario francés quien, por primera vez, hace ciento treinta y siete años, en una entrevista con Napoleón, estableció en forma clara y precisa el teorema estratégico de la lucha contra el comercio británico.

El hombre que sostuvo esta acertada opinión frente a uno de los más grandes militares de la historia se llamaba Roberto Surcouf, cuyas hazañas superan las de los más extraordinarios corsarios de las novelas de aventuras, lecturas preferidas de nuestra niñez.

## UNA VOCACIÓN IRRESISTIBLE

Del linaje de los grandes marinos aventureros que conquistaron sus famas en incasantes luchas, Roberto Surcouf, que nació en 1773, desde muy niño sintió una poderosa y extraña atracción que lo llevó hacia el mar. De familia burguesa muy acomodada, descendiente por su madre de Porcon de la Barbinais, llamado el Régulo francés, desertaba a menudo de las aulas para ir a contemplar en el puerto los grandes veleros, mensajeros infatigables que lucen sus gallardas siluetas por todos los mares.

A la edad en que la mayoría de los muchachos de su posición recibían elemental educación en los colegios, Surcouf recibió las saladas caricias del mar. En medio de rudos marinos hizo su aprendizaje de futuro jefe. Mientras Francia, en las convulsiones de la Revolución, daba al mundo entero la conciencia de la libertad, el joven marino sólo se preocupaba por los complicados problemas de navegación, ajeno por completo a la situación política de su país. Antes de los veinte años conquistó el grado de oficial, y el océano Indico, teatro de sus futuros combates, fué también escenario de su inexperiencia juvenil.

En 1794, al cumplir los 21 años, se encontró sin ocupaciones. Como buen marino, nunca había pensado en la necesidad de ahorrar y no tenía un centavo cuando armadores de la isla Borbón le confiaron el mando de un buque negrero llamado «La Creole». Surcouf aceptó el ofrecimiento y se preparó para realizar la atrevida empresa de transportar esclavos. Conocía el peligro que entrañaba esta misión, pues la Convención francesa, en 1790, había proclamado solemnemente, en un memorable debate, la abolición de la trata de negros y la liberación inmediata de los esclavos, estableciendo severísimas penas para los contraventores.

Con la confianza propia de la juventud, Surcouf, dichoso de hallarse nuevamente a bordo, llevó su buque a Madagascar, donde embarcó el triste cargamento humano, y luego regresó a la isla Borbón, en la cual, en una bahía desierta, entregó a sus comanditarios el tropel de negros esclavos.

Una vez terminado el desembarco, y creyendo alejado el peligro, Surcouf condujo su fragata al puerto de San Pablo, donde fondeó. Mientras tanto, la tripulación trabajaba afanosamente para hacer desaparecer todos los rastros del infame comercio. Se hallaba por completo dedicado a esa tarea, cuando, como por arte de magia, aparecie-



**EL CORSARIO FRANCÉS SURCOUF ACONSEJO A NAPOLEÓN QUE DEDICARA TODOS SUS ESFUERZOS A LA TAREA DE ARRUIINAR EL COMERCIO BRITÁNICO**

Por PAUL CONQUET

ron tres miembros del Comité de Salvación Pública local, avisados de la contravención a las leyes por una carta anónima. Fueron necesarios escasos minutos para que los comisionados se dieran cuenta de la veracidad de la denuncia.

## UNA TAREA PARA EVITARSE UN MAL PASO

Los representantes del orden público se disponían a abandonar la nave cuando, sonriente, el joven capitán, con muy corteses modales, los invitó a pasar al comedor para compartir su almuerzo. Los platos eran exquisitos, los vinos excelentes y en un ambiente, por cierto, agradable, los convidados olvidaron por completo el objeto de su misión. El recordar fué brutal. De repente los comensales se dieron cuenta de que el leve balanceo del buque se había transformado en impresionante avance. Asustados, se precipitaron sobre la cubierta y vieron alejarse rápidamente las costas de la isla Borbón. Cubrieron a su huésped de improperios, ordenándole, de mala manera, el cese de la broma. Impasible, Surcouf esperó que se callaran y a su vez habló: «Tengo la intención —les dijo— de llevarlos a las costas africanas y allí dejarlos en medio de sus buenos amigos los negros. Además, ustedes deben permanecer bajo cubierta y sólo subirán al puente cuando yo los llame».

Comprendiendo que hablaba en serio, los comisarios, visiblemente inquietos por su futuro, acataron la orden. En la noche siguiente, Neptuno se puso de lado del secuestrador, desencadenando una tempestad, gracias a la cual los pobres presos sufrieron todas las angustias de un espantoso mareo. A la mañana siguiente, molidos, enfermos, iniciaron negociaciones con el capitán de la nave. Después de no pocos esfuerzos lograron convencer a su interlocutor, que sólo pedía dejarse convencer, y rompieron el acta levantada, origen de todos sus males, redactando otra en la cual se eximía de toda responsabilidad al audaz marino. Los excursionistas a pesar suyo fueron conducidos con toda deferencia a tierra, pero conservaron, sin embargo, un pésimo recuerdo de la imprevista travesía.

De 1795 a 1801, a bordo de las fragatas «Emilia», «Clarisa» y «La Confianza», Surcouf sembró el terror entre las flotas mercantes inglesas. Sus presas fueron innumerables, coronando su resonante campaña con la toma de la nave de alto gordo «Kent», diez veces más poderoso que el buque que conducía. Las autoridades británicas, al conocer esta victoria, ofrecieron una recompensa de un «lago de rupias», lo cual equivalía a quinientos mil pesos, para quien capturase a Surcouf.

## UN CORSARIO, GRAN ESTRATEGA

En 1801, Surcouf regresó a Francia y en su

ciudad natal contrajo enlace. Abrigaba la esperanza de poder gozar de un merecido descanso, y la firma de la Paz de Amiens le permitió permanecer un tiempo dedicado a otras tareas que las de la guerra.

A mediados de 1803, este tratado fué denunciado, y cuando Surcouf se preparaba a iniciar otra de sus campañas, fué llamado por Napoleón, el primer Cónsul de Francia. Se puso en viaje de inmediato, y a su llegada a París fué avisado que al día siguiente sería recibido por el Jefe de Estado.

La entrevista tuvo lugar en el palacio de Saint-Cloud. Fué atendido de inmediato por el primer Cónsul, quien se mostró sumamente cordial.

—Estoy muy complacido —dijo Napoleón amablemente— de ver en carne y hueso al enemigo mortal de Inglaterra y lo felicito sinceramente por los resonantes triunfos que usted ha obtenido durante la última guerra. Sin esperar contestación de su visitante, con brusquedad militar, Napoleón le ofreció el grado de capitán y el mando de dos fragatas para actuar en el océano Indico. Sorprendido por la propuesta, que, en verdad, colmaba sus más íntimas aspiraciones, Surcouf aceptó, pero hizo la salvedad de que quería permanecer en absoluto independiente del almirante Linois, comandante en jefe de la división francesa allende el cabo de Buena Esperanza. Todos los argumentos formulados por Bonaparte se estrellaron contra la firmeza del corsario.

Surcouf, creyendo que había terminado la audiencia, se retiraba, cuando Napoleón le tomó del brazo y le preguntó:

—Señor Surcouf, usted conoce mejor que nadie el estado de la guerra marítima. ¿Cuál es su opinión al respecto?

—General, me pide una opinión sobre un problema muy grave, pero el Lloyd me suministra la manera de poder contestarle y juzgar a Gran Bretaña. Ese país ha perdido, entre 1793 y 1797, mil ochocientas naves más que nosotros. De eso deduzco, dado que nuestras escuadras sólo han sufrido reveses de importancia, que es a nuestros corsarios a quienes debemos este saldo favorable. Desde 1797 hasta la fecha, la cifra de las presas hechas por los ingleses está de acuerdo con la proporción anterior, mientras que las nuestras se han triplicado. Calcule usted lo que el corso ha costado a Inglaterra, y verá que nuestros corsarios han vengado en buena forma la derrota de Abukir.

Después de un corto silencio, el dueño de Europa preguntó:

—¿Cuáles son las conclusiones que usted saca de tales hechos?

—Si yo viese —replicó Surcouf— el honor de estar como usted a la cabeza del gobierno de Francia, dejaría en mis puertos a todas las naves de alto bordo y nunca ofrecería batalla a las escuadras británicas, pero sí lanzaría sobre todos los mares un sinnúmero de fragatas y de embarcaciones rápidas que bien pronto aniquilarían el comercio de Inglaterra y la colocarían de esa manera bajo mi poder. Inglaterra sólo puede vivir de su comercio; es por él que puede ser derrotada.

La visita había terminado. Surcouf prosiguió largo tiempo sus campañas, cubriéndose de gloria pero Napoleón no siguió su útil consejo.

Más de cien años después, los marinos de una potencia en guerra con Gran Bretaña recogían la enseñanza del corsario francés y, tal como fuera confesado por personalidades del Almirantazgo británico, pusieron en peligro, con sus incasantes ataques contra las naves mercantes, al país que tiene su existencia y su porvenir en el mar. La predicción de Roberto Surcouf, corsario francés, estuvo a punto de cumplirse por intermedio de los marinos alemanes, en la pasada guerra. ¿Se cumplió en esta?

**EXPLICACION DE LA PORTADA.**—Un Corsario francés, Sourcoff, aconsejó a Napoleón exterminar el comercio inglés como único medio de vencer a Inglaterra. La idea del bloqueo, es ya vieja. Sourcoff hundió numerosos buques británicos durante las guerras napoleónicas y Francia (arriba) ha dedicado el submarino más grande del mundo—con un desplazamiento de cuatro mil trescientas toneladas—a inmortalizar el nombre de este gran corsario.

# Los MILLONARIOS: una ESPECIE que DESAPARECE



Por F. Larcegu

Arriba: Rockefeller  
Loretta Young.

La estrella Claudette Colbert.

tiempo la parte que se les rebajará por diferentes impuestos, todos ellos muy explicados y hasta justificados por las necesidades apremiantes del Fisco, pero que vienen a poner un punto final a toda posibilidad de reunir fortunas, que por muy odiasdas que hayan sido por gentes ruines, es preciso y justo proclamar que han beneficiado directa o indirectamente más a los pobres que a los ricos, ya que han dado nacimiento a instituciones perpetuas, mientras los que amasaron unos cuantos millones, los han disfrutado muy pocos años, casi siempre los últimos de su vida.

Véanse unas cuantas cifras de esas estadísticas: El que más entradas tuvo en todos los Estados Unidos, un hombre de negocios, cobró 469.713 dólares, de los cuales únicamente le quedarán 148.248 una vez pagados todos los impuestos directos contra su renta. Claro está que muchos quisieran esta suma para ganada una sola vez en la vida, pero el hecho es que los impuestos absorben en dos terceras partes los ingresos, y ya no será posible reunir las grandes fortunas que no tan sólo permiten a sus poseedores ser rumbosos para el arte, la ciencia y hasta la recreación, como los Rockefeller que dieron a la ciudad de Nueva York un parque magnífico por valor de varios millones, sino que los invitan a tener yates, viajar por todo el mundo y gastar en lujos que son después de todo ganancias para mucha gente que trabaja gracias a ellos. Den-



LOS millonarios norteamericanos van pasando a la historia. No quedará más recuerdo de ellos en los Estados Unidos que los museos que construyeron y poblaron de obras de arte pagadas a precio de oro y aun de diamante; los hospitales que fundaron, las universidades que tienen los más suntuosos edificios del mundo; como asimismo las innumerables fundaciones de caridad, de higiene, de investigación, que en diferentes partes del planeta han recibido espléndidos donativos de esos personajes de la banca y la industria, que al poseer grandes fortunas, supieron ser tan magníficos como los Médicis y tan espléndidos en su protección al arte y a la intelectualidad como lo fueron los Papas y los reyes del Renacimiento, que fué una de las épocas más fecundas para la cultura, por haber entonces personajes que supieron ser generosos y

artistas, escritores y hombres de valer que utilizaron en beneficio propio y de la humanidad esta rumbosidad de los ricos sin envenenar los sentimientos de la muchedumbre.

Los economistas del caletre del dueño de la gallina de los huevos de oro que la mató para tener en un día los que iba dando acompasadamente, pueden frotarse las manos de gusto. Se exprime la bolsa de los ricos, que a este paso se van a quedar con ella tan vacía como los que nunca pudieron llenarla. Es el sistema de los revolucionarios de fines del siglo XVIII, que iban cortando cabezas altas para igualar a la humanidad... por lo más bajo, cosa harto más fácil que elevar a todos hacia arriba.

Se acaban de publicar en la prensa de Norte América datos de quiénes han ganado más dinero en el último año, pero publicando al mismo

tro de poco no habrá más que Fords en el mundo; los autos caros nadie podrá comprarlos.

Luego, los impuestos cada día mayores sobre las herencias, hará más difícil conservar fortunas que sirvan para base de otras mayores; con los Fords únicamente serán compatibles las sociedades anónimas por acciones. La masa nivelará la sociedad por abajo, y menos mal si queda bastante sentido común para no caer en el socialismo completo (no digamos ya el comunismo) en que el pobre hombre queda convertido en esclavo del Estado.

En la lista de los más afortunados ganadores

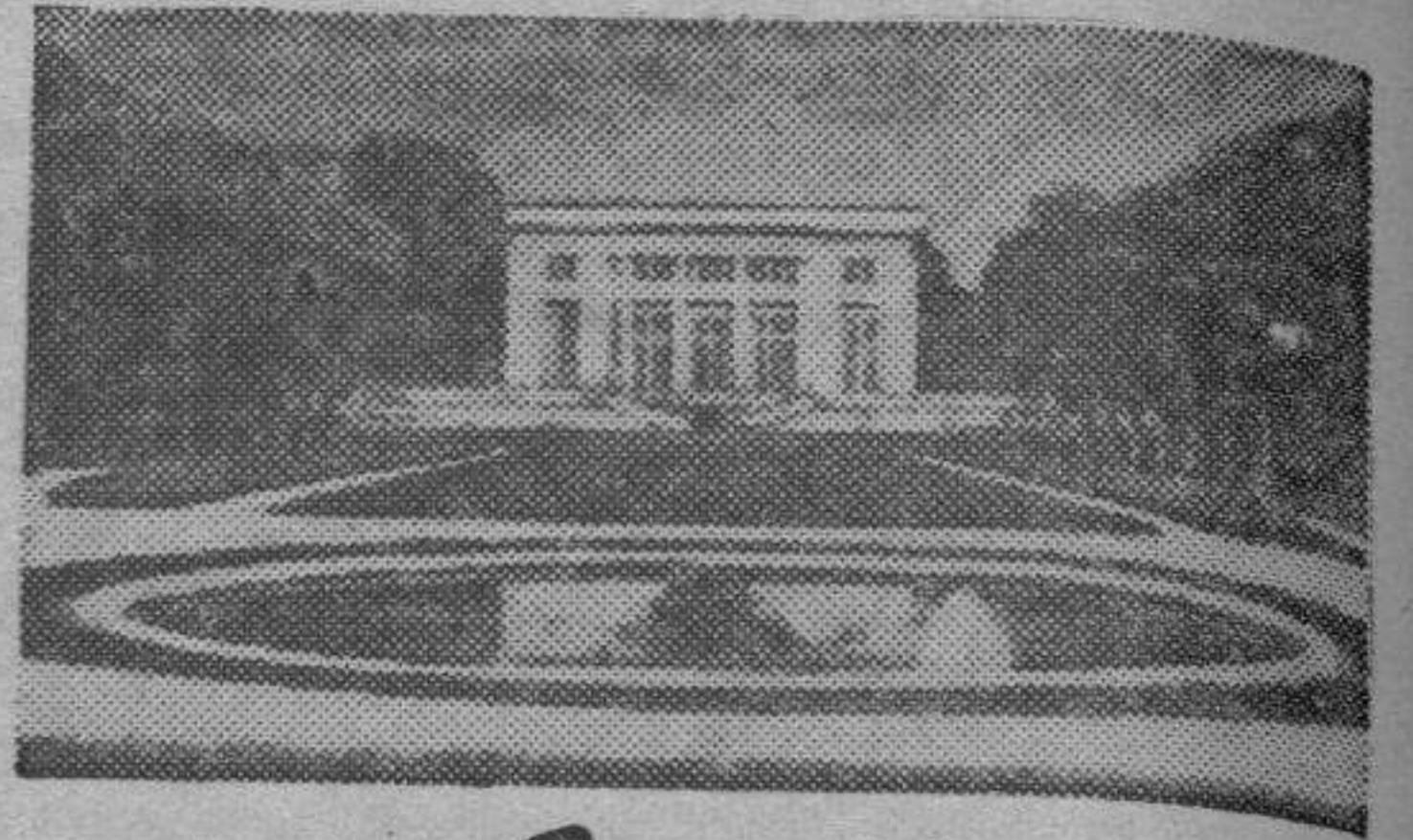


tento, porque jamás había disfrutado de ellos; no había tenido tiempo.

Elegía un disfraz conocido por la mayoría de sus adistas y luego de presentarse con él lo cambiaba con ayuda de alguna camarera discreta, disfrutando a sus anchas de la impunidad del antifaz o de la careta. En ocasiones escuchó piropos de boca de su propio esposo, seducido por la gentileza de la máscara desconocida que jugaba al desdén y se mostraba esquiva acuciando más el interés provocado. Noches de engaño en un marco propicio. Más de una vez también sorprendió a los cortesanos entusiasmados hablando mal de la reina y del soberano. Y Maria Antonieta, jubilosa, los ayudó en sus comentarios, sonsacando, divirtiéndose con las impugnaciones, riéndose de

Maria Antonieta en su juventud (al lado).—Aspecto de los preciosos jardines y fuentes del Trianón en las proximidades de Versalles.

vestido de hilo de oro constelado de diamantes formando lentejuelas. Ni la misma soberana se habría atrevido con un tocado de ese enorme precio. Habría tenido que jugar, porque a ese enorme precio recurrió en su atolondramiento en varias ocasiones para cubrir los gastos exorbitantes que efectuaba o para ocultar que tenía casi exhausta la partida asignada. Y la suerte solía sonreírle, lo que no dejó



## el TRIANÓN

LOS Carnavales del Trianón hicieron época en su tiempo. Siempre su recinto fué aprovechado para la celebración de grandes fiestas de fantasía, pero éstas no alcanzaron su apogeo hasta que pasó a manos de la «reina rococó» Maria Antonieta, que si no vivió como soberana supo morir como tal.

A Maria Antonieta no le agradaban los bailes ceremoniosos de Versalles, porque nunca se había preocupado por los detalles del protocolo; ni se le ocurría la importancia que tenía una reverencia hecha a tiempo. Cuestiones de detalle; ella era tan sólo una mujer, o para ser exactos en los primeros años de su boda una chiquilla con excesivas responsabilidades gravitando sobre sus hombros y una serie de enredos a desanudar con su gracia. Labor difícil cuando en la corte pugaban las diferentes corrientes de privanza por imponerse con ella como aliada o como enemiga, jugando siempre la última carta.

Por eso había quedado encantada cuando su esposo le concedió el usufructo particular del Trianón, finca próxima a Versalles, pequeña, como una verdadera alhaja, enclavada magníficamente en medio de una campiña esmaltada de flores.

Y si todos los actos que organizó la reina causaron admiración, si las funciones teatrales en que intervenía ella misma y las damas de su preferencia dejaban un eco de comentarios en el ambiente aristocrático, las reuniones de Carnaval se destacaron y asumieron proporciones de tal grandeza que congregaron a cuanto más de notable tenía el país.

Maria Antonieta tuvo predilección por el Carnaval porque estaba hastiada de que le tributasen honores, de las ceremonias, de los cumplidos fingidos y de las adulaciones.

En los grandes bailes de fantasía encontraba la forma de vivir unas horas entre la multitud, desconocida, como una máscara más, gozando de la dicha de ser una figura anónima, la persona de quien presúmimos su situación por su conversación, por sus modales y por la simpatía que inspira y no por el apellido o la posición encumbrada. Esos halagos sencillos, simples, la llenaban de con-

de altos salarios, están varios de los artistas del cine, comenzando por Claudette Colbert, que es la primera, con 300 mil dólares, de los que le quedarán 112 mil. Darryl Zanuck, el productor de películas, que ganó 265 mil dólares, Harry Crosby a quien le quedarán limpios 95.000, George Raft, que embolsará 83.000. Loreta Young, que ganó 181.615 dó-



Los disfraces en los tiempos de Maria Antonieta, eran de un sentido delicado.

los que haciendo de augures formulaban profecías desagradables. Mucho debe haber evocado esos Carnavales la reina cuando su encierro en la cárcel antes de ir por las calles de París en la carreta de las condenadas a muerte rumbo al lugar del ajusticiamiento. Ese deseo de libertad expuesto por las turbas y por sus aprovechados cabecillas también tenían en el fondo algo de Carnaval, a no ser por la tragedia que precipitaban.

Los trajes que se lucían en esas ocasiones eran costosísimos; algunos representaban una fortuna. Por lo común, aparte de las extravagancias y de creaciones auténticamente originales, se imitaba algo exageradas las modas lanzadas por las figuras descolantes en la corte, lo que resultaba divertidísimo y daba origen a chanzas variadas.

Pero parecía increíble que pudiesen llevarse toda una noche agitada vestidos tan armados y pesados. Teniendo en cuenta que en Europa el Carnaval cae siempre en invierno, también se disculpará el abuso que se efectuaba del terciopelo más rico.

La esposa de un banquero conocidísimo tuvo una noche la humorada de presentarse con un

lares bruto, a quien sigue el presidente del Chasse National Bank con un ingreso de 177.000. Charles Boyer, que podrá ilusionarse con mayores cifras al convertir en francos franceses sus 76 mil dólares netos. Gary Cooper, que figura con 70.000 dólares pagados los impuestos y otros artistas mezclados con las gentes de negocios.

# Carnavales en

de ser curioso. De ahí provienen sus líos de dinero con joyeros y modistos, atentos éstos a realizar su negocio, ofuscada la presunta adquirente por la belleza de lo que se ponía al alcance de sus manos.

Y esta fantasía le fué funesta a Maria Antonieta, que había hecho de la vida un Carnaval permanente.

En una de las fiestas que tan hábilmente preparaba confió muchos sentimientos íntimos al caballero sueco Hans Axel de Fersen, contando con la impunidad, pero la indiscreción —que era su pecado— se divulgó porque aquél había adivinado la identidad de su compañera de baile. Luego a estos incidentes se les atribuyó proporciones como convenía al derrotismo de los fingidos amigos, pero la soberana sólo tuvo que arrepentirse de ser distraída e ingenua y excesivamente confiada.

Recorriendo los periódicos que aparecían en París durante el reinado de Maria Antonieta se leen crónicas divertidísimas e interesantes de los Carnavales del Trianón, pero los libros de memorias de personajes de figuración ilustran más aún sobre los detalles en que campaba el buen humor de la soberana llena de juventud y de inconsciencia quizás.

De todos modos, esas reuniones de disfraz y fantasía dejaron un recuerdo memorable al par que impercedero.

## La Causa del Asma Eliminada en 24 Horas

Gracias al descubrimiento de un médico americano es ahora posible librarse de esos terribles ataques de asfixia, respiración anhelante, tos y ahogo del asma, eliminando la verdadera causa que es los gérmenes en la sangre. No más quemaduras y polvos, no más inyecciones hipodérmicas. Este nuevo descubrimiento, Mendaco, empieza a obrar en 3 minutos matando los gérmenes causantes del mal y a la vez purificando la sangre y restaurando la vitalidad de manera que Ud. pueda dormir profundamente toda la noche, comer todo lo que quiera, trabajar y gozar de la vida. Mendaco es tan eficaz que se garantiza que en 24 horas hará que Ud. pueda respirar fácil y libremente haciendo desaparecer por completo el asma en 8 días, o se le reembolsará su dinero al devolver el frasco vacío. Consiga hoy mismo en la botica un frasco de Mendaco. La garantía lo protege a Ud.

**Mendaco** Acaba con la Asma \* Bronquitis \* Fiebre de Heno

**CONTRARIAMENTE A LO OCURRIDO EN LA GUERRA 1914-18, LOS ALIADOS DISPONEN AHORA DE GRANDES RESERVAS DE ORO QUE LES PERMITIRAN ADQUIRIR EN LOS ESTADOS UNIDOS LAS MERCANCIAS QUE NECESITEN**

Por PEDRO PATTI

**B**BIEN, señores, ¿quién pagará esta guerra... europea?

En medio de un ambiente caldeado excitadísimo, los partidarios de la aplicación estricta de la ley de neutralidad buscaban la menor rendija, el claro más insignificante para introducir la cuña que socavara los argumentos del presidente Roosevelt, propiciando el levantamiento del embargo de armas a los países beligerantes. La pregunta, lanzada por el líder del sector que pretendía el aislamiento continental, evidentemente irónica y destinada a refrescar la memoria de los más entusiastas, resumía el pésimo negocio de la guerra que hicieron los Estados Unidos en 1914.

—Insisto, señores, ¿quién pagará esta guerra... europea?

—La guerra que aflige a Europa en estos momentos, señor diputado, será financiada por los países beligerantes. Venderemos toda clase de productos y materiales de guerra a quienes quieran comprarlos, siempre y cuando vengan a buscarlos a nuestros puertos y los paguen al contado, o a los noventa días como máximo.

—¿Qué garantías tiene el gobierno de que los pagos serán cumplidos oportunamente, a su debido tiempo?

—Numerosas y satisfactorias.

—Lo admito, pero prefiero que en las actuales circunstancias el gobierno emplee el lenguaje concreto de los números.

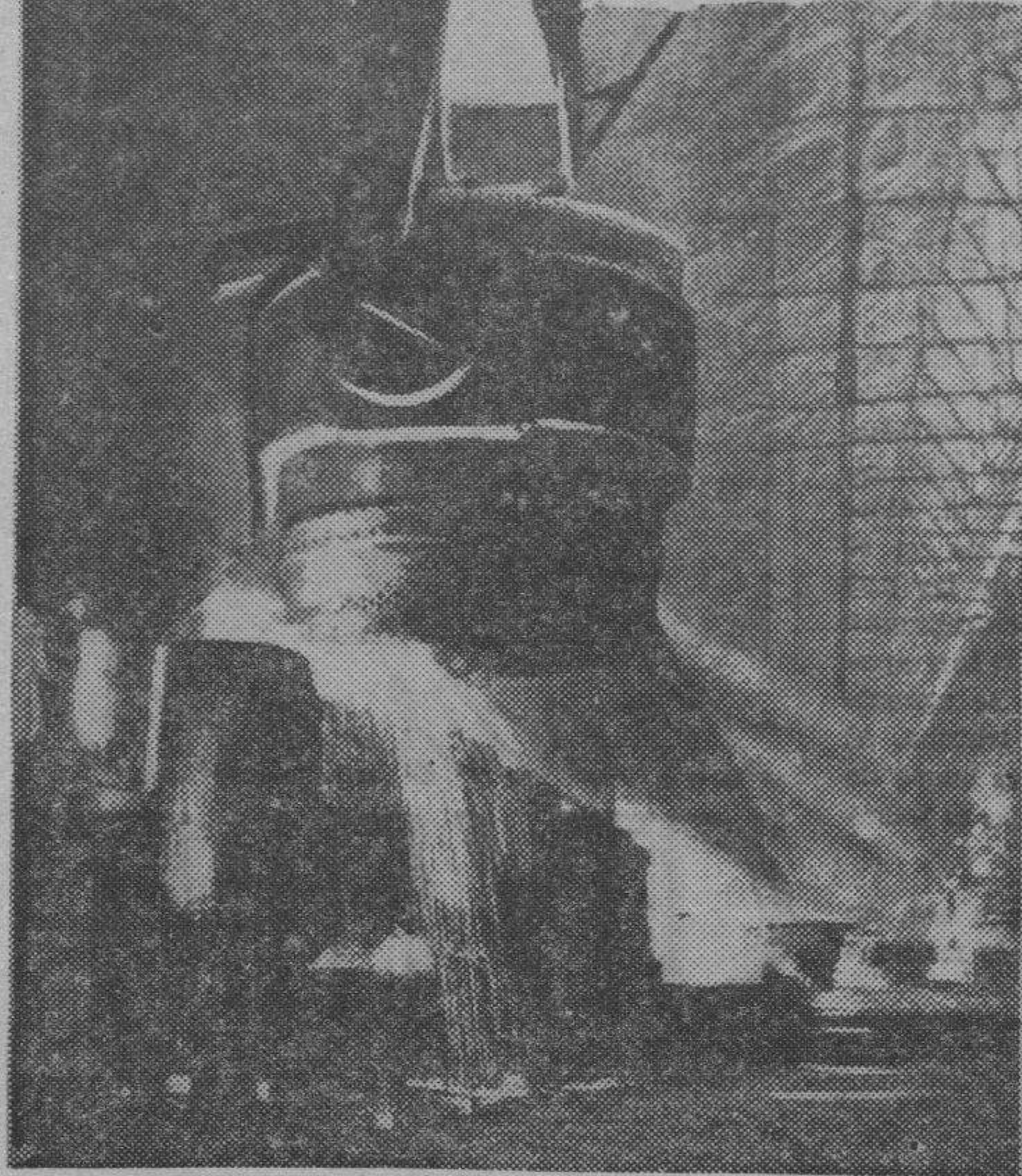
—Perfectamente. Escuche entonces el señor diputado...

Y sacando un folio de la cartera de cuero que tenía al alcance de la mano, el representante oficial del presidente divulgó informaciones y cantidades precisas que aseguraban que, efectivamente, la guerra iniciada en septiembre de 1939 no será un negocio malo, como hasta cierto punto lo fuera la del 14, y que, por el contrario, aprovechando las experiencias de entonces, ahora se evitarían los cálculos realizados al calor del entusiasmo y de la buena fe, y, por lo tanto, las transacciones comerciales se efectuarían de acuerdo al rígido concepto de que los negocios no son más que negocios.

**CARACTERISTICAS DE LA GUERRA DE 1914**

La guerra que estalló hace veintiséis años tenía características completamente distintas a las de hoy, que se concretan a acciones de patrullas a lo largo de las líneas de fortificaciones y a simples vuelos de reconocimiento. Durante la gran guerra pasada, en el mismo momento en que se cumplía el plazo fijado en los ultimátums, comenzaba automáticamente el desplazamiento de los ejércitos, iniciando la ofensiva arrolladora o bien intentando la defensiva para contener al invasor. Estas dos acciones de flujo y reflujo de hombres y armas se tradujeron con el andar de los días en el rápido agotamiento de los stocks de víveres, municiones, armas e infinidad de materias primas que los beligerantes acumularan un poco improvisadamente. El enorme e inagotable desgaste que realizaban los ejércitos en todos los frentes de Europa hizo que muy pronto la Unión se sintiera agobiada por el número abrumador de pedidos de materias primas y productos elaborados, al extremo de que las industrias empezaron a producir aceleradamente, de modo que en diciembre de 1914, a los cinco meses exactos de la invasión de Servia por las fuerzas austrohúngaras, las exportaciones de los Estados Unidos alcanzaban cifras altísimas, batiendo todos los records anteriores. El momento continuó acelerado, enloquecido, en los meses siguientes, dando

**¿QUIEN PAGARA ESTA GUERRA EUROPEA?**



Como los barcos americanos no pueden transportar mercancías a los países en guerra, los aviones son armados y transportados hasta la frontera con el Canadá, en donde son embarcados en transportes ingleses o franceses.



a la América del Norte un virtual monopolio del comercio exterior.

**EUROPA PAGA HASTA OCTUBRE DE 1915**

Está de más remarcar que los industriales y los exportadores se mostraban encantadísimos con sus clientes de ultramar, quienes no vacilaban en fletar enormes remesas de oro y transferir sus documentos para pagar a los abastecedores de América. De este modo, la guerra europea fué financiada por Europa hasta septiembre de 1915, y al mes siguiente, para hacer frente a los gastos de guerra, se lanza en los Estados Unidos el primer empréstito anglo-francés por 500.000.000 de dólares, el cual es prontamente cubierto por los banqueros neoyorquinos. Pero 500.000.000 de dólares resultan una suma insignificante, que apenas alcanza para cubrir las exportaciones de siete semanas, por lo que, aun no ha terminado diciembre de 1915, cuando los aliados piden otro empréstito por 750.000.000 de dólares, que también es cubierto en un abrir y cerrar de ojos por los pequeños dioses de Wall Street. Pero la guerra no cesa, prosigue complicándose, creando nuevos y más grandes intereses, y como el hambre viene comiendo, los aliados piden más y más préstamos a los norteamericanos para adquirir productos norteamericanos.

En otras palabras: Europa continúa haciendo la guerra con el dinero que le brindan entusiasmados los Estados Unidos.

Tal situación se prolonga hasta que los Estados Unidos resuelven participar de la lucha, apoyando la causa aliada, histórico acontecimiento que ocurre en julio de 1917.

**AYER Y HOY**

Durante el período de guerra transcurrido entre julio de 1914 y julio de 1917, Europa pagó sus adquisiciones en la Unión de la siguiente manera: embarques netos de oro, 1.210.000.000 de dólares; venta de valores americanos, 3.160.000.000; empréstitos contratados en los EE. UU., 2.600.000.000; ingresos devengados por inversiones en los EE. UU., 250.000.000 de dólares. La tercera parte de los empréstitos quedaron impagos, y este es el gran motivo por el cual los norteamericanos sostienen que

la guerra del 14 ha sido un pésimo negocio para ellos.

Hoy la situación es distinta. Francia y Gran Bretaña disponen de reservas de oro que alcanzan a 5.300.000.000 de dólares; valores americanos negociables superiores a dólares 1.300.000.000; inversiones directas en los EE. UU. por valor de 725.000.000 y otros ítems que redondean un total combinado de dólares 8.180.000.000, suma más que cuantiosa que permitirá asegurar el pago contante de todas las mercancías que por ahora quiera adquirir Europa, o sea: Francia y el Reino Unido.

**Reavive Sus RIÑONES**

Y se Sentirá y Verá Más Joven  
Nada envejece tanto a las mujeres y a los hombres como el pobre funcionamiento de los Riñones. Lo hace sufrir a uno de Frecuentes Levantadas o Micciones Nocturnas, Ardor y Comezón en los Conductos, Nerviosidad, Desvanecimientos, Reumatismo, Dolor de Espaldas, Dolores en las Piernas, Ojeras Muy Pronunciadas, Hinchazón de los Tobillos, Pérdida del Apetito, de la Energía, etc. La razón está en que los Riñones que deben filtrar fuera de la sangre ácidos y venenos no realizan esta función y les permiten acumularse en sus articulaciones y músculos. En 24 horas Cystex mata los gérmenes en los Riñones, los fortalece y expelle los ácidos y venenos. Pida Cystex en cualquier farmacia bajo nuestra garantía de que lo restablecerá o le devolveremos su dinero. Hágalo hoy mismo. En 24 horas se sentirá mejor y en una semana estará completamente restablecido. Nuestra garantía lo protege.

**..Cystex**  
Para Reumatismo, Riñones, Vejiga

El autor de esta crónica es el primer piloto del vapor estadounidense «City of Flint», cuyas aventuras han sido uno de los capítulos más pintorescos de la guerra actual. El piloto anotó en su diario los datos que ha utilizado para escribir esto.

**B**ALTIMORE, febrero. — A las cinco de la tarde del 3 de octubre de 1939 zarpamos del muelle 58 de la ciudad de Nueva York con destino a los puertos de Manchester (Inglaterra), y Dublín (Irlanda) y Glasgow (Escocia), con carga completa, consistente en su mayor parte en petróleo, maquinaria, acero, manzanas, frutas envasadas, madera, tabaco, etc. Después de navegar con buen tiempo siguiendo la ruta común, llegamos a lo que se llama «la esquina», punto situado en el extremo sur de los bancos de Terranova. Hicimos rumbo al N. E.

El 9 de octubre tenía yo la tripulación de cubierta ocupada en rasquetear el entrepuente de popa, utilizando para ello martillos neumáticos. Varias de estas herramientas estaban descompuestas, de modo que el primer maquinista, Mister Kebler, y yo las estábamos reparando en el taller de mecánica. Esto ocurría a eso de las 3.30 p. m. Miramos en esos momentos al entrepuente y vimos que muchos de los marinos estaban apoyados en la borda, mirando algo que se aproximaba; resolvimos averiguar de qué se trataba. Al salir a cubierta vi en seguida que era un buque de guerra, y me dirigí sin pérdida de tiempo al puente para observar con mis anteojos.

Bastó una mirada para confirmar que era, en efecto, una nave de guerra. Estaba en ese momen-



## La odisea del "CITY OF FLINT"

NARRADA POR SU PRIMER PILOTO



Arriba: el capitán Gainard, del «City of Flint».

por WARREN W. RHOADS

El buque, a su regreso a los Estados Unidos.

to a unos cuatro puntos en nuestra banda de estribor, aproximándose con mucha rapidez. Unos diez minutos más tarde vi claramente su pabellón: era el alemán. La nave izó entonces dos señales, consistentes, una, en las letras LUU, que significa «No haga uso de la radio», y otra en las letras CFH, que significan «Voy a enviar un bote». Nuestro capitán ordenó inmediatamente parar las máquinas.

### UNA HERMOSA NAVE

Veíamos ya que se trataba de un buque del tipo «acorazado de bolsillo» alemán. Dió vuelta por nuestra popa y se detuvo a babor. La razón de esta maniobra es que nuestro cuarto de radiotelegrafía está a babor, de modo que si hubiéramos desobedecido la orden nos habría hecho fuego para destruirlo.

**Avistado el «Deutschland».—Presa de los alemanes.—En los témpanos del Artico.—Los alemanes disfrazan al «Flint».—En Rusia.—Otra vez camino de Noruega. — Navegando en aguas territoriales.—Error alemán.—En libertad.—Regreso a los EE. UU.**

Era sin duda la nave alemana un bellissimo barco. Parecía un galgo de los mares. Una vez detenido arrió una lancha de motor que atracó al costado nuestro, subiendo a bordo varios oficiales y unos cuantos marineros armados. Los primeros se diri-

gieron apresuradamente al cuarto de radiotelegrafía y establecieron una guardia, pasando luego al puente, donde pidieron al capitán que les mostrara el manifiesto de a bordo. El capitán me llamó y, juntamente con los oficiales alemanes, entramos a mi camarote, justamente detrás del puente. Saqué de una gaveta el manifiesto y el plano de la carga, que ellos examinaron cuidadosamente. Luego me preguntaron si teníamos harina en la carga y respondí que había un lote de 50 toneladas estibado debajo de muchas otras cosas, en la bodega número cuatro.

Parecían muy interesados en la harina y creo que si ésta hubiera estado en posición más accesible la hubieran llevado a bordo de su buque. El oficial que mandaba a los alemanes era un «dos galones» (teniente de fragata), de unos 35 años de edad, muy amable, y hablaba inglés perfectamente.

Observó durante largo rato el plano de la carga y finalmente me dijo:

—Señor piloto, tiene usted una gran cantidad de petróleo en su carga.

Me preguntó cuánto petróleo llevábamos. Le dije que unas 2.000 toneladas y respondió:

—Lamento que así sea, porque tendré que comunicarlo a mi comandante; estamos en guerra, como usted sabe, con Inglaterra.

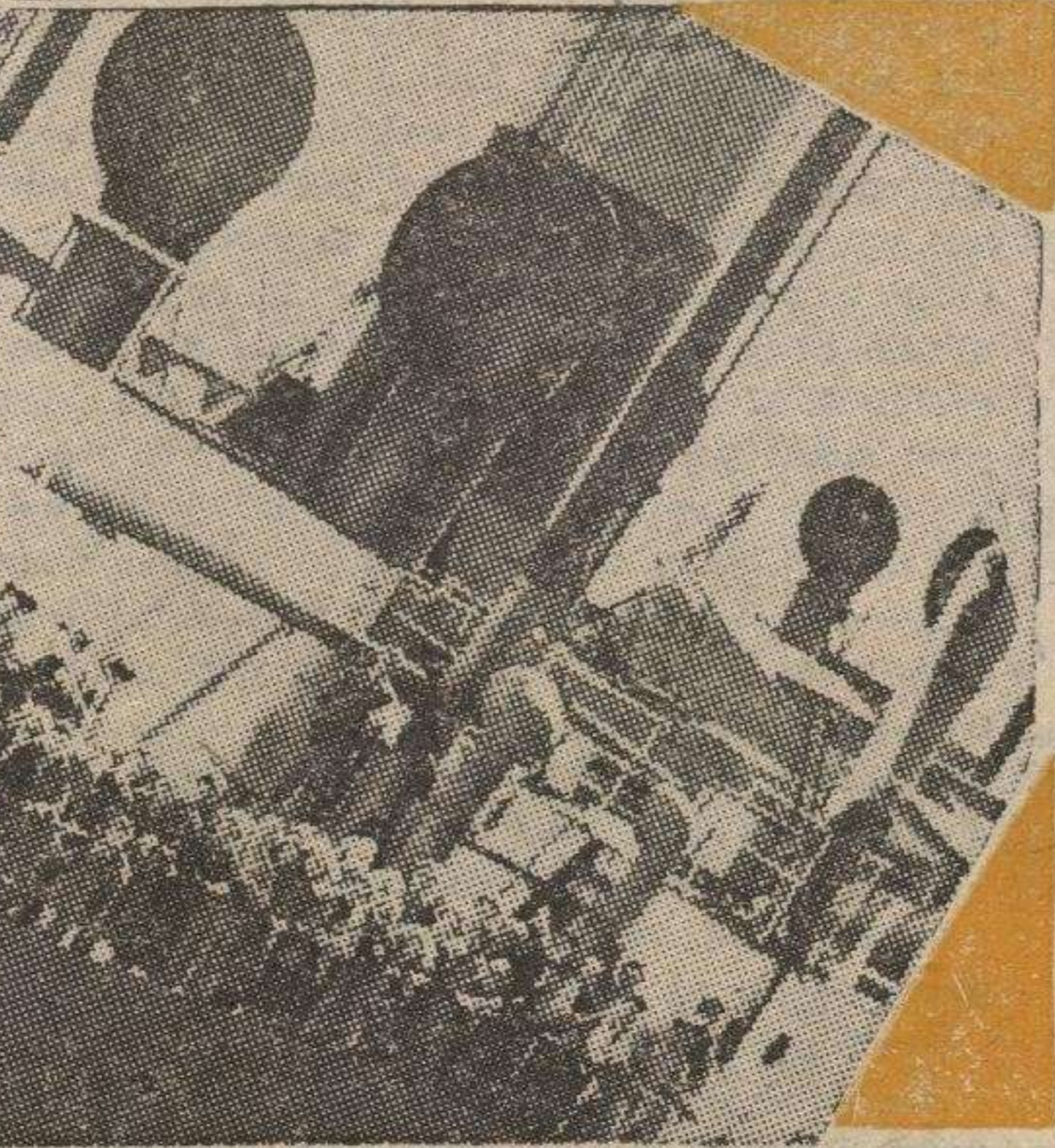
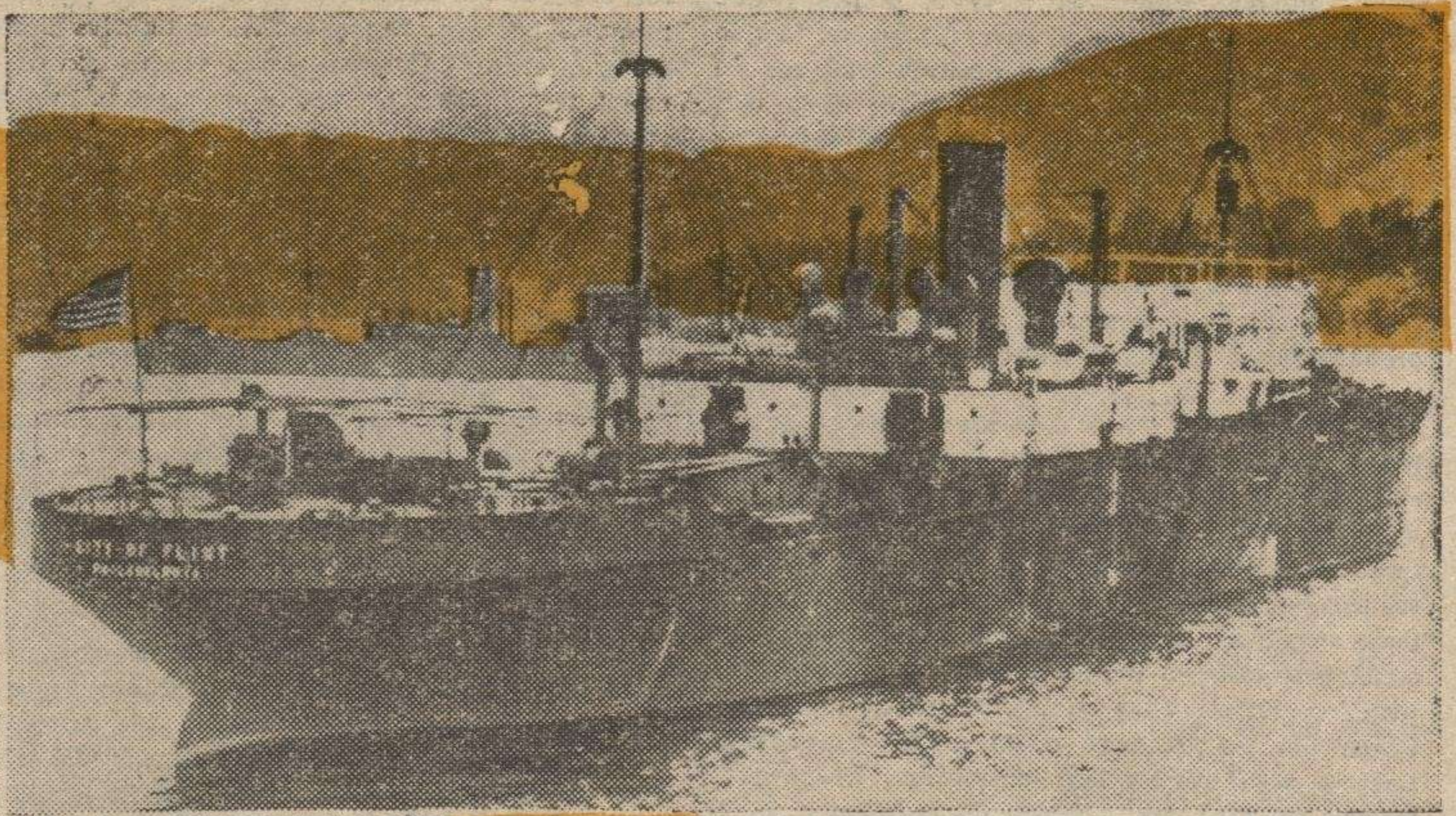
### REGRESA LA LANCHA

Llamó entonces a su señalero y después de cambiar señales nos dijo que el acorazado iba a enviar un piquete de apresamiento a bordo; dicho lo cual ordenó a su lancha regresar al acorazado.

Nos preguntó después si podíamos recibir a bordo a 37 personas más, porque habían hundido a un barco inglés, el «Stonegate», el 5 de octubre recogiendo su tripulación. Este buque iba de Chile a Gibraltar, con una carga completa de nitratos.

tán que hiciera reunir a toda la tripulación en cubierta. Una vez que todos se hubieron ubicado en la escotilla de la bodega número 3, el oficial

En aguas de Bergen, con las barras y las estrellas pintadas en sus costados



El «Flint» recogió los naufragos del primer buque torpedeado en esta guerra: el «Athenia». En el puente, numerosos de ellos, a su llegada a los Estados Unidos.

tes dijo que íbamos ahora a Alemania en lugar de Inglaterra y que quería que siguiéramos cumpliendo con nuestras obligaciones de costumbre, y que si nos resistíamos estaban ellos a cargo del buque y tenían las armas necesarias para hacerse obedecer.

Nuestro capitán habló también a la tripulación instándola a seguir desempeñando sus tareas, toda vez que, pasara lo que pasara, era éste un caso que tenía que resolver el ministerio de Relaciones Exteriores.

A las 6 p. m. la lancha regresó al acorazado y nosotros dimos la orden de toda máquina adelante, saludando al buque alemán con tres toques de sirena, que el «Deutschland» contestó. Ya en este entonces estábamos casi seguros que era, en efecto, el «Deutschland».

Hicimos rumbo entonces al N. y se me ordenó hacer pintar todos los ojos de buey, etc., de modo que no se viera ninguna luz desde afuera. En los pasillos colgamos mantas, de modo que para abrir una puerta había que levantar primero la manta. Con esto resultaba muy incómodo ir de un lado al otro por la noche, ya que todo estaba sumido en la oscuridad más completa. Yo no salí a cubierta, mayormente durante la noche. Dormía ahora en la banqueta del camarote del capitán porque dos de los oficiales alemanes habían tomado posesión de mi camarote. Los 37 hombres del buque inglés habían sido distribuidos por varias partes del barco.

Seguimos rumbo al norte por espacio de unos siete días, y creo que pasamos cerca del cabo Farewell, de Groenlandia. Luego hicimos rumbo al N. E. Los alemanes no nos permitieron acercarnos a la carta marina, que tenían custodiada por un hombre armado, de modo que no podíamos hacer más que adivinar.

El 15 de octubre estábamos en los estrechos de

Dinamarca, o sea en el mar que separa a Groenlandia de Islandia, y comenzaba a hacer un frío intenso. Este día pasamos numerosos témpanos, algunos de ellos bastante grandes.

Durante la noche de ese día navegamos a velocidad lenta hasta eso de medianoche, porque la nieve arreciaba y había muy poca visibilidad. Parecía que los alemanes no querían correr el riesgo de estrellarse contra un témpano. Ninguno de nosotros durmió mucho esa noche.

El 17 de octubre el capitán alemán hizo arriar guindolas a ambas bandas y ordenó a su gente pintar los costados tapando la bandera norteamericana y el nombre del barco. También pintaron la chimenea y taparon el nombre en la proa a ambas bandas, a popa y en todos los botes. Dieron vuelta a todos los salvavidas para que no se viera el nombre del buque. Quitaron las dos tablas que llevan el nombre en la timonera y me ordenaron que hiciera quitar los encerados que cubrían las escotillas de las bodegas número 2 y 4, que tenían banderas norteamericanas pintadas. De modo que ahora no quedaba rastro que denotara que era éste un buque americano, y su nombre había desaparecido.

El 18 de octubre los alemanes comenzaron a pintar el nombre «Alf» en la proa, a popa y en todos los botes. También pintaron dos banderas dinamarquesas en sendos trozos de lona, que colocaron a ambas bandas.

#### SONDAJES CONTINUOS

En la noche del 19 de octubre nos sorprendieron otra vez fuertes nevadas, con muy poca visibilidad, y sabíamos ahora que nos estábamos acercando a la costa de Noruega. Los alemanes hacían sondeos cada quince minutos. A eso de las nueve el escandallo tocó fondo a sesenta brazas. Como la visibilidad era todavía muy reducida, resolvieron parar las máquinas y mantenerse a la cãpa

hasta el amanecer. Fué ésta la primera noche en que pude dormir bien, porque hasta entonces había tenido que dormir con toda la ropa puesta, quitándome solamente los zapatos, con el salvavidas al alcance de la mano.

Cuando desperté a la mañana siguiente estábamos otra vez en marcha. Miré y se presentó ante mi vista el panorama de las montañas cubiertas de nieve y de los fiordos de Noruega, a ambos lados. Estábamos entrando a una ensenada situada al sur de un lugar llamado Hammerfst, para embarcar al práctico, y el buque enarbolaba ahora el pabellón de guerra alemán, con el gallerdete correspondiente en el palo mayor. A eso de las nueve embarcó el práctico, y estábamos tan cerca de la costa que hubiera podido alcanzarla con una pedrada. El agua era profundísima hasta las mismas rocas.

Al embarcar el práctico hicimos rumbo al S. El oficial alemán que hacía de segundo comandante me dijo entonces que navegaríamos unas 80 millas y ancláramos, porque necesitábamos agua dulce, que iba haciendo falta.

El 20 de octubre a las 6.30 p. m. anclamos en el puerto de Tromsøe y vinieron a bordo funcionarios de la aduana y oficiales navales. El jefe de estos últimos se me acercó y me preguntó cuál era el verdadero nombre de este barco. Le respondí que éramos norteamericanos y que el nombre del barco era «City of Flint». Pareció confuso al escuchar esto y sostuvo una larga conversación con nuestro capitán y conmigo, diciéndome que iba a detener el buque y notificar al gobierno de Oslo, por cuyo motivo estuvimos anclados toda la noche y no se permitió a nadie ir a tierra.

Más o menos a las 3 p. m. del 21 de octubre resolvieron desembarcar la tripulación del «Stonegate», de modo que todos se afanaron escribiendo cartas y cablegramas. Pero el capitán alemán había previsto esto, y nos advirtió que iba a revisar a cada uno de los ingleses que fueran a tierra. Por lo tanto destruimos todas las cartas y demás mensajes, excepto algunos cablegramas que el capitán inglés, Mr. Randall, había ya escondido entre sus ropas, uno de los cuales era mío y supe luego que había llegado a su destino.

#### CAMINO DE RUSIA

Una vez desembarcada la tripulación del «Stonegate» las autoridades navales noruegas nos ordenaron que saliéramos de sus aguas territoriales, porque se nos consideraba buque de guerra. Como el «Flint» enarbolaba pabellón de guerra alemán esto parecía muy poco lógico, y el capitán alemán tenía la casi seguridad de que podía navegar por aguas noruegas, y nos había dicho antes que si no se lo permitían iba a mostrar sus dientes.

Pero las cosas no fueron así, de modo que a las 4 p. m. levamos anclas y pusimos proa a alta mar, seguido por un buque de guerra con el fin de hacernos salir del límite territorial.

Las perspectivas no se nos presentaban ahora

muy halagadoras, ya que se había propalado la noticia de que éramos el «City of Flint» y que teníamos que pasar por el mar del Norte, lo que parecía peligroso. Supuse que habrían buques de guerra ingleses esperándonos por ahí; pero una vez que salimos mar afuera apagaron todas las luces e hicimos rumbo al S. Durante la noche los alemanes cambiaron de parecer y pusieron proa al N. Ahora nos tocó a nosotros estar confusos, por no saber a dónde nos llevarían. Después de reflexionar un rato pensamos que el destino sería probablemente Arcángel, puerto ruso del mar Blanco.

Al amanecer el 23 de octubre noté que entrábamos en una bahía que luego supe era la de Kola, en Rusia. Al entrar pasamos a escasa distancia de varias unidades rusas de guerra. Izamos una señal preguntando si se nos permitía entrar al puerto, pero no nos contestaron. Marchábamos a muy poca velocidad. Al acercarnos a tierra izamos otra señal preguntando dónde podríamos encontrar un práctico. Entre tanto cuatro mercantes rusos salieron del puerto, pero como nadie respondía a nuestra señal, detuvimos la marcha. Después de derivar un rato vino a bordo un práctico y seguimos nuestra marcha, anclando en Murmansk a las 3.30 p. m. Enarbolábamos todavía el pabellón de guerra alemán.

A las 5.30 vinieron a bordo funcionarios rusos. Examinaron nuestros papeles, recogieron todas nuestras libretas de navegación y se las llevaron a tierra.

El 24 de octubre a las 5.30 p. m. vinieron a bordo funcionarios y guardias armados rusos, desarmaron la guardia alemana y la hicieron desembarcar. Dijeron al capitán nuestro que el buque estaba en libertad y que podríamos zarpar tan pronto recibieramos de vuelta nuestros papeles. Izamos entonces nuevamente el pabellón norteamericano.

El 25 de octubre resolvimos tratar de ponernos en comunicación con la embajada de los Estados Unidos en Moscú. Izamos señales preguntando si podíamos ir a tierra, pero nos negó permiso un pequeño buque de guerra anclado a popa nuestra. Había que esperar, pues.

El 26 de octubre llegaron a bordo funcionarios rusos de aduana y ordenaron que abriéramos todas las escotillas de la carga, que iban a examinar. Una vez que abrieron varias cajas, etc., volvieron a desembarcar sin darnos permiso para zarpar.

A las 4 de la mañana del 27 de octubre los funcionarios rusos regresaron con el piquete alemán de apresamiento y nos ordenaron zarpar antes de 24 horas. Los alemanes izaron ahora su bandera mercante.

Comenzamos el 28 de octubre a levar anclas, pero el buque ruso que estaba a popa descubrió sus cañones e izó la señal prohibiéndonos salir. Suspendimos, pues, la tarea de levar anclas. Después de un intercambio de señales vino otro buque de guerra, y entre los dos nos dieron permiso para zarpar. Levamos anclas y zarpamos a las 6 p. m.

o o o

No poca alegría me causó salir de Murmansk, y lo mismo puede decirse del resto de la tripulación, toda vez que no se nos hizo el menor caso mientras permanecimos allí. Creo que los rusos mismos se alegraron de librarse de nosotros. El capitán procuró enviar varios telegramas a nuestra embajada en Moscú por intermedio de los funcionarios rusos, pero éstos simulaban no comprender. Durante nuestra estado en Murmansk vi al trasatlántico alemán «Bremen», como también al «New York», y al «Saint Louis».

Una vez mar afuera se nos había dicho que nos mantuviéramos alejados de la costa. Una pequeña unidad de guerra nos siguió hasta alta mar, pero tan pronto dió media vuelta los alemanes apagaron todas las luces y se acercaron a la costa. A eso de media noche avistamos otro buque sin luces, y créaseme que pasamos un mal rato. Pero al parecer este buque estaba tan temeroso de nosotros como nosotros de él, y pasó de largo.

El 29 de octubre a las 4.30 p. m. estábamos dentro de los fiordos noruegos, cerca del cabo Norte. Embarcamos dos prácticos y pusimos proa al S.

A medio día del 30 de octubre anclamos otra

vez en Tromsøe (Noruega). Por segunda vez vinieron a bordo los funcionarios de aduana y sellaron nuestras bodegas. Las autoridades navales nos ordenaron seguir la marcha, esta vez dentro de sus aguas territoriales. De modo que las 4 p. m., levamos anclas y seguimos rumbo al S. Algunos días nos seguían tres y hasta cuatro buques de guerra noruegos para asegurarse de que no se violaban sus derechos de soberanía.

El 3 de noviembre a las 11 a. m. detuvimos la marcha y un cirujano del «Olaf Tryggvason» (destroyer noruego) vino a bordo a examinar las piernas del marinero A. Sellars, que se las había raspado al tropezar con algo una noche oscura. El médico, una vez efectuada una curación, dijo que no había peligro, y seguimos viaje. Más o menos a la 1 a. m. del 3 de noviembre se nos cruzó un buque de guerra inglés, que iba custodiando un convoy.

#### OTRO BUQUE ALEMÁN

El inglés nos dirigió el haz luminoso de su reflector, pero a su vez el «Olaf Tryggvason» hizo lo propio con él y le dijo por medio de señales que se abriera y no nos molestara. El inglés respondió que estaba bien y se alejó.

A las cuatro de la tarde del 4 de Noviembre, encontrándonos en una posición en que teníamos que caer a estribor y poner proa al mar abierto, nos encontramos con un barco mercante alemán, el «Schwabben», que había salido de Tromsøe al mismo tiempo que nosotros y venía de vuelta encontrada. Comenzó a hacer señales con la lámpara Morse y el capitán alemán que venía a nuestro bordo se mostró sumamente nervioso. Nos llamó al capitán y a mí y nos dijo que iba a anclar, y que quería hacer aparecer que necesitábamos reparaciones. Pero nuestro capitán y el primer maquinista se negaron a colaborar.

Entonces exclamó el capitán alemán:

—¿Qué voy a hacer entonces?

A lo que respondió nuestro capitán:

—Usted ha recibido órdenes de Alemania, de modo que haga lo que su juicio le aconseje.

Anclamos en Haugesund (Noruega).

Aquí fué donde el capitán alemán cometió su error. Después de que anclamos el buque alemán nos pasó otra vez. Hablaron al capitán alemán, en ese idioma, y no pudimos comprender otra cosa que «hotel Bristol». Más tarde supimos que en ese hotel estaba el cónsul alemán, que tenía órdenes especiales para el capitán.

Anclamos a las 5.50 p. m. No se permitió a nadie ir a tierra. Uno de los oficiales alemanes estaba listo para desembarcar, pero las autoridades portuarias se lo impidieron.

El «Olaf Tryggvason» llegó a eso de las 8 p. m.

y ancló cerca de nosotros. Nos pareció que esto de anclar tan cerca era raro. A las 9 p. m. atracó al costado nuestro una lancha de motor y una veintena de hombres armados. Desarmaron a los alemanes y les dijeron que habían perdido todos sus derechos territoriales en anclar en este puerto.

Con eso quedaba nuevamente en libertad nuestro buque, gracias a la escuadra noruega. Volvimos, pues, a izar el pabellón norteamericano, esperando que esta vez no hubiera que reemplazarlo por otro.

#### RUMBO A BERGEN

El 4 de noviembre a la 1 a. m. recibimos orden de seguir viaje a Bergen, toda vez que no habían representantes consulares norteamericanos en Haugesund. A las 2.30 levamos anclas y pusimos rumbo al N. a las 10 a. m. Anclamos en Bergen, donde nos recibió el cónsul de los Estados Unidos.

El 6 de noviembre, a las 5.30 p. m. vino a bordo la señora de Harriman, ministro norteamericano en Noruega, que nos dió las gracias por la forma en que nos habíamos conducido mientras estuvo a bordo el piquete de apresamiento alemán, y nos dijo que no se nos permitiría ir a tierra por espacio de varios días, hasta que la cancillería de Washington arreglara este asunto.

El 10 de noviembre nos informaron que la situación estaba ya menos grave y nos permitieron desembarcar, lo que nos causó gran placer.

Una vez que hubimos descargado en Haugesund salimos de ese puerto el 20 de diciembre a las 8.30 de la mañana y llegamos a Bergen a las seis p. m., comenzando inmediatamente a cargar combustible.

Al día siguiente a las 7 de la mañana terminamos de cargar petróleo y fondeamos en la rada. Debido a la intensidad de la nevada que caía no pudimos zarpar. El 25 de diciembre disminuyó la nevada, con lo que levamos anclas y zarpamos con destino a Narvik, a las 9 de la noche.

El 7 de enero, después de cargar mineral de hierro y de reparar una avería causada por el vapor inglés «Baron Blythewood», cuya ancla garró una noche, debido al fuerte viento, produciéndose una colisión, zarpamos al fin de regreso a Estados Unidos.

El 12 de enero a las 3 p. m. nos alcanzó un crucero auxiliar inglés que nos preguntó por lámpara Morse quiénes éramos y a dónde íbamos. Le contestamos y nos dijo que siguiéramos adelante. El 21 de enero pasamos en alta mar un convoy inglés a 150 millas al N. E. de la isla Sable. El 26 de enero, a las 7.30 a. m. llegamos al cabo Henry y subió a bordo el práctico de Baltimore. Estábamos de nuevo en los Estados Unidos.

## Cartilla Histórica de la Salud

Por FISHER BROWN y NAT FALK



1. ¿CUAL ES UNA DE LAS COMIDAS PREPARADAS MÁS VIEJAS DE LA CIVILIZACIÓN?



2. ¿POR QUÉ SIGUEN USANDO ALGUNAS PERSONAS CUELLOS DE CELULOIDE?



3. ¿QUIÉN ERA SIR THOMAS CLIFFORD ALLBUTT?

COPYRIGHT 1930-HEALTH NEWS SERVICE, INC.

1—El queso. La ciencia moderna ha demostrado que es un alimento muy valioso.

2—Cientos de individuos usan cuellos de celuloide en los Estados Unidos, porque creen que les curan ciertas enfermedades de la garganta y los pulmones, algo que es inexacto.

3—Siendo joven trabajó con Sir William Jenner en Londres y al fruto de su cerebro se debió la introducción del termómetro clínico corto en 1867. Fué un médico sobresaliente y su enciclopedia Sistema de Medicina fué obra de consulta, por muchos años, de los demás médicos.



**S**OBRE la popularidad del presidente Roosevelt de los Estados Unidos, sus adversarios políticos se están permitiendo dudar en estos días. Pretenden que el sentimiento público que se le mostró tan adicto en las elecciones de 1936, le volvería la espalda si se presentara como candidato para una nueva reelección en 1940. Puede que tengan razón o puede que se encuentren completamente equivocados. Sin embargo, lo que no duda nadie es que Mrs. Eleanor Roosevelt, la esposa del presidente, es la mujer más popular de Norteamérica.

Algunas reporteras de las que entrevistan a Mrs. Roosevelt cada lunes, han mencionado una fórmula que complacería los deseos y las inclinaciones de todos. Esa fórmula consistiría en que Mrs. Roosevelt continuara siendo la Primera Dama del país, aunque su marido no fuera reelecto por segunda vez a la presidencia. Esas periodistas parece que entienden que la importancia histórica de Mrs. Roosevelt ha llegado a un punto que la debiera colocar por encima de las vicisitudes de la política. Y siendo ello así todo parece indicar que Mrs. Roosevelt, aunque tenga que abandonar la Casa Blanca en el caso de que otro que no sea su marido sea electo presidente el próximo noviembre, seguirá siendo la Primera Dama por derecho propio. Por lo menos será la primera en el corazón de sus compatriotas, que después de haber visto con recelo sus actividades, en los primeros tiempos, han llegado al convencimiento de que Mrs. Roosevelt es una de esas mujeres que vienen al mundo para restañar las lágrimas de los demás y marcarles el curso que deben seguir.

**LOS MISMOS DEMOCRATAS CRITICABAN A MRS. ROOSEVELT**

Los mayores críticos que tuvo Mrs. Roosevelt cuando la Primera Dama comenzó a salirse de los moldes que la tradición había legado a la esposa del presidente, fueron los demócratas, es decir, los correligionarios de su marido. Pretendían que el lugar de la Primera Dama estaba en la Casa Blanca, junto a su esposo, y que eso de mezclarse en todo y un día vestirse de minero—lo que produjo una caricatura explosiva—nada bueno podía traer. Los republicanos, adversarios políticos del presidente, se sentían encantados de las actividades de Mrs. Roosevelt, ya que estimaban que su ignata indiscreción femenina le provocaría conflictos a su marido.

Cuando la Primera Dama habló por radio en un programa comercial, poco después de la primera elección de su esposo, el sentimiento de protesta fué tan fuerte que tuvo que interrumpir sus actividades a través del éter. Lo que no fué obstáculo para que en 1934, cuando las gentes la conocían mejor y se había hecho público que todo lo que ganaba lo destinaba a obras de beneficencia, volviera a hablar por radio, esta vez sin motivar enconadas críticas.

**MRS. ROOSEVELT HA RECORRIDO 464.000 KILOMETROS EN SIETE AÑOS**

La vida de actividad incansable que sigue la Primera Dama de los Estados Unidos, es puesta de relieve por el hecho de que en los últimos siete años ha viajado 280.000 millas (464.000 kilómetros). Ha escrito más de un millón de palabras para publicación y ha obtenido más de medio millón de dólares por su trabajo, que han sido dedicados íntegramente a la filantropía. Se calcula que ha estrechado la mano a más de medio millón de personas, mientras que el número de sus conferencias y de entrevistas para los periódicos asciende a varios cientos, todo ello sin olvidar sus deberes de abuela, que la han llevado a tejer con sus manos muchas prendas de vestir dedicadas a sus nietecitos. También la Primera Dama ha hecho labores de cocina en distintas ocasiones, especialmente cuando ha asistido a jiras campestres.

La actividad de Mrs. Roosevelt es tal, que personas mucho más jóvenes que ella no pueden seguirle. En Hyde Park, Nueva York, donde posee su casa solariega, es la dueña de una fábrica de muebles que tiene como propósito primordial utilizar los servicios de obreros especializados que no encuentran trabajo. Algunas veces la Primera Dama

# MRS. Roosevelt, LA MUJER MAS POPULAR



## de los ESTADOS UNIDOS

Incluso las personas que no están de acuerdo con un tercer período para su esposo, quisieran que ella continuara siendo la Primera Dama. — Ha recorrido 464.000 kilómetros en siete años, ha escrito más de un millón de palabras para publicación, ha estrechado más de medio millón de manos y ha ganado más de 500.000 dólares, cantidad que ha destinado íntegra a obras de beneficencia.

La «Primera Dama» norteamericana en distintos aspectos de su vida oficial.

vende ella misma los productos de su fábrica, en New York City.

**LAS CONFERENCIAS DE PRENSA DE LA PRIMERA DAMA**

El cuerpo de Exploradoras encuentra en Mrs. Roosevelt una de sus estimuladoras más decididas y fervientes. La Primera Dama visita frecuentemente las oficinas de la comunidad en Washington tratando de inculcar a las muchachas interés hacia la política, la educación y las labores de mejoramiento social. Y Mrs. Roosevelt, en ocasiones, las acompaña a sus «picnics», donde realiza, cuando llega la ocasión, labores de cocinera. Dice «que no es distinta a las demás mujeres» y procura realizar los trabajos que le parecen más difíciles. Luego escribe en su columna o artículo diario que se publica simultáneamente en sesenta y ocho diarios del país, lo mucho que se ha divertido entre las jovencitas.

A las conferencias de Prensa que celebra la primera dama en la Casa Blanca, sólo pueden asistir reporteras, ya que el elemento masculino ha sido eliminado de las mismas. En esas conferencias la Primera Dama contesta todas las preguntas que se le hagan, siempre que no tengan relación con la política ni con las actividades de su marido el presidente.

Como otros líderes en asuntos cívicos, Mrs. Roosevelt ha sido hecha doctor «honoris causa» de las universidades Russell Sage y Drake. Ella acepta todos los honores que se le conceden, pero con la modestia y simplicidad que le sirve de norma en todas las ocasiones.

**MRS. ROOSEVELT Y LOS ESPIRITUS DE LINCOLN Y WILSON**

Mrs. Roosevelt cumple con sus deberes religio-

sos acudiendo a la iglesia todos los domingos, como cualquier ciudadana sencilla. Sus creencias respecto al más allá no son del todo conocidas, pero recientemente ha hecho una revelación que parece poner de manifiesto que cree en la supervivencia del alma. Siendo una mujer enérgica en toda la extensión de la palabra, no siente los miedos pueriles que sobrecogen a otras féminas. Por eso no ha podido sorprender que haya expresado:

«Algunas veces, cuando a media noche me encuentro sola en mis habitaciones de la Casa Blanca trabajando en algo que quiero dejar terminado; de pronto siento la impresión de que no estoy sola en la estancia, de que alguien que no veo, pero siento, está conmigo».

Mrs. Roosevelt no ha dicho más, pero los que han comentado sus palabras han echado a volar la fantasía y han hablado de que mientras la Primera Dama trabaja los espíritus de Lincoln y de Wilson la inspiran que no desmaye en sus esfuerzos encaminados a realizar el bien del prójimo.

**CUANDO MRS. ROOSEVELT LLEGO A UNA CITA CON 20 MINUTOS DE RETRASO**

Mrs. Roosevelt ha sido acusada en alguna ocasión de haber tratado de encender la llama del espíritu bélico en los Estados Unidos. Esos ataques se produjeron cuando la Primera Dama habló en su columna periodística de que «era una lástima que el coronel Lindbergh tuviera ideas nazistas». Antes, Mrs. Roosevelt se había opuesto con todas sus fuerzas al «referendum» que propugnaba el representante Ludlow de Indiana, con objeto de que el Congreso de los Estados Unidos no pudiera declarar la guerra sin consultar antes al electorado de la nación. En aquella ocasión la Primera Dama expresó las siguientes sabias palabras: «Yo me pre-

En una reciente obra, el notable biógrafo de María Antonieta y Dostoevsky, hace la historia de un amor imposible.—Como Franz Werfel, se aleja de la Viena de Lehar y de Strauss para ver los héroes anónimos del mundo.—Ve un pecado en la piedad mal entendida que se ha colado en el corazón de un joven militar.

**E**N visperas de la guerra, la ciudad de Viena se revestía de galas espléndidas. El humorismo campechano de sus juventudes, que marchaban al campo de batalla a defender la odiosa causa de los señores feudales, ocultaba la terrible realidad de un continente que hace 150 años está empeñado en una misma guerra: la de la revolución de los burgueses y la contra-revolución de las masas. Un músico notable, Richard Strauss, componía valeses para disimular las suturas de la clámide del imperio, y el Maestro Lehar creaba la opereta de gran espectáculo que hacía sonreír a los nobles después de la tragedia del Príncipe Rodolfo.

Absortos en la soledad, dos hombres miraban los largos caminos de Viena y del centro de Europa. Uno era poeta, dramaturgo de profunda fuerza, Franz Werfel, que escribió en su «Tragodia» el capítulo infernal de la revuelta en la montaña poblada de campesinos balkánicos y de turcos endemoniados. Otro era biógrafo, pensador y psicólogo y artista, Stefan Zweig, que redimía del olvido a los grandes personajes de la humanidad, a las claves de la historia, bien fuesen seductores cuerpos de mujer, como María Antonieta o María de Escocia, capitanes del destino como Erasmo y Magallanes, o simples roedores como Fouché.

**EL PERSONAJE-CERO EN EL DRAMA DE LA VIDA**

En su última obra, que es una novela titulada «Cuidado con la piedad», Zweig se aparta de las glorias coronadas para fijar su atención en la figura anónima del mundo, esa que vive del alimento ajeno en la materia y el espíritu. Un joven teniente del ejército austriaco, Hofmiller, cumple sus deberes en una guarnición destacada cerca de la capital. Cobija su respetabilidad con las formas geniales a que era adicto en sus marionetas el artesano del teatro español don José de Echegaray: la pobreza respetable, la elegancia marcial y el aburrimiento natural en la persona que ni piensa ni se emociona para nada. Repentinamente le invitan a la casa del magnate de la aldea, un tal Kekesfalva.

Allí conoce a este pordiosero cargado de dinero, a quien no le preocupan las ropas ni la ostentación, sino el bienestar de su hijita inválida, una muchacha de diecisiete años, impresionable por demás y que sufre una neurosis de caracteres graves. Esta chica molesta a los doctores constantemente con sus indagaciones acerca de una enfermedad que el instinto le dice que es incurable. La parálisis intensifica su imaginación y la hace buscar fantásticos consuelos a sus dolencias. El pobre teniente, entusiasmado con las comodidades de la casa, pronto empieza a cultivar la amistad

gunto si hemos decidido escondernos detrás de la neutralidad. Es conveniente, tal vez. Pero yo no estoy convencida de que lo que nos conviene es siempre lo que debemos hacer».

Mrs. Roosevelt está en todas partes, como Dios. Lo que no ha logrado todavía—aunque en una ocasión dijo que lo sentía—es estar en dos partes al mismo tiempo. Y acude a sus citas con una puntualidad que constituye su mejor orgullo. En una ocasión en que olvidó una cita y llegó con veinte minutos de retraso, estuvo hablando durante quince días del hecho que no acababa de explicarse.

En otra ocasión no se presentó a hablar en un club femenino, y la señora que había gestionado su visita no podía comprender lo que ocurría. Al fin dijo: —Algo muy grave le debe haber ocurrido a Mrs. Roosevelt. Efectivamente, aquella noche se le

# STEFAN ZWEIG, NOVELISTA

## de la HORA CERO



dad, dándole muestras de afecto a la inválida. Esta, que no ha tenido tiempo de analizar las motivaciones recónditas del militar, acaba por enamorarse de él. Ahí está el drama: que un hombre de la casta más orgullosa de Austria, viole todas las reglas del comportamiento social y sienta ternura por una infeliz. Entre los caballeros oficiales de la guarnición, que conciben a las rubias de Viena como tipos supremos de mujer, se siente empujado por el sentimentalismo. Para ellos, Hofmiller ha profanado los dogmas de la profesión.

Stefan Zweig mueve los personajes de esta novela como mueve los de sus magníficas biografías, en un escenario impregnado de pathos y deslumbrante colorido espiritual. La historia ofrece su moraleja y a ese fin encamina la trama, las situaciones y los estudios de la personalidad del teniente Hofmiller. Encadenado a los sacudimientos que ha provocado en su alma la tristeza irremediable de una enferma, este apuesto oficial ha perdido su carácter auténtico, se ha sumergido en una diferente modalidad.

¿Pero no es, acaso, el hecho, que el teniente nunca fué teniente sino por su uniforme? En tal situación, su gran pecado no sería sentirse piadoso; debería, para ser sincero a la voz de la conciencia, llevar la piedad hasta su más digna consumación, huir del atropello de la guarnición militar sobre su vida, separarse de la casta que había intentado quitarle el corazón y ponerle a latir un instrumento extraño en su lugar: el de los convencionalismos artificiales de la sociedad.

**EL MONSTRUO DE LA TRAGEDIA DE WERFEL**

Franz Werfel pintó este desgarrador conflicto en otra forma en su drama «Tragodia» al presentarnos el amor de la heroína, hija de campesinos conservadores y bruscos, por el estudiante culto de la ciudad que venía a predicar la revolución social. Finalmente, rechazada por éste, la muchacha se deshace en el torbellino de una guerra que desola la vida en la montaña. Hay una escena capital que recuerda las que en su bella obra pinta ahora Zweig. La muchacha aparece en una cima con sus suegros, a la puerta de un albergue improvisado, pobrisimo hasta inspirar conmiseración.

«La guerra—dice la anciana adolorida—lo ha terminado todo. Las casas destruidas junto con los sembrados; la amistad, la piedad, el amor».

Pasa por el lugar un pelotón de soldados que conducen al cadalso, levantado cerca en un picacho, al joven caudillo de la revolución. El se detiene y pide permiso para despedirse de ella. De ella, a la que un día, dejó arrojar al sacrificio en el altar de un templo donde celebraban sus orgías los rebeldes. Encerrado en el altar estaba «el monstruo». El Monstruo que se había soltado de la casa de la familia y había sembrado el terror en la comunidad. Decían los campesinos que eran los Dioses que lo mandaban pidiendo ofrendas de sangre. Y el caudillo joven aprovechó las supersticiones de la masa y prendió al Monstruo y lo encerró en el altar.

Una noche, cuando sus parias estaban borra-

sión James Fikany, un zapatero de Carbondale, estado de Pennsylvania estimó que debía haber adquirido en los pies una deformación llamada «pes-planus»—pies planos—que sufren todas las personas que permanecen de pie muchas horas. Quería ayudar a Mrs. Roosevelt y se dirigió al representante por su distrito, Patrick J. Boland, al que pidió que le consiguiera una entrevista con la presidenta, «para auxiliaria a soportar mejor el peso de su cuerpo opulento». Y tanto le gustaron a la Primera Dama los zapatos que le hizo el zapatero que el primer día que los usó escribió en su columna periodística:

«Después de mi llegada a la Casa Blanca tuve que recibir varias visitas, pero los zapatos son tan extraordinarios que cuando se les usa, el estar de pie resulta un placer».

de ella hasta que logra convertirse en su compañero. El señor Kekesfalva lo alienta y lo hace sentirse a gusto entre la familia. Un día le ruega que importune al médico para que le informe algo sobre el estado de salud de su hija.

El médico, que está cansado de las majaderías de la paciente, le toma simpatía al teniente Hofmiller y le cuenta el pasado de la chica, así como la historia de cómo su padre se hizo poderoso y rico. Kekesfalva era un humilde judío y su verdadero nombre es Leopoldo Kanitz. Pacientemente, acumuló una pequeña fortuna, aumentada luego por un matrimonio con una ricacha a quien despojó del castillo y la dote antes de casarse. La embelesada campesina, que todavía sentía agradecimiento hacia el impostor que así le tendía la mano después de arrebatarla lo suyo, aceptó ser su esposa. Y el judío Kanitz pasó a ser dueño de mucho dinero y de una mujer. Al morir ella, Von Kekesfalva, lleno de remordimiento y pesar, decidió dedicarse a su hija, pero sobrevino el ataque de parálisis que fué un golpe terrible para él.

**LA PIEDAD, UN PECADO DEL CARINO**

Hofmiller se emociona al escuchar el patético relato del médico y continúa, movido por la piedad,

había matado un sobrino en un accidente de aviación.

**COMO UN ZAPATERO AUXILIO A MRS. ROOSEVELT**

Es tal el número de peticiones que recibe la Primera Dama para que concurra a un lado y otro—esas peticiones, no hay que olvidarlo, le llegan de todos los Estados de la Unión—que sus compromisos los nace con tres meses de anticipación. Viaja siempre acompañada de su secretaria Miss Malvina Thompson, que desempeñó el mismo cargo con la primera esposa del presidente Wilson. Frecuentemente se la ve también en unión de Mrs. Henry Morgenthau Jr., esposa del secretario del Tesoro.

La Primera Dama camina tanto, que en una oca-

**M**ADAME Antenor Patiño, la nuera del rey del Estadio de Bolivia, que el año pasado ascendió al trono de la mujer mejor vestida del mundo, acaba de ser derrocada. Para derribarla se juntaron las dos princesas más poderosas de la tierra, la norteamericana Wally Simpson, que hoy lleva el título de duquesa de Windsor, y la griega Marina, casada con otro hermano del Rey de Inglaterra, el duque de Kent.

La duquesa de Windsor fué proclamada reina de las elegancias en 1937 y 1938 por los modistos de París. En 1939 tuvo que cederle el primer puesto a la Patiño con la duquesa de Kent en el tercer lugar. Fué esa una de las cortes más famosas del imperio de las modas. En ella figuraban la baronesa de Rothschild, la esposa del Aga Khan, la señora Harrison Williams, la marquesa de París y las señoras de Gilbert Miller, Martínez de Hoz y Dorothy Dupuy.

Las diez primeras en la categoría de 1940, son, después de las duquesas inglesas, Cristina de Patiño, la señora Doris Duke de Cromwell, la señora del Aga Khan, la señora Gilbert Miller la baronesa de Rothschild, la señora Harrison Williams, la condesa Bárbara Haugwitz-Reventlow y la reina Isabel de Inglaterra.

**WALLY SIMPSON EN PARIS, DUQUESA Y SOBERANA**

Durante 1938 la duquesa de Windsor dominaba en un grupo que aún no le había dado cabida a la señora Patiño, y del que formaban parte mujeres que ya no suenan en el torneo de las modas, como la baronesa D'Erlanger, las señoras Reginald Feilowes y Millicent Rogers, las señoras Reginald Mountbatten. Celebró la duquesa su triunfo asistiendo a la recepción de despedida dada en honor del embajador de los Estados Unidos en Francia, William C. Bullitt.

vestía un suntuoso traje de crepé blanco, con cuello rectangular y cola de paneles en flecos, adornado con dos bandas de bordados de oro que descendían desde la cintura en curvas sobre las caderas. Llevaba además una tiara de diamantes y esmeraldas que le había recién regalado el duque, y que se considera una de las joyas más finas que se han visto en muchos años en París.

No era entonces, como no lo es hoy, el llamado «azul de Wallis» su color predilecto. Prefería el negro para de día y el blanco para de noche. La segunda dama elegante, la duquesa de Kent, era paraidaria, en cambio, de vestidos negros para de noche que matizaba con accesorios reluctantes y carteras incrustadas de joyas preciosas. Eran estos accesorios los aditamentos indispensables en una época en que la esposa del Aga Khan lucía sus esplendorosas piedras ante la aristocracia parisina y Lady Louis Mountbatten, la mujer más elegantemente vestida de Inglaterra, campaba por su belleza y pulcritud.

**MUJERES DE PALACIO Y DEL SALON DE WINDSOR**

La marquesa de París y las señoras Martínez de Hoz y Dupuy quedaron fuera de la lista en 1939. Han sido sustituidas en la corte de 1940 por la reina Isabel de Inglaterra, la condesa Bárbara Haugwitz-Reventlow y la señora de James H. R. Crowell. Con motivo de la guerra, entre las árbitras de la elegancia no figuran hoy damas como Lady Elsie de Wolfe y la señora de Georges Bonnet, que apareció por primera vez en el gran escenario del bien vestir de la capital fran-

chos y semidesnudos, se alzó en el templo y les dijo:

«¿Quién de vosotros ha de ofrecerse como ofrenda a nuestros Dioses? Ellos piden sangre y sacrificio por el ideal. ¡Vosotros, los de ideales, venid acá!» Como nadie respondiera, gritaba enloquecido: «¡Cobardes! ¡No tenéis ideales y pretendéis hacer revolución! ¡Ni siquiera sois dignos de que se os redima! ¡Cobardes!»

En aquel instante, la muchacha despreciada se adelantó: «Abre la puerta—le dijo—que yo entraré a saciar al Monstruo. Yo tengo ideales; más que tú». Y el día que lo condujeron al cadalso y la besó, ella se quedó triste en la montaña, de espaldas al

patíbulo, oyendo los martillos que clavaban el trágico tablado. Un judío que pasaba con una carreta, vendiendo chucherías recogidas en los campos de batalla, decía que cobraba un cinco por enseñar al Monstruo, cuyo cadáver llevaba bajo una manta. La vieja lloraba, porque era su hijo...

«Mi hijo, mi hijo, ya se va. Nunca más habré de verle. Ya se va. Nada queda de él en el mundo...»

«Te equivocas, madre—repuso la muchacha—yo llevo su semilla en mis entrañas».

Y se oyó el golpe del patíbulo que mandaba al otro mundo al caudillo de la revolución.



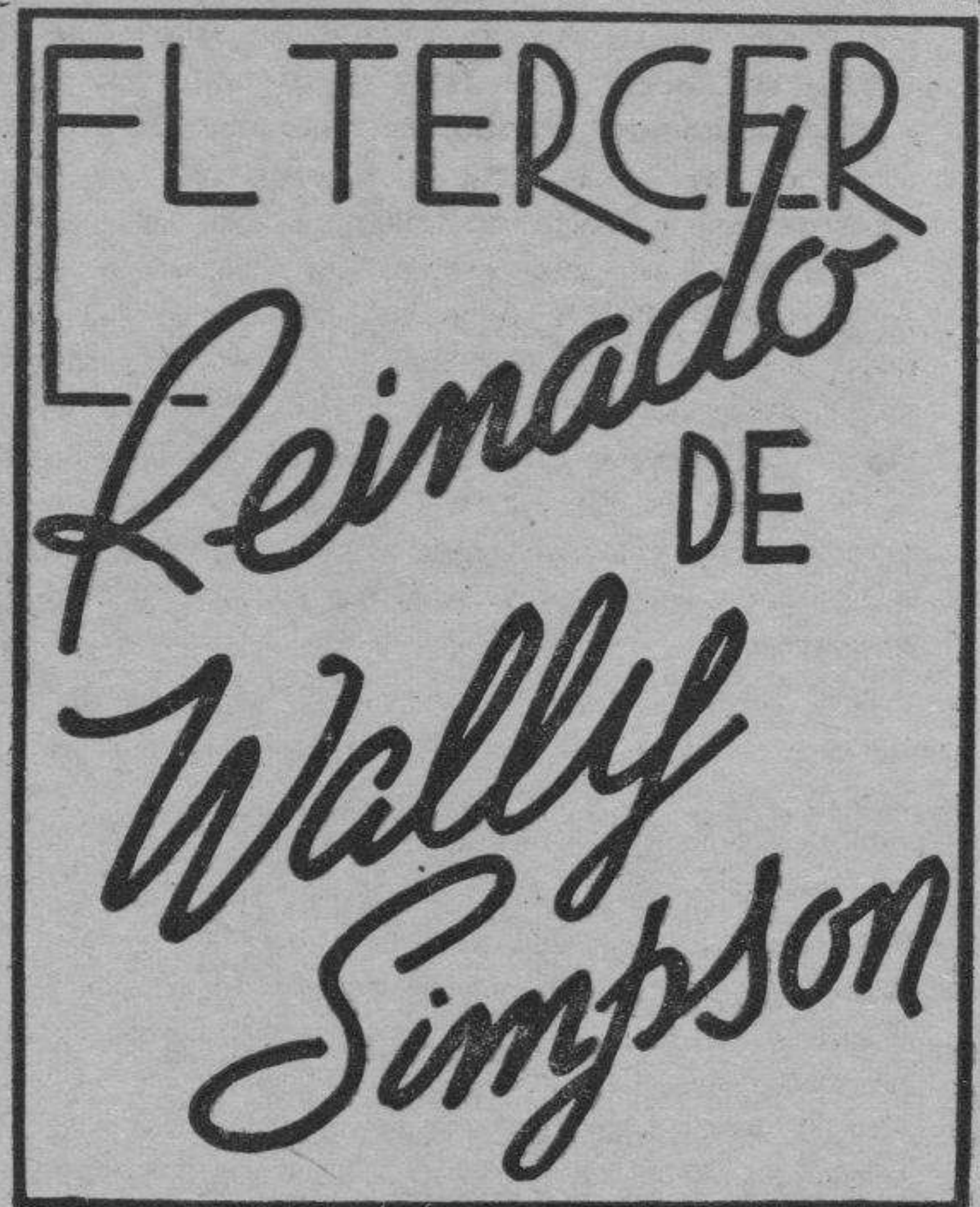
He aquí la mujer más elegante de 1940: La duquesa de Windsor. Wally Simpson es reina por tercera vez, según proclama de los árbitros de París. Aunque en esta ocasión está empatada con su concuñada para el primer puesto, todos la aceptan a ella como la dama mejor vestida del año.

Proclamada suprema entre las mujeres elegantes del mundo, comparte este año los honores con la princesa Marina, esposa del duque de Kent.

cesa como anfitriona de los monarcas ingleses durante la visita de éstos en 1938.

Bárbara Haugwitz-Reventlow, reintegrada otra vez al grupo de las supremas, hizo sensación en 1938 con sus vestidos blancos y sus joyas. Poseía una hermosa juventud y llamaba la atención por su alto peinado y la distinción de su andar. Al igual que la duquesa de Windsor, se ataviaba impecablemente y llevaba sus ropas como una reina.

La señora Patiño, es la princesa Cristina de



Borbón, hija de los duques de Durcal. En 1939 fueron ella y la duquesa de Windsor las dos rivales más imponentes de la elegancia en Europa. Ambas visten los diseños clásicos de la moda, pero se distinguen por sus bien seleccionadas notas de excentricidad. Los modistos han señalado que uno de los puntos débiles de Wally Simpson es que le gustan los adornos raros y los botones y bolsillos de tamaño exagerado, y precisamente por esta razón fué que el año pasado la relegaron a segundo puesto y proclamaron reina a la princesa Cristina.

**LAS AMERICANAS EN LA ARISTOCRACIA DEL VESTIR**

Las diez mujeres mejor vestidas gastan alrededor de un millón de dólares al año en ropas.

(Continúa en la página 15)

# CONQUISTADOR



**E**N un caluroso anochecer de junio el *jaque* paseaba por High Street con aire de indiferencia. El aire era pesado y estaba enrarecido por el humo de la gasolina de los automóviles y los vapores del alquitrán del pavimento. Acababan de encenderse las luces y la amplia vía se atiborraba de gente. Las muchachas solían pasar en parejas mientras que los jóvenes, en su mayoría, discurren en pequeños grupos. Pero el *jaque* paseaba sólo. A su paso escuchaba repetidos saludos: «Adiós, Dennis», o «Adiós, *jaque*».

Llamábase *jaque* en el sentido de conquistador, porque, merced a un supuesto parecido con Rodolfo Valentino, o quizás también por la inexcrutable expresión de su rostro grave, las muchachas que le conocían sólo tenían ojos y oídos para Dennis Halley.

—¡Adiós! —respondía él también a los saludos.

Y continuaba su camino, satisfecho de su figura arrogante y esbelta.

Dos muchachas que cruzaban la calle a ocho o diez metros de él. llamaron su atención. Ambas vestían trajes blancos de tenis y llevaban sendas raquetas. Las dos eran lindísimas, si bien diferían en tipos: la una era rubia y la otra morena. Se volvió para mirarlas y vió que ellas se mira-

ban también; entonces apresuró el paso y se les acercó.

—Hacia tiempo que no la veía, Stella —le dijo a la morena, que al ver que Dennis se aproximaba se había detenido con su amiga, a la que llevaba del brazo.

—Es usted el que no se deja ver —respondió la aludida, fijando en el joven sus hermosos ojos oscuros.

La muchacha rubia volvióse de espaldas y se puso a mirar a uno de los extremos de la calle.

—¿Le disgusta que nos hayamos detenido? —le preguntó Stella.

—No, pero como yo no conozco a su amigo...

—Halley —se apresuró a decir el *jaque*—, Dennis Halley.

—Alias el *jaque*—, dijo la muchacha morena.

Y dirigiéndose a Dennis, añadió:

—Esta señorita es mi amiga Marjorie Page.

—¿Y por qué le llaman el *jaque*? —preguntó Marjorie friamente.

—Porque una vez asistí a un baile disfrazado de *jaque* —contestó Dennis.

—No creo que sea precisamente por eso —advirtió Stella con intencionado acento.

El joven desvió la conversación, diciendo:

—¿Quieren ustedes que vayamos a bailar a

Cambridge?

—Hace mucho calor para bailar —respondió Marjorie.

—En Cambridge no lo hace —se apresuró a intervenir Stella—. Nunca he sentido calor allí.

¡Bailar con el *jaque*! Marjorie era un poco tonta algunas veces.

Fueron a Cambridge y Dennis bailó con las muchachas alternativamente. Primero con Stella y después con Marjorie. En uno de sus bailes ésta le dijo:

—No me gustan los locales de baile en verano.

—Ni a mí tampoco —contestó el joven suavemente.

—Y, sin embargo, mire qué concurrencia tan grande hay; no todos deben de tener nuestro gusto.

—Quizás no puedan ir a otra parte —dijo el *jaque*.

—Por dos peniques pueden trasladarse al campo; menos de lo que les cuesta venir aquí.

—¿Es al campo adonde va usted por las tardes?

—Muchas veces voy a jugar al tenis; pero ahora los campos de deportes se hallan también excesivamente concurridos.

Su voz era fría, indiferente.

—¿Tiene usted mucha intimidación con Stella? —le preguntó el joven.

—Trabajamos juntas.

—¿En la ciudad?

—Sí; en Shepley, en la sección de peinado.

—¿Es buen oficio?

—Como otro cualquiera.

—No parece usted muy entusiasmada con él.

—Hace demasiado calor para entusiasmarse con nada —dijo la joven, sonriendo ligeramente.

Sentáronse los tres en una mesa a tomar un helado.

—Yo he de marcharme en seguida —advirtió Marjorie—. Tendría un disgusto si llegase a casa después de las once.

—¿Por qué tiene usted a su padre tan mal acostumbrado? —exclamó Stella.— El mío me deja tener llave.

—Vámonos los tres —dijo Dennis, que comenzaba a sentirse interesado por la muchacha rubia.

Levantáronse y Stella se puso al lado del *jaque*, mientras Marjorie caminaba delante, sola.

—Esta desgraciada —murmuró la muchacha morena al oído de su acompañante— se aterra a la idea de llegar a su casa después de las once. Felizmente yo puedo llegar a la mía a la hora que me plazca.

Caminaron en silencio unos minutos; se habían reunido los tres y Dennis iba en medio de las dos muchachas.

—Faltan cinco minutos para las once; no puedo entretenerme más —exclamó de repente Marjorie, consultando su reloj.

Y su frase fué acompañada de una intensa mirada que Dennis recogió con sus oscuras pupilas. Por unos instantes ambos se miraron al fondo de los ojos y una suave delicia les embargó.

—Ahí viene el autobús, Marjorie —gritó en aquel momento Stella.

La aludida miró presurosa al arroyo y exclamó:

—Sí; corro a tomarlo. Adiós, Dennis; hasta mañana, Stella.

Hubo un ligero silencio entre ellos y la morenita dijo a su acompañante:

—A esta pobre muchacha le gustan muy poco los hombres; y tampoco tenía ganas de hablar con usted esta noche. ¿Adónde vamos?

Dennis no respondió; tenía la mirada fija en el autobús que se alejaba. Entonces Stella le tomó

# CONQUISTADO,

Por Lesley Storm

del brazo y sonriendo le dijo:

—Vayamos a casa por el camino más largo.

A las nueve de la mañana encontraronse Marjorie y Stella en la escalera de la casa donde trabajaban.

—Amiga mía, ¡qué noche tan deliciosa! —dijo Stella a su compañera—. Cuando usted nos dejó emprendimos el regreso a pie por el camino más largo. ¡Qué joven tan interesante es Dennis!

Mientras peinaba, cabezas rubias o morenas, Marjorie pensaba en Dennis con un creciente resentimiento, y como a la hora del almuerzo Stella volviese a hablarle de él, exclamó con irritación:

—¡Por Dios santo, no me hable más de ese hombre! ¡Ya es darle demasiada importancia! ¿Han de verse ustedes esta noche?

—No hemos concretado nada, pero supongo que lo encontraremos en la High Street.

—¿Lo encontraremos?... —hizo notar Marjorie cada vez con acento más irritado.

—No se disguste, amiga mía... Yo le ruego que me acompañe; no debo pasar sola por la High Street. Y de todos modos podemos ir a jugar al tennis como de costumbre.

—Si le encontramos les dejaré a ustedes; no me gusta estorbar.

Stella sonrió sin hacer ninguna protesta.

Al anochecer encontraron a Dennis en la High Street. Al verle, Stella lanzó una exclamación de alegría y le dirigió una mirada de pasión. El la miró casi con indiferencia.

Comenzaba a llover; el ambiente estaba cargado de electricidad y se dejó oír un fragoroso trueno.

—¡Un trueno! —exclamó Stella—. ¡Oh! ¡Yo no puedo sufrir los truenos!

—Es cierto —afirmó Marjorie—; la afectan terriblemente.

Stella temblaba ya.

—Vayamos al cine —insinuó el jaque—. Allí estaremos al abrigo de la tormenta y al mismo tiempo veremos las películas.

Comenzó a diluviar y los jóvenes se apresuraron a cruzar la calle y a entrar en el cine. Dennis sentóse entre las dos muchachas; Stella apoyó la cabeza en el hombro de su amigo y le tomó una mano que retuvo en la suya. Marjorie estaba inmóvil en su asiento, abstraída en apariencia y con los ojos fijos en la pantalla. Sin embargo, ninguno de los movimientos de Stella le pasaba inadvertido.

En un momento en que el ruido de la música cubría su voz y no la dejaba llegar a oídos de Stella, dijo Dennis a Marjorie en voz que parecía un susurro:

—Es usted la que me interesa; daría un año de mi vida porque estuviéramos los dos solos.

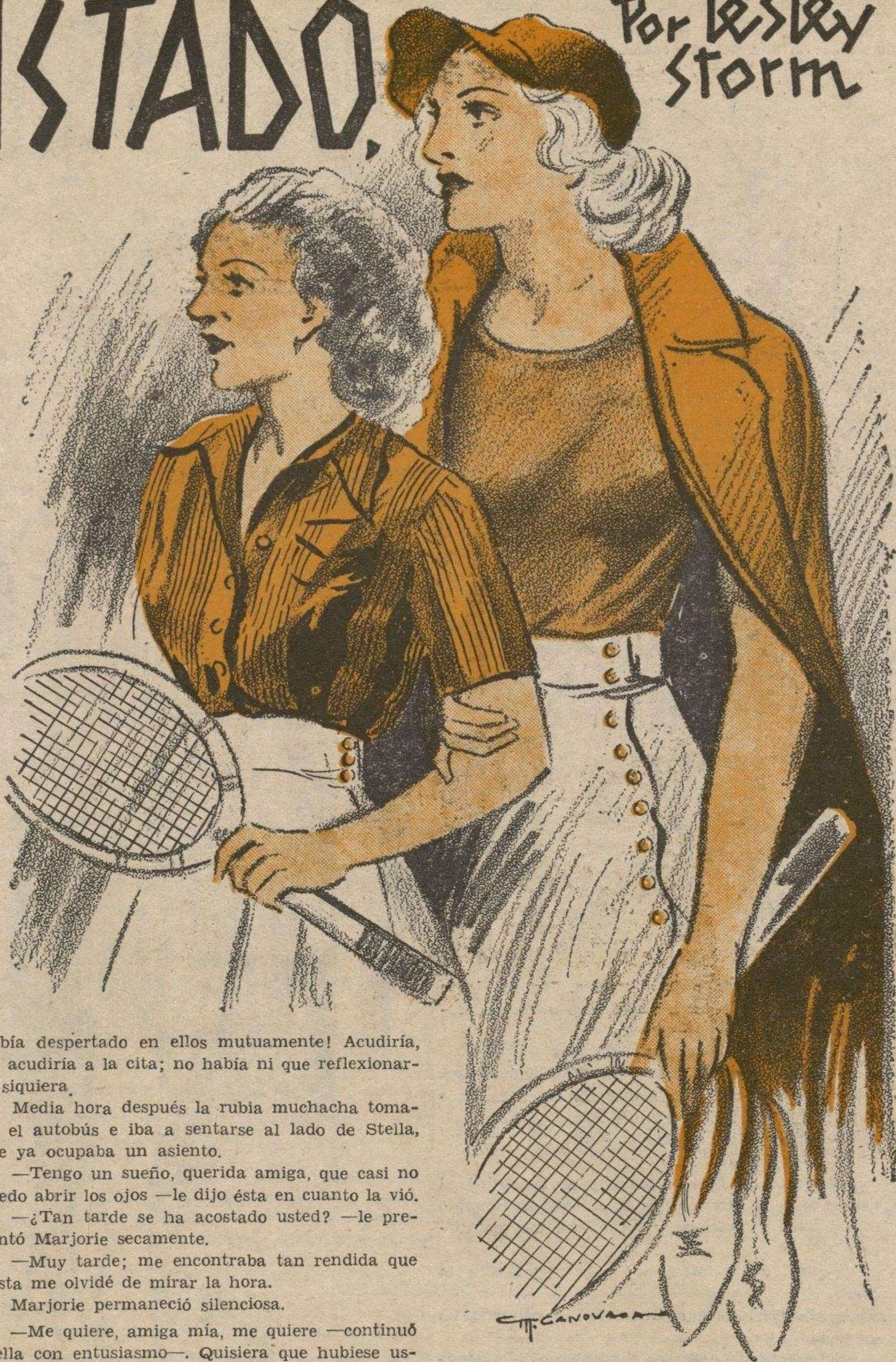
La joven volvió los ojos hacia él y sus miradas se encontraron de nuevo.

Eran cerca de las once cuando salieron del cine. Stella esperaba ansiosa la marcha de su amiga.

—Ahí tiene el autobús —le dijo, de repente, indicándole la llegada de uno de aquellos vehículos Marjorie, sin titubear, les dirigió una frase de despedida y corrió a tomar el autobús.

El correo de la mañana llevó a Marjorie una carta de Dennis. La misiva era lacónica y decía: «¿Quiere usted acudir sola esta noche a las ocho a la esquina de Brayde? La esperaré con la motocicleta de mi hermano y daremos un paseo por las afueras de la ciudad. Deseo hablar con usted seriamente. No falte, Marjorie».

La muchacha sintió que la sangre le aflucía en oleadas al rostro. ¡También ella se sentía hondamente interesada! ¡La simpatía, tal vez el amor,



había despertado en ellos mutuamente! Acudiría, sí; acudiría a la cita; no había ni que reflexionarlo siquiera.

Media hora después la rubia muchacha tomaba el autobús e iba a sentarse al lado de Stella, que ya ocupaba un asiento.

—Tengo un sueño, querida amiga, que casi no puedo abrir los ojos —le dijo ésta en cuanto la vió.

—¿Tan tarde se ha acostado usted? —le preguntó Marjorie secamente.

—Muy tarde; me encontraba tan rendida que hasta me olvidé de mirar la hora.

Marjorie permaneció silenciosa.

—Me quiere, amiga mía, me quiere —continuó Stella con entusiasmo—. Quisiera que hubiese usted podido escucharlo anoche. ¡Qué decidido, qué alegre, qué insinuante, qué amoroso! Me ha trastornado por completo. ¡Estoy locamente enamorada de él!

Marjorie hacía prodigiosos esfuerzos para dominar su amargura.

«¡Así son los hombres!» —pensaba.

Dennis le había escrito la carta precisamente cuando acababa de dejar a Stella... ¿Qué sentimientos, pues, eran los de ese hombre? ¡Y ella tan necia que pensaba acudir a la cita! ¡No, no acudiría!...

A las ocho en punto llegaba el jaque con su motocicleta a la esquina de Brayde. Todo el día había estado pensando en Marjorie y ahora esperaba la llegada de la joven con una nerviosidad no sentida hasta entonces.

Pasaron veinte minutos, media hora. El jaque comenzaba a desanimarse. Transcurrieron diez minutos más y el desánimo trocóse en amargura. De repente divisó a Stella a una veintena de metros de distancia. La joven le vió también y se le acercó, sospechosa, preguntándole:

—¿A quién espera usted ahí?

—La esperaba a usted.

—¿Es cierto?

—Sí; supuse que pasaría usted por aquí. Suba.

Stella sentóse en la «moto», detrás de él, y partieron velozmente. La joven sentía el corazón henchido de gozo; en cambio Dennis, angustiado y con el rostro contraído, parecía querer desahogar su bilis en una loca carrera.

La «moto» trepidaba fuertemente y se deslizaba por el camino con una rapidez vertiginosa. Stella comenzó a alarmarse.

—Dennis —llamó.

Pero el joven, absorto en sus pensamientos y presa del vértigo de la velocidad, no la oyó.

De repente la muchacha cerró los ojos y lanzó un grito.

Había visto en una curva, a la derecha, la sombra de una carreta. Y casi en seguida sintió una conmoción violenta y rodó por el suelo entre hierros retorcidos...

Marjorie había acabado su primer peinado, la siguiente mañana, cuando una de sus compañe-

ras llamó a la puerta de su departamento.  
—Adelante —dijo la joven—. Hola, Doris.  
Pero Doris presentaba un aspecto dramático.  
—¡Es horrible! —balbuceó.— Stella Esenberg  
ha sido víctima de un accidente; acaban de tele-



fonarle la noticia a la directora. Un accidente de motocicleta. No ha muerto, pero dicen que está gravísima.

—¿De motocicleta? —repitió Marjorie.

—Sí; iba con un muchacho. También él está herido, mas no tan gravemente. Están en un hospital que hay cerca de Potters Bar.

—¿Dónde se encuentra la directora?

—En el despacho.

Marjorie salió al corredor y se encaminó al despacho de la directora, la cual tenía en la mano el receptor del teléfono y terminaba una conversación.

—¿Qué desea, Marjorie? —le preguntó a la joven.

—¿Es cierto que a Stella le ha ocurrido un accidente?

—Desgraciadamente es cierto. Está herida gravemente; tiene toda la frente y la parte superior de las mejillas llenas de profundos cortes que parece le causaron los vidrios del faro de la «moto».

—¿Y le han dicho a usted, señora, el nombre del acompañante de Stella? —preguntó Marjorie con voz trémula.

—Sí, me lo han dicho, pero no lo recuerdo.

—¿Era Dennis Halley?

—El mismo, precisamente.. ¿Lo conoce usted?

La joven movió la cabeza afirmativamente. Sentía oprimida la garganta y el corazón le latía descompasadamente.

—Yo era, señora, la que estaba invitada a dar ese paseo en motocicleta —dijo después en voz baja.

La directora la miró sorprendida.

—Pues ha estado usted de suerte, hija mía —le contestó, pensando al mismo tiempo que entre Marjorie y los dos jóvenes víctimas del accidente, se desarrollaba un pequeño drama.

A las seis de la tarde, terminada su labor, Marjorie dirigióse al hospital de Potters Bar. No vió a Stella, pero la enfermera le habló detalladamen-

te del número de heridas de la muchacha y de la importancia de ellas.

—¿Y le quedará el rostro muy desfigurado? —preguntó Marjorie.

—Muchísimo; casi deforme. Es lástima, tratándose de una joven tan bonita.

Marjorie sintió que los ojos se le humedecían, y se disponía a retirarse cuando la enfermera le dijo:

—¿Conocía usted también al joven Halley?

—Sí.

—Puede verlo un momento si quiere.

—¿Son graves sus heridas?

—Tiene un brazo fracturado y algunas contusiones. Puede usted verle un momento si no le da conversación.

Marjorie siguió a la enfermera, que la condujo, a través de una galería, a una pequeña alcoba. Dennis yacía en una blanca cama, con el rostro vuelto a la pared.

—Aquí tiene una visita, señor Halley —dijo la enfermera.

El joven volvió la cabeza y vió a Marjorie. La enfermera les dejó solos.

—Estoy muy apenada, Dennis —dijo la muchacha en voz baja—, horriblemente apenada.

—¿Ya sabe cómo se encuentra Stella? —preguntó él.

Ella hizo un gesto afirmativo.

—Quedará horrorosa, ¿no es cierto?...

Había tanta dulzura en los ojos de Dennis y tanta amargura en su voz, que Marjorie, embargada de una ternura hasta entonces desconocida para ella y obedeciendo a un repentino impulso, acercóse a él y le besó en la frente.

Dennis la miró sorprendido.

—«Entonces», Marjorie —murmuró—, «entonces», ¿por qué no acudió usted a mi cita?

—¡Oh! Por las cosas que me contó Stella.

Ambos tenían los ojos húmedos de lágrimas. Hubo una pausa.

—Y yo habré de unirme a Stella para siempre —balbuceó el joven, como si de repente saliese de un sueño—. Cuando me dijeron que su rostro quedaría desfigurado, repulsivo, conocí que era ese mi deber. Me casaré con ella. Basta de dulces quimeras.

La enfermera volvió para indicarle a la visitante la conveniencia de que se retirara.

—Aquella pobre joven —le dijo a Marjorie mientras la acompañaba —no hace más que preguntar por él. Pero él caso no habla de ella; pasa las horas como usted lo ha visto; con el rostro vuelto a la pared.

Dennis salió del hospital tres semanas antes que Stella; y a intervalos de dos o tres días iba a visitarla. Las escenas eran siempre las mismas. Stella se lamentaba de que su belleza desapareciese, hacía protestas de amor a Dennis y le aseguraba que se suicidaría si él la abandonaba.

En aquel hospital conoció Dennis a los padres y a los numerosos tíos de la muchacha. Un día la familia, reunida en presencia del joven, se puso a tratar del porvenir de Stella. Como Dennis carecía de fortuna, cada uno de los tíos ofreció contribuir con una parte a la instalación de la casa de su sobrina cuando contrajese matrimonio. El joven, sentado cerca de la ventana, les escuchaba sumido en una especie de estupor.

Alguien dijo que no se debían olvidar de Luis Herman. ¿Por qué no se le había enterado de lo sucedido? Sabían que Luis sentía verdadera pasión por Stella; ¿por qué no se contaba con Luis?

—Es muy viejo —objetó la señora Esenberg, madre de Stella—. Es demasiado viejo para la niña; pudiera ser su padre.

El señor Esenberg guardó silencio.

Ya había pensado en Luis, pero no se había atrevido a nombrarlo.

—Pero, Rosa —arguyó una de las tías—, si bien es verdad que Luis tiene muchos años, también es cierto que tiene muchísimo dinero.

—¿Es muy viejo? —preguntó uno de los primos.

—Iba a la escuela conmigo —intervino el tío Julio—; tendrá cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años.

—Stella se reía de él —dijo la madre.

—Creo que debemos escribirle a Luis —exclamó una de las tías.

El joven Dennis se levantó bruscamente, diciendo:

—Esta discusión podrían sostenerla más libremente sin mi presencia.

La señora de Esenberg levantóse pesadamente de su asiento y le acompañó a la puerta. Ya en ella le dijo:

—Nosotros, como es natural, quisiéramos que se casase con Luis, que es millonario, pero como ella a quien quiere es a usted, pasaremos por que se casen.

El joven sentíase humillado, escarnecido. Además, la imagen de Marjorie no se borraba ni un instante de su mente.

Salió Stella del hospital y comenzaron en seguida los preparativos de su boda con Dennis que

abnegadamente se resignaba con su triste destino. Un día el joven encontró en la calle a Marjorie.  
—¿Cuándo es la boda? —le preguntó la joven.  
—Dentro de seis semanas.  
—Lo ha querido así el Destino —dijo Marjorie con amargura—. ¿Es feliz Stella?  
—No lo sé... Algunas veces sí que lo parece; pero cuando recuerda las cicatrices...

Hubo una ligera pausa. Ambos se miraron tristemente en silencio. Bruscamente, con un sobrehumano esfuerzo de voluntad, Dennis tendió la mano a la muchacha.

—Adiós, Marjorie —le dijo con voz velada por la emoción—; adiós, y sepa que yo, que pasaba los días enamorando muchachas, no he amado a más mujer que a usted...

Y sin darle tiempo a la joven para responder, marchóse Dennis precipitadamente, como si temiera perder el dominio de sí mismo.

Luis Herman regresó rápidamente a Londres y se presentó en seguida en casa de Stella.

—¡No quiero verle, no quiero verle! —gritó la muchacha cuando le anunciaron su llegada.

Y corriendo fué a refugiarse en la cocina.

Luis acompañado de los padres de Stella, buscó a la joven en su refugio.

Ella, al verle entrar, cubrióse el rostro con las manos.

—¡No quiero que me vea tan fea! ¡No quiero que me vea!... —gritó entre sollozos.

El señor Herman se acercó a ella tratando de consolarla.

—Me parece que exageras un poco, niña —le dijo—. Además, a mí me gustan de todas maneras. ¿Por qué no me telegrafiaron en seguida?

La muchacha seguía con el rostro tapado y gimoteando.

—Déjenme solo con ella —dijo el señor Herman a los padres.

Y cuando éstos se hubieron marchado, acercóse a Stella y, dulcemente, le retiró las manos de la cara.

La impresión que sufrió fué penosísima. Jamás pudo suponer que aquel bellissimo rostro llegaría a quedar tan desfigurado.

Sin embargo, dominó su emoción y dijo con voz firme:

—¿Y cómo se llama ese imbécil responsable del accidente? Le presentaremos una demanda de indemnización.

—Voy a casarme con él —respondió Stella con resolución.

Luis suspiró y luego de una ligera pausa, preguntó:

—¿Es rico?

—No.

—Entonces, ¿qué puede hacer por tí?  
—¿Qué puede hacer? —dijo la joven con extrañeza.

—Sí. Podría llevarte a Nueva York, a una clínica de cirugía plástica en la que, con un injerto de piel te devolverían tu perdida belleza. ¿Puede hacer eso por tí?



—No puede hacerlo; es pobre.  
—¿Y vas a resignarte con esta deformidad cuando puedes recobrar tu hermosura? —preguntó Luis, presa de viva excitación.

—¡Márchese, márchese y déjeme sola! —gritó Stella co nira—. ¡Guapa o fea, me casaré con él!

Luis no insistió más y retiróse, profundamente apesarado.

Stella tenía completo su ajuar de boda; sólo le faltaba el velo blanco que su tía Rosa se había prestado a regalarle.

Ocho días antes del señalado para el casamiento, llegó también el velo en una elegante caja revestida de satén.

La muchacha entonces tuvo un capricho: quiso ver cómo le sentaría el vestido de novia y, sin hacer caso de las protestas de sus familiares, que le aconsejaban que no hiciese tal cosa, vistióse como si se dispusiese a salir para la iglesia.

Pero cuando se miró al espejo y vió los costurones de su frente y de sus mejillas que el velo y la diadema hacían resaltar, prorrumpió en sollozos y dijo con resolución que no se casaría con Dennis.

—¡No quiero que la gente se ría de mí! —exclamó—. ¡Todo antes que vivir con esta deformidad! Iré a Nueva Yor con Luis y recobraré mi perdida belleza.

Y, en efecto, dos días después Stella se casaba con Luis Herman y partía para América.

Dennis, por su parte, en cuanto se enteró de la resolución adoptada por su prometida, lanzó un hondo suspiro de satisfacción y se puso a escribirle a Marjorie.

## EL TERCER REINADO...

Los ajuares de la duquesa de Windsor y de la Patiño son confeccionados casi por los mismos modistos. La duquesa reveló durante su reinado una marcada preferencia por los colores negro, azul y carmeíta, mientras que la señora Patiño mandó hacer vestidos de colores más vivos, especialmente en violeta y azul que realzan admirablemente su tipo delgado y de ojos negros. La señora Patiño es la mujer a quien mejor le lucen las joyas en el mundo y esto contribuye mucho a su fama.

Se recordará que en 1938 Bárbara Hutton, condesa de Haugwitz-Reventlow, fué sustituida entre las diez elegantes por la señora de Jean Dupuy. Ambas son norteamericanas, igual que Dorothy Duke, la esposa del ministro de Estados Unidos en el Canadá, James H. R. Cromwell, que este año ocupó sensacionalmente el cuarto puesto. Una nueva competidora que promete rivalizar con estas notabilidades en el año 1940 es la esposa de don Arturo López de Buenos Aires, que reside temporalmente en Francia.

### LOS ESTADISTAS DESCONOCIDOS DE LA NACIÓN FRANCESA

Aquel año de 1938 ha sido uno de los más

fastuosos en la historia de Francia. A principios de febrero, la llamada Semana de Primavera de las modas, los grandes centros del vestir de la Ciudad Luz eran más importantes que la Cámara de Diputados y las amenazas de Hitler. París podía resistir un bombardeo aéreo caso de estallar la guerra, pero jamás toleraría que le arrebataran el título de capital de la elegancia.

Mainbocher, que ahora poco ha causado sensación introduciendo la revolución del corset, proclamaba la dictadura de las Cuatro Siluetas en el diseño de las blusas, las faldas, los boleros y las tónicas de baile. Cansado de los vestidos misteriosos, creaba modelos fascinadores para sus parroquianas del mundo entero.

Lucien Lelong, artista de los colores, trasladaba el arco iris a las telas de chifón y las llenaba de curiosos bordados gitanos y moriscos. La cintura alta revivía los estilos del Imperio que recordaban a Josefina en Malmaison. Patou buscaba sus inspiraciones en las modas de 1906. En este ambiente de antiguas «novedades», la mujer moderna ligada a la política por lazos matrimoniales, debía modificar sus caprichos para no mortificar el sentimiento patriótico de la nación.

### EFFECTOS DE LA GUERRA SOBRE LAS MODAS

La participación activa de las mujeres en la

guerra no habrá interrumpido el interés en las modas, pero está influenciando mucho las tendencias de la elegancia, en opinión de Madame Elsa Schiaparelli, célebre diseñadora parisina. La Schiaparelli y su hija pertenecen a la Sección Sanitaria Femenina auspiciada por el presidente Lebrún. Las jovencitas que forman parte de este servicio conducen ambulancias y transportan médicos, enfermeras y productos medicinales al frente. Visten de uniforme azul marino y gorra en la ciudad y de kaki y botas de cuero en la campaña.

Dice la Schiaparelli que la guerra ha influenciado no sólo los vestidos sino los peinados. Ya no se puede usar el peinado alto debido a la necesidad de llevar caretas de gases asfixiantes. Las ropas se distinguen por la sencillez y con motivo de la escasez de accesorios para adornar ha habido que recurrir a los abrigos con bolsillos grandes y a los trajes de día recogidos en la cintura para que de noche puedan soltarse y servir de tónicas de salón.

La duquesa de Windsor, sin embargo, no permite que las actividades militares eclipsen su clásica elegancia. Cuando termina sus labores del día en el servicio de los Aliados se convierte en una exquisita dama de salón gracias a las sorpresas que guarda en su ajuar, reputado por los modistos como el más completo y perfecto del mundo.

**LAS 387 VICTIMAS DE MISTER NEW YORK. EN CASO DE EJECUCION, EL CONFLICTO MORAL NO ES DEL VERDUGO, SINO DE LOS JURADOS. LOS AJUSTICIADOS LLEGAN A LA SILLA ELECTRICA EN UN ESTADO DE HIPNOSIS**

UN caballero diminuto, de fisiología dinámica y aspecto puritano, subió a la tribuna y habló ante el público la noche del pasado día 16, en el «Town Hall Club» de Nueva York. Formaban la reunión los miembros de la «Sociedad Americana de la Eutanasia». El orador era una de las figuras más conocidas de la Medicina americana: el doctor Hugh Cabot, el famoso cirujano de la «Mayo Clinic»—ya casi octogenario—que con su cuchilla ha mitigado no pocas dolencias a un ejército de pacientes llegados de diferentes países de Hispanoamérica.

El doctor Cabot, en su discurso, se inclinó por la maniobra eutanásica de los espartanos. El médico debe tener, según esa teoría, el derecho de matar a un incurable con el objeto de mitigar el dolor. «La maquinaria legal establecida por la sociedad moderna—dijo el maestro Cabot—da al galeno el mismo control de la vida del paciente que si se estableciera el uso de la autanasia... En este sentido, no nos damos cuenta que el profesional incompetente, realiza una operación aprovechándose de esos poderes que le ha dado la ley y en este acto de ignorancia no exhibimos el sentimentalismo que urge cuando hablamos de mitigar el dolor de una enfermedad por medio de la muerte...»

El veterano quirúrgico atacó con valentía la libertad actual que ahora disfruta todo médico para ponerse una blusa, unos guantes de goma y con un cuchillo realizar cuanta herejía se le ocurra... En estas condiciones no hay sentimentalismo, en cambio ante un idiota que ha de ser una tara de la sociedad, las gentes se ponen cursis si tratamos de suprimir «legalmente» tal engendro...

**EL «DEBER DE MATAR»**

Me acordé al oír estas palabras de aquella sentencia de Bacon que reza. «El deber del médico es mitigar el dolor aunque tenga que enviar al enfermo al otro mundo...» Por mi mente pasó la figura de Napoleón cuando ordenaba a los cirujanos militares finalizar a los heridos graves que al «parecer» no tenían cura... Pero en ese vocablo «parecer» está el enigma moral que a muchos de los médicos no nos permite aceptar la ley espartana que acababa con los incurables... El doctor Foster Kennedy, jefe del Departamento de Neurología en el «Bellevue Hospital» (New York University) ha hecho un comentario que creemos muy acertado en este problema médico de la llamada «muerte terapéutica». En el número de la revista «Collier's» publicado en la segunda semana del pasado mes de Mayo, el doctor Kennedy no acepta la palabra «incurable» por la sencilla razón de que la ciencia podrá aliviar mañana la dolencia que al parecer hoy no tiene remedio. Además existen muchos enfermos en los que la Naturaleza origina reacciones de mecánica desconocida, que llevan al paciente a un estado de mejoría inexplicable a la ciencia. Sin embargo, el doctor Kennedy favorece la «muerte terapéutica» en esos tipos humanos que llegan a las asilos y llenan sus salas de casos patéticos para los cuales no existe el consuelo.

**EL CASO DEL VERDUGO**

En cambio el falso sentimentalismo humano ante el acto de matar, toma caracteres teatrales al comentar esas muertes legales que ejecuta el verdugo ante el impulso de la ley. Por eso interesa al público la vida y la personalidad del agente de muerte, ya tenga como instrumento el garrote, la guillotina o la silla eléctrica. Al verdugo en Francia se le llamaba «Monsieur París», al verdugo de la metrópolis neoyorquina nos atrevemos a titularse «Mister New York». Su vida, su personali-

*El Campeonato de la*



**MUERTE**

Elliot era un modesto electricista que se convirtió en el verdugo más famoso de los Estados Unidos por el hecho de haber movido el conmutador que envió .500 voltios de corriente eléctrica por los cuerpos de 387 ajusticiados, entre ellos los reos más notorios.

dad y los rasgos de su carácter, recién les hemos leído en un libro que acaba de editar Dutton con el nombre de «Agent of Death. The Memoirs of an Executioner».

Hace unos cinco meses que Robert G. Elliot falleció de un ataque cardíaco a la edad de 65 años.

Se fué como un burgués adinerado, víctima de los choques emocionales igual que los especuladores y banqueros. Antes de morir había hilado unas cuartillas que resultaron una especie de biografía a la que ha dado forma literaria el periodista neoyorquino Albert Beatty. Y en las páginas de la obra vemos cómo un día de mayo del año 1894, el joven electricista Elliot, que trabajaba en el penal de Dannemora, se presentó ante el Alcalde de la prisión y al contemplar la silla eléctrica dijo: «Este es un oficio que quisiera aprender...»

**EL RECORD DE LA MUERTE**

Desde aquel día inició su carrera en la que consiguió un «record» basado en 387 ejecuciones en el asiento macabro. En la obra, «Mister New York» nos habla de los más famosos condenados y hasta con algo de psicología nos pinta la manera cómo murieron. Saco y Vanzetti, Ruth Snyder y Judd Gray son algunos de los héroes de este romance patético. La figura de Bruno Richard Hauptmann,

reos en el proceso Lindbergh, se destaca con marcado color. Con una sangre fría digna de un ser imaginario que no posee los órganos de la emoción, Hauptmann llegó a la silla eléctrica y estoicamente recibió los 2.500 voltios que acabaron con el latido del corazón.

Elliot, vecindado en el tranquilo barrio del Queens neoyorquino, alcanzó su máxima remuneración en el año 1928 al recibir «150 dólares por víctima». En esa época su eficiencia profesional se extendió hasta otros Estados de la Unión; una especie de magnate industrial que acaparaba el negocio de la muerte y chamuscaba a los delincuentes de New Jersey, Pennsylvania, Massachusetts, Vermont y Conneticut. Desde que comenzó su oficio tétrico, su conciencia no fué mordida por el remordimiento.

**UNA PELICULA QUE LE HACE PENSAR**

Sólo en los últimos años empezó a sentir una especie de angustia diaria consecuencia de una película policíaca que cierto día vió en un cine de su barriada de Queens. Era una reproducción perfecta de la ejecución en la silla eléctrica. La víctima del mundo de los «gangsters», proclamaba su inocencia que la justicia no creía real... En la última parte del drama, cinco minutos después de que el reo había recibido la descarga eléctrica final, llegó el indulto con las pruebas de su inocencia... Y desde entonces mister Elliot empezó a sentir un dolor en la parte anterior de su pecho que se irradiaba hacia el brazo izquierdo... El verdugo pagaba involuntariamente las consecuencias de sus 387 ejecuciones... Las arterias coronarias de su corazón se cerraban ante la emoción pasada e iniciaban el síndrome de la «angina de pecho»...

Creo que «Mister New York» tiene además el campeonato internacional de la velocidad en las ejecuciones. Ganó el «laurel» con seis muertes en 24 horas. Una vez, a media noche, despachó a tres reos en Massachussets y el mismo día otros tres en el Sing Sing de Nueva York. En ese intervalo, descansó en un Hotel de Boston, con un sueño que él dice que fué reparador.

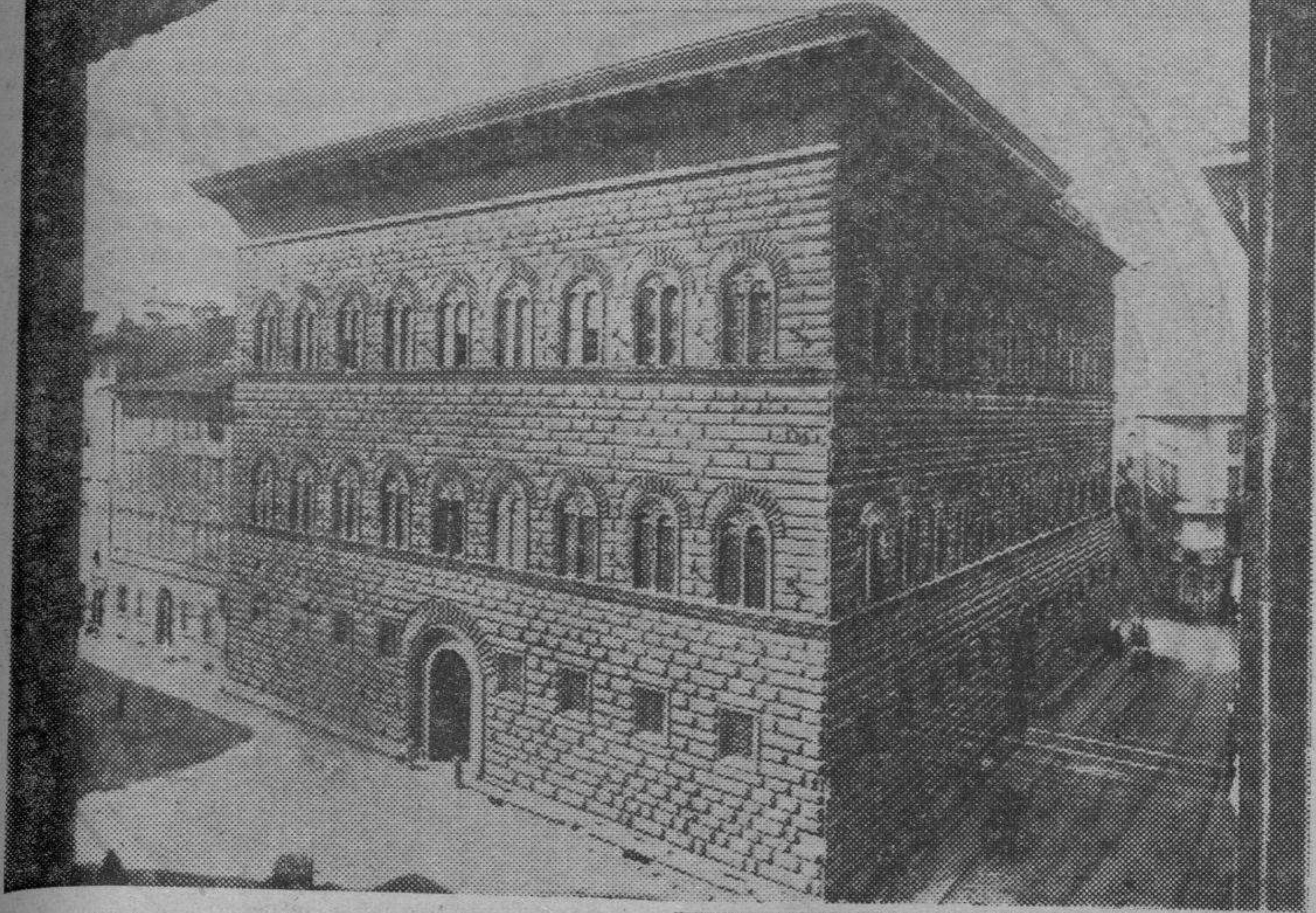
Entre tantas víctimas hubo seis mujeres. Unos cuantos imberbes y entre éstos los más notable dos chiquillos de 19 años que fueron los únicos que llegaban al sillón macabro en estado de coma, víctimas del miedo. Al leer «Agent of Death» se llega a la conclusión de que la mayoría de los delincuentes alcanzan los últimos momentos con entereza. Naturalmente, Elliot no explica este fenómeno que para él no tiene importancia. Si el verdugo hubiera amasado la Psicología Experimental se acordaría de mi colega el doctor Amos Squire, médico-jefe de la prisión de Sing Sing. El galeno, después de asistir en los últimos momentos a una infinidad de reos, no pudo con las descargas nerviosas que originaban estos actos y se retiró de la profesión con un organismo deteriorado. Entonces escribió sus observaciones dignas de un psicólogo exquisito. Un libro titulado «Yo quiero un hermoso traje para morir» y una serie de artículos en los que demuestra que la mayoría de los reos son víctimas de un estado de hipnosis consecuencia del terror. Las víctimas pasan por un ciclo de excitabilidad nerviosa que dura varios días, de la cual salen en un estado casi inerte que les insensibiliza de toda comunicación con el mundo exterior.

Tienen estas memorias del verdugo un comentario de importancia transcendental. Al comentar los posibles remordimientos que surgen del acto de matar «oficialmente», Elliot manifiesta que son insignificantes, en cambio considera que donde está el verdadero berbiquí del remordimiento moral, es en el cerebro de los jurados que muchas veces, sin pruebas definitivas y bajo la sugestión de un fiscal, mandan a un hombre a la silla eléctrica.

El acto de matar «legalizado», crea conflictos en la mente de los humanos. Creo que ni el mismo doctor Cabot si se encontrara ante un caso en donde aplicar la doctrina de la «eutanasia», se atrevería a inyectar al enfermo el veneno apagador de los sufrimientos de un incurable...



# EL PALACIO STROZZI de Firencia



Vista exterior del Palacio Strozzi.

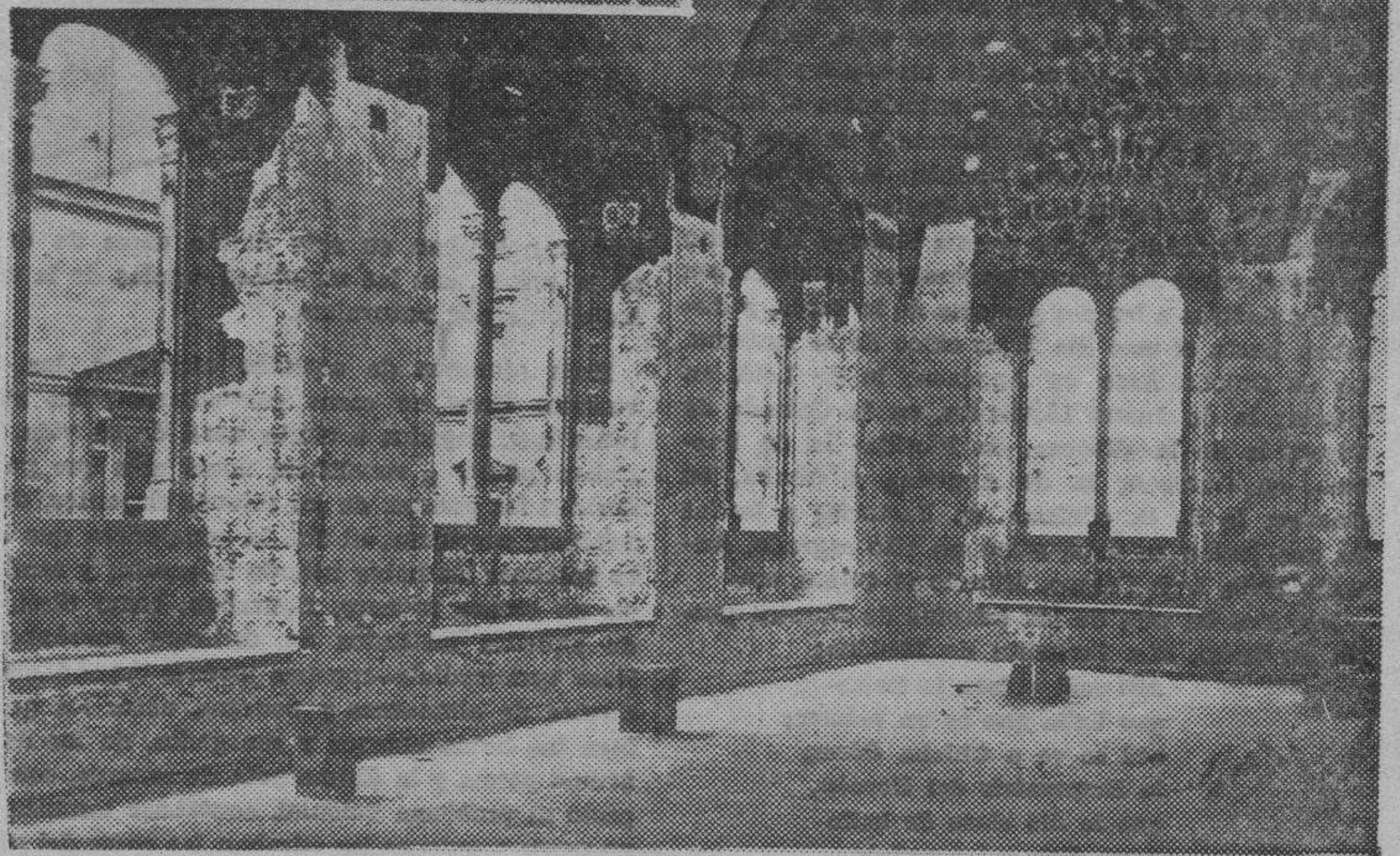
## SU RESTAURACION.—UNA NUEVA ACADEMIA DE ARTE PARA EXTRANJEROS.

**E**l Palacio Strozzi, que puede definirse como el más arquitectónico de los edificios del cuatrocientos, está resurgiendo a una nueva vida que será tan esplendorosa como la de sus primeros años. Este histórico edificio, cuya edificación fué iniciada en 1489 por Benedicto Maiano, será reparado por completo librándole de las construcciones sobrepuestas en su interior que tanto afeaban su clásico estilo, e incluso completando su exterior. Su construcción en efecto fué interrumpida en 1539 y quedaron incompletos el lado sur y la cornisa superior. Los trabajos de reconstrucción, iniciados en marzo del año pasado, continúan aceleradamente gracias a la munificencia del Instituto Nacional de Seguros que ha dado al arquitecto Giovanozzi el encargo de restaurar el edificio volviéndolo a su primer aspecto y habiendo puesto a su disposición los medios necesarios para tan importante trabajo.

Centenares de obreros trabajan en ello ya desde hace 15 meses habiendo sido descubiertas sus magníficas bóvedas, sus antiguas ventanas a doble arco, y restaurados los artesonados. Entrando en el Palacio se ven ya las líneas principales de su antigua arquitectura. Se han comenzado a reparar los enormes daños producidos en el transcurso de los siglos por tantas devastaciones y abandono, visibles principalmente en las ventanas del edificio, a las cuales se les está proveiendo de persianas, etc.

La restauración será por lo tanto perfecta, y cuando una vez terminados los trabajos se puedan reunir los documentos relacionados a las fases de esta obra, se verá con facilidad el carácter excepcional de su importancia artística, deduciéndose que sólo el culto a lo bello y a la Historia podían ser los promotores de una empresa tan costosa puesta ahora a luz en toda su grandeza.

El Palacio Strozzi está destinado a ocupar un lugar preeminente en la vida cultural florentina. En el primer piso se instalará el «Gabinetto Viesseux», magnífica biblioteca, rica en obras italianas y extranjeras; así mismo, será instalada una sala de proyecciones de películas en su lengua original. El primer piso será exclusivamente dedicado a ex-



Interior del Palacio, actualmente en reconstrucción.

posiciones; en el segundo se instalará el Centro Nacional de la Historia del Renacimiento y la Academia Internacional de Artes.

Se ven ya los frutos del Centro Nacional de Estudios sobre la Historia del Renacimiento, al que Giovanni Papini dedica toda su actividad. Este «Centro» actúa con profundidad y extensión.

Han sido creadas varias secciones y ya se ha realizado un primer resumen. Impresiona ver ahora el número de estudiosos que en Italia se habían acercado a aquel período de gloria para escavar y descubrir en él nuevas venas de oro. La Academia para extranjeros, teniendo en cuenta los fines para que ha sido creada, no podía desear una vecindad mejor.

¿Qué cosa se propone hacer esta nueva Academia? Antonio Maraini a quien se debe su realización, ha explicado a un colega florentino sus fines: «Esta nueva Academia será original pues no se asemejará a ninguna de las nobles instituciones de este género; no invadirá campos ajenos ni ejercerá funciones que podrían ser desempeñadas por otros institutos; tiene un solo fin: es un organismo que obedece a exigencias especiales.

Ante todo esta Academia está dedicada a los extranjeros y ninguna otra ciudad, mejor que Florencia—ciudad de estudios y de cultura—podría reunir condiciones más ventajosas para quien ama perfeccionarse en las artes, pues además de ser Florencia la cuna del arte, el extranjero tiene en ella la posibilidad de practicar el más puro italiano.

En Florencia existen aun tradiciones vivas y vitales; en ella un artista encuentra de todo, en cualquier ramo de que se trate, arte y artesanado, pues lo mismo se hallan dibujantes especializados en bosquejos como artistas técnicos de la preparación de los frescos, repujadores, artistas del hierro, de las cerámicas; gente arraigada a su oficio por vínculos de sangre y que en la técnica no sólo ve una perfección mecánica sino también espiritual.

Los cursos que se llevarán a cabo en la Academia serán cursos superiores; no se trata de venir a Florencia para aprender el abecedario del arte; quienes frecuentan esta Academia deberán ser artistas o personas que deseen encaminarse al arte en una dirección particular de sus diversos ramos. ¿Cuántas personas artistas o amantes de las artes vienen de las diversas partes del mundo a esta ciudad para sacar de sus monumentos y de sus obras, nuevas fuentes de inspiración y de convencimiento?

La Academia está organizada especialmente para



toda esta clase de personas, que aquí en el Palacio Strozzi encontrarán su mejor y más práctica orientación.

Para desarrollar dichos cursos se llamarán a los mejores artistas italianos y extranjeros. Cuando las obras del tercer piso del Palacio estén acabadas, en él se instalarán estudios y viviendas amplias y capaces.

Los cursos durarán tres meses cada uno, y probablemente serán designados con el nombre del maestro a quien están encargados, en lugar del nombre de la temporada en la que se desarrollan. Cuando se piensa que una de las finalidades del «Centro» para la Historia del Renacimiento es precisamente la de proveer el estudio del arte con nuevas orientaciones y directivas ayudado por medios económicos adecuados a sus necesidades, no es necesario detenerse en ilustrar el significado de la estrecha unión entre los dos Institutos.

Desde el Palacio Strozzi se irradiará una acción cultural intensísima con resultados de primer orden; es este el único medio de dar con inteligencia vida a los monumentos del pasado, haciendo de ellos un centro de propulsión, del arte y de la belleza.

**A** HORA que suena por doquier la alegre trompetería carnavalesca, hablemos de músicas y bailes, despertando en la memoria aquellos que más en ella se grabaron. El niño empieza su carrera mundial por la escolita de barrio de primeras letras; el bailaror también tenía en el barrio su escolita correspondiente.

La escolita de barrio llegó a ser en la Habana una verdadera y respetable institución nacional, a la que, en ningún caso, ni por ningún motivo, se le pudo considerar como un lugar de deshonesto esparcimiento. Como lo indicaba su nombre, se iba a la escolita de baile a instruirse o perfeccionarse en el tan difícil como sagrado arte de Terpsicore, fungiendo de profesoras las más expertas bailaroras del barrio, bajo la severa y respetable dirección del representante, o del dueño del plantel, que solía serlo un antiguo bailaror de los de más sólido prestigio, como Ricardo Valleras, y otros por el estilo. Empezaban estos torpes alumnos pisándole los pies a sus compañeras, y enredándose y tropezando con los suyos propios; acabando no pocos de ellos en bailarores de fama, de los que se decía, para catalogarlos entre los mejores, «que no se salían de un ladrillo».

De 1890 al 1910 se prodigaron de tal modo las escolitas de baile, que la Alcaldía, ante las quejas del vecindario, hubo de intervenir para limitar su número, quedando entonces reducidas a las que ya existían desde tiempo inmemorial, o que por su situación y manera de desenvolverse, no causaban perjuicios ni molestias de ninguna clase. De ellas se recuerdan las de «Cheché», que en lejano tiempo de la Colonia lo fué de un maestro de baile conocido por «Chuchumeco Pintó», en la calle de Misión, de amplio local, a la que solía asistir de vez en cuando el gran cornetín matancero Miguélito Failde, que volvía loco de entusiasmo al barrio con las variaciones de su sublime y mágico instrumento. La que existía, también en tiempos de la Colonia, en la Calzada de Galiano, entre San Lázaro y Trocadero, una casona colonial de techo de tejas, cuyas funciones empezaban los domingos y días festivos a los dos y media de la tarde, y duraban hasta el otro día a las cinco de la mañana. La de Chicho Arce, en Apodaca; la de Loló, en Gloria; la de Juana Lloviznita, en la Calzada de Vives; la de la «Turca», en Florida; la de Pastora, en Curazao; la de Angelina y Chalia, en Chaves; la de la «China», en Factoría; y tantas en que lucían su arte, como un rito sagrado, Antonio Ruiz, Luis Crespo, Manolo el Chino, etc.

Decimos en una de las estrofas de nuestra postal en verso, «La Escolita de Misión»:

Allí está «Clara la Coja»  
que baila que es un primor;  
allí se ve a Chicha Pérez,  
la Emperatriz del Horcón,  
que le dió clase de baile  
a un General español;  
allí Teté, que al bailar  
adopta tal expresión  
de seriedad y respeto,  
y lo hace con tal fervor,  
que se parece a la misma  
Purísima Concepción;  
y allí Petra; y Luisa; y Flora,  
formando en cuadro de honor  
el claustro universitario  
de la escuela de Pintó.

El baile ha constituido, para el hombre de todas las épocas, una facultad de verdadera importancia; y Napoleón, que las poseía todas y carecía de ella, se consideraba, a ese respecto, un verdadero desheredado de la suerte. Casi todos los hombres quieren saber bailar; y si su instinto musical los hace rebeldes a ese arte, ponen su mayor empeño en adquirirlo. La mujer nace bailarina desde que abre los ojos al mundo. De donde se saca la consecuencia de que fuera la escolita de baile tan imprescindible casi como la de primeras letras, y que no existiese un barrio que careciese de ella en la Habana, ciudad por excelencia amiga del canto y el baile; con lo que dicho se está que cada una de sus escolitas contara con un variado y crecido número de alumnos y expertos profesores de ambos sexos. Muchas niñas de socie-

## Viejas postales descoloridas LAS ESCUELITAS de



dad completaban su arte dando pasos de danza en la cocina, con las mulaticas criadas de la casa, bailaroras por naturaleza.

Eran alumnos de aquellas escolitas, los «jóvenitos finos de casas particulares»; los solterones que, llegados a cierta edad de su vida, ansiaban poseer a conciencia aquel arte que podría abrirles las puertas de los salones elegantes, donde soñaban encontrar, al fin, la compañera que hasta entonces les había negado la suerte; y también, en no escaso número, figuraban, como discípulos de aquellos institutos de «primera enseñanza»—léase «primordial»—muchos jóvenes dependientes y dueños de almacenes y bodegas, entre los que, si bien los había obtusos y renegados, de los de «la última peseta y la última gota de sangre», con respecto al problema colonial, contábase también con no pocos a quienes les «tiraban las cosas del país»; se vestían a lo «figurín» y «pitimín golpiado», y formarían parte, el día de mañana, en el simpático partido de las reformas de Maura. Dios librase a ningún osado de no guardar, en sitio para unos y otros de tan altísima importancia, la más severa norma de conducta. Las clases se daban por el día, después de las tres de la tarde, a piano solo; y, por la noche, se completaba el programa, bailando hasta las once y media—y hasta las doce y media, por concesión del sereno de la cuadra, a quien se le ablandaba con una «verdolaga», billete de a peso—con una orquesta de las llamadas «francesas»: piano, flauta, violín y violoncello. Y aquí es donde imperaba el espíritu de aquel que era el verdadero genio de las escolitas de baile habaneras, el simpatiquísimo y popular pianista matancero, Antonio Torroella, a quien todos cariñosamente llamaban «Papaíto». Aunque en la postal se vea borrosa y descolorida su figura, cuantos le conocieron la conservan en su recuerdo, destacándose firme en todos sus contornos: de mediana estatura, tocado por lo general de un sombrero flexible, color negro, el ala tendida sobre los ojos; vestido, casi invariablemente, de pantalón casimir color claro, chaquet negro, de los de «cola de pato»; su gran bigote criollo medio cubriéndole la ancha boca, siempre plegada en una sonrisa de honda

satisfacción; y, como complemento distintivo de su atrayente silueta, un gran bastón que manejaba en molinetes, e invariablemente en la boca un enorme tabaco habano, no por cierto mucho más reducido que el bastón; el hablar bullanguero; y el andar armónico y cadencioso.

Descendía de una ilustre familia matancera de abogados, artistas y poetas. No era pianista de estudios, y, sin embargo, tocando danzas y danzones dominaba aquel instrumento de manera maravillosa. Tenía un estilo tan peculiar, tan suyo, que cuando por la noche se oía sonar a lo lejos el piano en alguna velada particular o baile público—y el postalista lo oyó muchas veces—al momento se adivinaba que era «Papaíto» Torroella. Torroella era la simpatía en persona; la alegría criolla incontenible; el foco luminoso en torno al cual revoloteaban las doradas mariposas de los bailes públicos; y, sin embargo, qué vida privada la suya más correcta; qué buen esposo, qué papá más cariñoso «Papaíto» Torroella. Para alivio de sus años de vejez, sus amigos influyentes—los tenía en todas las esferas y de todas clases ¿quién no era amigo de Antonio Torroella?—le buscaron un lugarcito en el «cuerpo de vistas de la Aduana»; y allí se le veía a la salida y llegada de los vapores en la casilla de pasajeros con su buen humor, sirviendo a los amigos. —¡Ey! socio, le decía a uno que acababa de desembarcar, abrazándolo con aquella efusión de su carácter franco y desenvuelto—¿cómo te fué por esos mundos? Bueno; que no te pudiste estar sin tu Cubita... Alguna que otra noche tocaba el piano en una fiesta de íntimos; pero al cabo los años le rindieron el cuerpo, aunque no el espíritu, que se le conservó, vivaz y alegre, hasta lo último. Uno de sus hijos era profesor de violín, primero, en las mejores orquestas teatrales; y su hija, Amalia, es al presente, una distinguida profesora de piano.

Compañeros íntimos de Torroella eran en su juventud, sus amigos y comprovincianos, Alberto Saldarriaga, Ramoncito Prendes, Jaimito Rivas etc., con quienes compartía las audiciones y los aplausos de los entusiastas grupos juveniles que por la tarde se congregaban en la Plaza de Armas de la ciudad yumurina, frente a la sociedad

El Liceo», en cuya amplia sala Torroella y sus amigos ejecutaban al piano de dicha institución, los últimos danzones del día. Al llegar Torroella a la Habana, y formar parte de las pequeñas orquestas que tocaban en las escuelitas, lo proclamaron rey. Cuando él murió, murieron con él muchas alegrías criollas; incluso, puede decirse, las escuelitas de baile: una época.

De aquella orquesta, al oír los ecos, con emoción, el viejo sexagenario se agita en su cobertor; y añora sus años mozos con la danza del «Limón», con la del «Chiquito Abajo», y con la del «Malacof». Las mocitas se estremecen y suspiran con amor; el pesaroso se yergue y alienta su corazón; y en fin, hasta donde alcanza, su influjo benefactor, llena el barrio de alegría la escuelita de Misión.



La sociedad de baile «Los Casados», que durante mucho tiempo tuvo su sede en la calle de Aguacate, pasaba los límites de una escuelita; venía siendo un instituto de segunda enseñanza, en el que se repartían títulos de bachiller y doctor, y a donde muchos, que ya los poseían, y muy notables, acudían bastante a menudo. El distinguido diplomático español, Gaytán de Ayala, muy conocido y apreciado en todos los centros sociales, allá del 907 al 910, se desvivía por sus fiestas, a las que faltaba contadas veces, asistiendo con otros caballeros de su clase.

—Anoche estuve en los Aguacates—decía, confundiendo el nombre de la sociedad de baile, con el de la calle en que aquella hallábase instalada. Cuando ya el bailaror «andaba solo», al primer baile público que acudía era a los famosos del Louvre, que durante tanto tiempo le habían obsesionado.

El restaurant «El Louvre», donde por lo general comían casi todos los altos empleados del Gobierno de la Colonia, sobre todo, los del ramo de Hacienda—desde entonces, no se les ha cerrado aun el apetito—estaba situado en la esquina de San Rafael y Consulado, a espaldas del Gran Teatro de Tacón; y era, en los altos, donde tenían lugar los famosos y tan nombrados bailes de «El Louvre», de los que, por lo general, solía ser empresario aquel tan popular y conocido, y que, por su extraordinaria talla y volumen, llamaban «Federico el Grande». Corrientemente se le veía recostado, en un taburete de cuero, a la puerta de una «casa» que poseía debajo del «Arco de Belén».

Pero lo pintoresco de los bailes de «El Louvre» no eran los bailes precisamente, sino el numeroso público que, desde las once de la noche en que empezaban, hasta las cuatro y media de la madrugada en que concluían, se iba reuniendo en la esquina de Consulado y San Rafael, para extasiarse oyendo los danzones que en los altos tocaban, alternando, las dos orquestas más populares y famosas de entonces: la de Raimundo Valenzuela; y la de Nicolás el Güinero. Aquellos curiosos componían varios grupos que se destacaban a primera vista, así por su indumentaria, como por su diferencia de clase. Gente modesta del arroyo; profesionales del foro; bohemia estudiantil, literaria y artística; y, a veces, graves personajes que detenían un momento el paso para recrear su oído con las florituras que «allá arriba», lanzaban al aire, en el silencio de la noche, los mágnicos cornetines de Pablito, el hermano de Raimundo; el de Nicolás el «Güinero»; el de Marianito Méndez, muerto en plena juventud; y, algunas veces, el de Failde, el gran matancero que honraba el baile una que otra vez con su visita.

Se anunciaban entonces los estrenos de las danzas y danzones, como se anuncian hoy los de las obras teatrales y las películas, en grandes carteles, y el público reconocía su éxito o su fracaso, ya con vehementes aplausos, ya con un discreto silencio, sino era con un creciente murmullo de

mostrativo de la diversidad de opiniones. Había tema para discutir algunos días. Los danzones de Raimundo tenían su especialidad, y la suya los de Nicolás; los de Failde eran únicos. Los de Raimundo se lucían en los bajos—su instrumento favorito, en el que se demostraba un consumado maestro, era el trombón—; Nicolás se lucía en el contrabajo. Failde, en las variaciones del cornetín: el suyo resultaba verdaderamente mágico. Cuando tocaba Miguelito Failde, se oía la concurrencia hablar y discutir con mayor fuerza y entusiasmo, y se la veía bailar y moverse con más animación... Ricardo Valleras, un gran bailaror al que llamaban «El Pecos», se asomaba de vez en cuando al balcón de Consulado con su pareja, que solía ser «La China», para decir por señas a sus amigos de la calle que el baile «estaba en candela»; lo que él traducía agitando en el aire los puños cerrados.

A Ricardo le llamaban, y con razón, el «Rey de la Danza», título que alcanzó después de haber obtenido infinitos premios en múltiples concursos. ¡Pobre Rey! Al cabo, como todos los reyes, perdió su cetro en el combate de la vida; y fué cayendo hasta acabar en guardia nocturna en los muelles de bahía. Llevaba su uniforme, azul, con el mismo arrogante empaque que sus antiguos trajes de dril blanco número cien. Al fin murió Ricardo; y también murieron, con él y su corte, los famosos bailarores de «El Louvre». Pero quedaron otros... y «pudo el baile continuar».

Hablando de bailes se impone dedicar unas líneas a los famosos que se celebraban en la sala del Gran Teatro de Tacón, durante la temporada carnavalesca. En un principio acudía a ella buena parte de nuestra escogida sociedad, ocupando los palcos platea como simples espectadores; pero no tomando parte en la fiesta; merecía la pena ir a ver los bailarores que tenían fama, para premiar a los cuales se celebraban concursos con buenos premios que adjudicaban aquellas señoras y caballeros, asesorados, como se comprenderá, por gentes que lo entendían.

Las orquestas de Raimundo, Nicolás y Marianito, a la derecha y a la izquierda de la sala, ocupaban cada una los palcos del primer piso necesarios,

estrenando los danzones recién escritos en aquellos días sobre temas y tonadillas de actualidad, destacándose los compuestos con motivo de las óperas de reciente éxito, algunas de las cuales acababan de estrenarse en aquel escenario, Payasos, Caballería, Tosca, Bohemia, Manon, etc. En el gran patio, anexo a la sala del teatro, tocaba una estrepitosa charanga para los devotos del vals, la polca y la mazurka, en los momentos en que hacían alto las orquestas de los danzones. Había, pues, para todos los aficionados a las delicias de Terpsicore; y la «cordialidad» era un hecho.

Raras veces—o nunca—se registraba un suceso violento en estos bailes de Tacón. Ocupaban la sala y los palcos casi igual número de danzantes, como de espectadores; porque resultaba, en verdad, un espectáculo digno de contemplación. Parecía como si el paseo que acababa de realizarse por la tarde en el Prado y demás avenidas, entrase en el baile con aquellas máscaras y comparsas que más se habían distinguido en él. Los que habían visitado a París, veían en los bailes de Tacón una copia exacta, en pequeño, de los famosos de carnavales que se celebraban en el Gran Teatro de la Opera de aquella villa. Por lo general coincidían estos bailes de Tacón con la estancia, aquí en la Habana, de alguna de aquellas compañías de ópera francesas o italianas que nos traían los empresarios Grau o Sieni, en las temporadas de invierno; y que funcionaban en el citado teatro, por lo que era seguro ver en algunos palcos, contemplando regocijados dichos bailes, a los elementos principales de aquéllas; por ejemplo: el tenor Capoul—modelo del peinado de su nombre, que usaron los jóvenes elegantes mucho tiempo—; los actores cómicos Duplan y Mesier, tan queridos de nuestro público y que confraternizaban con los jóvenes de la Acera; la Theo, la Paola Marié—genial intérprete de Mignon—; la Judit, deliciosa protagonista de la Vie Parisienne, etc., etc., a las que rendían galante homenaje los jóvenes de la Acera más destacados, y los caballeros Lovelaces de la época.

Ellas decían: C'est me rapele la Gran Opera...

La rumba no había alcanzado aun el auge que obtuvo años más tarde, atravesando los mares y siendo el baile de moda en cabarets y salones extranjeros. Seguramente aquellas artistas francesas que se deleitaban en Tacón viendo bailar nuestras danzas y danzones, hubieran bailado con facilidad la rumba, de no ser ésta por entonces un baile de barrio de poco mérito; pero puestas a aprender la danza, jamás hubieran acertado a dar un solo paso de ella: nuestra danza criolla era cosa seria y de mérito, no sólo para bailarla, sino también para escribirla, como lo hicieron White, Cervantes, Valenzuela y otros que dejaron verdaderas joyas en su clase.

Había bailarores célebres que se reservaban durante todo el año para aquellos bailes de Tacón. Uno de ellos, el popular actor de nuestro teatro vernáculo, «el Viejo Castillo», que echaba su primer infanzón del año con su inseparable compañera y esposa, Lucía, infaliblemente, el primer Domingo de Carnaval, después de las doce de la noche, hora en que daba por terminadas sus obligaciones artísticas. Castillo se pasaba todo el año soñando con aquel momento feliz: desgraciado el que no alienta en el fondo de su alma, como compañera de su vida, una ilusión...

Conocimos otro de los asiduos a aquellos bailes de Tacón: un joven perteneciente a una de las familias más distinguidas de nuestra mejor sociedad—la de Pedroso—que empezó yendo a aquellos bailes cuando tenía diez y ocho años, con su compañera más o menos de su misma edad; y, treinta y más años después, aun llamaban ambos la atención en la propia sala a los expertos en el difícil arte que hizo célebre a Valleras, Polvorín, Tabernilla, Cabrerita, y al revendedor de localidades el popular Pajarito, saltarín y ligero como un idem.

Otro bailaror de fama—¡cuidado con eso!—que

acudía a los bailes de Tacón de aquella época, y que allí tenía también su público, era el popular actor Regino López, quien a menudo figuraba en el jurado para designar los premios. Regino era un bailarín sereno, correcto, elegante, suelto. El público de señoras y caballeros de los palcos le tributaba frecuentes ovaciones. ¡A ver quién le «quita lo bailado»!

Eran, en resumen, los bailes de carnaval de nuestro Gran Teatro, una fiesta olímpica celebrada en honor a la más pura gloria de la radiante y alegre diosa Terpsícore. Pero dejemos esta, como si dijéramos, «aristocracia del baile», que tan mal se aviene con las inclinaciones del presente, y buscándole ya el fin a nuestro coreográfico trabajo ocupémonos de los otros bailes de más humilde esfera, «que también la gente del pueblo tiene su corazoncito», y le gusta regocijarse el ánimo evocando las gratas memorias de aquellos bailes públicos que se bautizaron con el nombre de «Romerías de Almendares», y que se verificaban en la glorieta situada a un extremo del Paseo de Carlos III, lugar destinado por aquella fecha a los populares y ruidosos juegos de pelota Habana, Fe y Almendares.

Los bailes más notables fueron los de «La Patoma», los «Trescientos Barberos», los «Siete Bandos» y los «Tulipanes». Se efectuaban los lunes por la noche. Daban alegría a estos bailes las afortunadas bailarinas de entonces: Juana Valle, Eusebia la Matancera, Caridad Peraguano, Quica Alquízar, Lola de Santiago, Carmen Cárdenas y Lola «Mantecilla», todas de primera calidad; y, entre los bailarines, tenorios de la clase y algunos de armas tomar, Alberto Yarini, Juan Quesada, Vicente y Pepe Planell, el Curro Sala, Floro el Cantador, Fernando el Cocherito, de historia agitada y pintoresca; Pepe Serna, que se hizo después el Emperador de la Rumba; y otros. Entre el elemento de color se recuerda a Marcelino Cruel y Bruno Fiallo, que fundaron los célebres bailes «La Lluvia de Oro» y «Los Cocineros»; y la tan sonada «Romería del Tronco».

En este grupo se destacaba la negra «Mercé» Govantes, vecina de Jesús María, verdadera Venus de ébano, que llamaba la atención por su belleza, bailadora de cartel y gran cantadora de Rumba. Tipo clásico de protagonista de sainete vernáculo. Hacía «pendant» con «Mercé», pero en otra escala más «estilica», como decían sus amigos de la clase, «Natalia la Mulata», una Cecilia Valdés que, si no un novelista como Cirilo Villaverde, que la estudiara, tuvo un poeta como Felipillo López de Briñas que le dedicó no pocos inspirados sonetos y un buen número de cadenciosos romances. Natalia contaba sus admiradores en el alto mundo social, entre Condes, Marqueses y demás títulos nobiliarios de la época. Había aprendido de ellos las maneras ceremoniosas y el hablar culto, por lo que le llamaban «la Marquesa». Existía entonces en la Habana una verdadera high-life de la galantería.

En una sonada fiesta típica que se efectuó en Marianao, en honor del infante don Antonio de Orleans, cuando en 1893 visitó la Habana, en compañía de su esposa la infanta Eulalia de Borbón Natalia fué la heroína de la noche; y el Príncipe no tuvo empacho en declarar «que la consideraba digna de compartir un trono». Por lo que se ve, esta sandunguera tierra de Cubita posee el secreto de volver «tarumba» a los Príncipes. Sólo que entonces no existía el divorcio, o no era, como lo fué más tarde, cosa de coser y cantar...

En esta «bachata» lució el infante Don Antonio un magnífico sombrero de Jipijapa, regalo de una de las famosas sombrererías instaladas entonces en San Rafael—no recordamos si la del Louvre, la de Caneja, o la de Junquera—la cual prenda decíase que había costado «mil pesos», rebajando, desde luego, el tanto por ciento del reclamo. Natalia no pasó inadvertida por el mundo; llegó a gozar de una desahogada posición económica, y tuvo un nieto que figuró en la política de los pri-

# La Actividad Glandular y el Vigor de la Juventud Restaurados en 24 Horas

**Descubrimiento de un Médico Americano para Fortalecer la Sangre y los Nervios, el Cuerpo, el Cerebro, la Memoria, los Músculos y la Resistencia. Superior a las Operaciones de las Glándulas.**

Gracias a un nuevo descubrimiento de un Médico Americano, todos los que se sientan prematuramente viejos y agotados pueden hoy volver a gozar de los placeres de un vigor juvenil y recobrar la ambición y la vitalidad. Este gran descubrimiento, un sencillo tratamiento casero que cualquiera puede usar en secreto, proporciona rápidamente un máximo de energía y de vitalidad, capacitándolo para gozar de nuevo del verdadero placer de vivir.

Ya no existe motivo alguno para continuar sufriendo de Pérdida del Vigor y de la Vitalidad, de debilidad y de mala memoria, nerviosidad, sangre impura, piel enferma, depresión y sueño incompleto e interrumpido. Basta que tome este sencillo tratamiento casero durante unos pocos días y hallará su vigor restaurado. No importa cual sea su edad, usted hallará que la actividad de sus glándulas y su fuerza nerviosa son aumentadas y restauradas, hallará la fuerza y el vigor de la juventud en este descubrimiento que produce sangre pura y rica y que literalmente hará bullir su sangre con nueva energía y vitalidad. Este sencillo tratamiento casero es en forma de tabletas agradables. Miles de personas que lo han tomado dicen que es mejor que cualquier otro método.

## Obra en 24 Horas

Este nuevo descubrimiento medicinal llamado Varko, ha sido probado por millares de personas en los Estados Unidos con resultados casi increíbles. Ha vencido casos obstinados que habían desafiado otros tratamientos, y ha salvado a la juventud de la debilidad y del envejecimiento prematuro; ha restaurado el vigor de la juventud a muchos hombres y devuelto la felicidad a millones que creían estar ya viejos y agotados, que creían que para ellos ya habían terminado para siempre los placeres de la vida. Y lo más sorprendente de este notable descubrimiento es que los resultados son casi inmediatos. En 24 horas usted puede ver y sentir la gran mejoría, y en el término de una semana hará de usted un hombre nuevo.

## Los Médicos Elogian a Varko



Los médicos de los Estados Unidos, y de muchos otros países también, dice que la fórmula de Varko es maravillosa para todos los que se sienten prematuramente viejos, agotados y desgastados. Por ejemplo, el Dr. T. A. Ellis, del Canadá, manifestó reciente-



Dr. T. A. Ellis

mente: «Esta fórmula no sólo aumenta los globulos rojos de la sangre, sino que a la vez estimula el sistema glandular, dando por resultado la renovación de la energía y de la ambición, algo especialmente grato para hombres y mujeres de edad madura. Y un médico italiano universalmente famoso, el Dr. N. G. Giannini, escribió recientemente: «Los cuerpos cansados, frágiles y extenuados necesitan urgentemente la restauradora influencia de esta fórmula cuyos espléndidos efectos sobre la sangre, nervios, glándulas e hígado se hacen sentir pronto mejorando el apetito y fortaleciendo a hombres y mujeres débiles, nerviosos y agotados.»

## Garantizamos Sus Buenos Efectos

La receta médica Varko no es un experimento. Este sencillo tratamiento casero que puede usarse con absoluta reserva y secreto, es una fórmula de un médico americano. Es sorprendentemente efectiva y está dando nueva juventud, vitalidad y energía a millones de personas en los Estados Unidos. Por sus notables resultados, Varko se vende ahora aquí en todas las farmacias y boticas bajo la garantía de dar completa satisfacción. Por este motivo usted no debe experimentar con drogas dudosas que pueden resultar drásticas e irritar las delicadas glándulas y el sistema nervioso. Varko no sólo ha probado sus valiosos meritos ayudando a millones de pacientes, sino que también lo garantizamos en su propio caso. Someta Varko a una prueba y vea usted mismo cuanto más joven y fuerte y vigoroso se sentirá con esta famosa fórmula médica. Varko le producirá una nueva sensación de energía y de vitalidad, y lo dejará completamente satisfecho, pues de lo contrario y conforme a nuestra garantía, nada le costará si devuelve la caja vacía. Usted será el único juez de su propia satisfacción. Un frasco especial de 48 Varko de doble fuerza cuesta muy poco y dura 8 días. Estando usted protegido por la garantía no debe vacilar ni un momento, consiga su tratamiento en el acto para que usted también vea pronto lo que es sentirse de 10 a 20 años más joven y lleno de vigor y de vitalidad. Si no encuentra en la botica Varko legítimo no arriesgue su salud aceptando imitaciones o sustitutos.

**Varko**  
Devuelve Vigor y Vitalidad

meros años de la República. Su rival, «Mercé» Govantes, no fué tan afortunada. Amaba, como si dijéramos, el «arte por el arte»; y seguramente vivió y murió en plena bohemia galante. Cantemos la sentimental romanza de Galarraga y Lecuona:

¡María la O...  
todo se acabó!...

Tal la escuelita de baile  
de aquel tiempo que pasó:  
rincón de alegre bohemia;  
amable y grata reunión  
donde el alma se adiestraba  
en las lides del amor,  
al dulce son de la flauta  
del violín y del fagot.  
Las academias del día...  
esa sí es transformación.  
Ella balía a real la pieza;  
y El se bebe el real de alcohol.  
Ya no hay nadie que se acuerde  
de Chuchumeco Pintó;  
y es un comité político  
la escuelita de Misión.

# PENSAMIENTOS

Piénsalo bien: la opinión que tu vecino se forma de tí puede ser tan mala como la que tú te has formado de él.

o o o

El matrimonio es un fracaso. Cualquier solterona lo sabe.

o o o

Muchos hombres creen en su propia honradez porque devuelven el dinero que tomaron prestado, pero jamás se preocupan del paraguas que les prestaron.

o o o

Mañana vale más para el hombre activo que ayer.

o o o

Los que llegan temprano para evitar la multitud son los que forman la multitud.

o o o

Si el amor es lo que hace dar vueltas al mundo el dinero es lo que aceita la máquina.

# LA HAVANE

Por la Condesa de Merlin

Traducción y notas de  
B. SOUZA

(Continuación)

**L**A luz penetra hasta el condenado por una ventana a diez pies del suelo; el piso es de madera y los muros enyesados. Al extremo opuesto del corredor se encuentra una puerta enrejada, con dobles puertas de madera, que dan a un pequeño patio, y que sirve para procurar aún aire y luz al preso. En el segundo piso cada celda se acompaña de otra adicional, que reemplaza al patio o jardín. Una cama de madera, una percha, una silla, una mesita de madera y una taza de hoja de lata, una palangana, un espejo, peines, dos brochas, una sábana y dos mantas, amueblan a estas tristes moradas. Entré en una de aquellas celdas ocupada por una mujer condenada a cinco años de prisión; era en el momento de su paseo; la mas laboriosa obrera no se podría hacer una idea de la obra confeccionada por la aguja de esta pobre criatura después de los tres años que hace se encuentra presa. Además del trabajo destinado a sostener el establecimiento, ella compone, con retazos de diferentes colores, cosidos juntos, y cada uno del tamaño de una pulgada cuadrada, una tela de la cual ha hecho un cubrepies, y ha tapizado su cuarto de arriba abajo; al pie de su cama ha levantado un pequeño altar. Es católica. Sobre este altar se ve a una Virgen y a un Niño Jesús, muy bien modelado en cera por ella misma y rodeado de toda clase de flores, producto de sus labores. Sobre la mesa, plumas, lápices, una corona de yedra negra y encima un dibujo al difumino y lápiz rojo, representando una extraña escena, con accesorios caprichosamente concebidos. Se veía un barco de vapor incendiado y pronto a hundirse, a un hombre nadando con una mano hacia la orilla y manteniendo en el otro brazo a una mujer que arrastraba con él, y cuya cabeza salía fuera del agua. La luna aparecía sobre el horizonte en medio de un cielo en donde confusamente se agrupaban masas de nubes y chorros de luz.

Esta limpieza, estas flores, esta mezcla fantástica de colores y de ornamento, aquel lujo en una prisión, aquella vida en una tumba, y sobre todo la corona, aquel lúgubre dibujo que parecía indicar algún espantoso recuerdo, todo eso me recordaba la «danza de los muertos». Su terrible alegría la eterna sonrisa de un esqueleto.

Experimenté una viva compasión por ella y pregunté al guardián la causa de su prisión. Por toda respuesta, poniendo el dedo sobre los labios miró a su alrededor como si temiera que nos oyeran. Sin embargo, las puertas estaban cerradas y el silencio era profundo, pero nuestro conductor hablaba siempre en voz baja, y parecía, por su ejemplo, invitarnos a otro tanto.

En vano traté de obtener del guía informes sobre la condenada; como insistía me prometió una entrevista con Mrs. C., quien estaba particularmente encargada de la vigilancia de las prisioneras y podría satisfacer mi curiosidad.

Continuamos nuestra visita. Cada celda tiene un patio de 18 pies por 8, cuyos muros son altos. La mayor parte de los prisioneros la transforman en jardín. Se nos permitió entrar en uno de estos patios; estaba cubierto de madre selvas y capuchinas. Lianas flexibles formaban por encima de la puerta un cenador sostenido por dos jóvenes encinas recientemente plantadas. Este trabajo era obra del preso que ocupaba la celda desde hacía dos años. «Encinas, exclamé yo, ¡Dios mío ya es una buena acción pensar en el bienestar del que venga después!». ¡El desgraciado estaba condenado a 30 años de prisión! ¡Adornaba su tumba!

En la prisión a nadie se conoce por su propio nombre. Cada uno lleva su número inscripto sobre su puerta y sobre sus vestidos. El hombre se ha vuelto este número, y no se le designa de otra manera. Así, pues, el día en que el castigo se haya cumplido, la falta del condenado queda desconocida y el estigma de su vergüenza se borra. Podrá encontrar su camarada de prisión sin conocerlo; ni el uno ni el otro tienen que temer amenazas ni recriminaciones. Se permite a los detenidos pasearse por su patio una hora al día excepto el domingo. Para evitar toda comunicación entre los presos por encima de los muros no se les deja salir sino alternativamente. Cada celda lleva una letra

del alfabeto. Se empieza por hacer salir la A, se pasa a la B, después la C. Cuando ha pasado la hora se cierra A, se hace salir la B, se cierra la C, se hace salir la D, y así sucesivamente. Por este medio si un preso arroja un papel a su vecino, el guardián cuando abre la puerta, encontraría el papel y el culpable sería castigado.

El domingo los oficios divinos se celebran en los corredores. Se abren las ventanas de las celdas, después de haberlas cubierto con una gruesa cortina, la cual deja entrar la voz del predicador e impide a los prisioneros que se vean los unos a los otros.

El trabajo de los condenados se efectúa desde el amanecer hasta las ocho de la noche. Después, leen, hacen sus camas, y a las nueve de la noche la campana les previene que deben descansar. Si faltan al reglamento son castigados con la privación de la primera comida. Su alimento es abundante. Por la mañana se da a cada uno una pinta de café o de chocolate, al almuerzo, tres cuartos de carne sin huesos, buey o puerco fresco, una pinta de sopa, patatas o arroz a discreción.

A la comida, un plato de ragut, coles, sal, cuando la piden, vinagre por una gracia, y una libra de pan blanco todos los días. Si un preso cae enfermo se le cuida en su celda, y si la enfermedad es grave, en la celda de la enfermería, pero siempre se tiene el cuidado de aislarlo.

Podéis ver, señor, que el espíritu que ha presidido a esta organización es tan humano como sabio. Pero como es siempre imperfecta la obra humana, como a menudo a grandes pensamientos los mancha una gran miseria, en medio de esta regla digna de admiración, de este filántropo régimen, se ocultan secretos que no se habían sucedido desde que los calabozos de la Inquisición desaparecieron. Esta es una de las consecuencias de un régimen gubernamental tan débil en la cabeza como fuerte en sus extremidades y en donde el poder superior no tiene la facultad de vigilar, y donde el poder subterráneo, libre de todo freno, se entrega a sus pasiones, y se vuelve arbitrario y tiránico.

Todo ello es para mí motivo de admiración y de reflexión. Vedme, señor, lanzada en América, desde el apacible fondo de la Alemania, en donde he pasado el invierno, desde el fondo de este país, dichoso aún, por sus antiguas creencias y del cual la probidad, la paciencia, son proverbiales, de este país, sumo por sabiduría, tanto como por temperamento, que vuelve y revuelve mil veces las hojas de las utopías Impresas antes de adoptar una nueva teoría; poético y místico como el Oriente Septentrional por su fuerza tranquila, unida a una experimentada política, respetando el pasado y midiendo los pasos que le conducen al porvenir.

Vedme lanzada desde aquel metódico y honrado país a una nueva comarca, excéntrica, y donde, el látigo en una mano y la antorcha en la otra, la soberanía ha colocado su trono en las calles... en donde el senador, sentado en su silla curul, quema a los pies del pueblo el incienso de los cortesanos. En donde el Juez, en vez de consultar el libro de la Ley, escucha el clamor popular. En donde la camarilla que en otras partes se oculta bajo las cortinas de terciopelo del gabinete real, exhibe su lepra a la luz del día, y en fin, donde, para celebrar la era de la libertad la desvergonzada bancarrota muestra al transeunte las bellas joyas con las cuales sus amantes la han adornado, se pavonea y marcha por delante, acompañada de la brillante muchedumbre de sus admiradores. ¡Oh, Señor! ¡Cuántas sanas y fuertes inteligencias se dejan se-

ducir por el lejano espejismo de este país, poco conocido! Es preciso verlo de cerca para comprenderlo y los hombres, como vos, que aman a su Patria y le dan el fruto de sus luces y sus esfuerzos, no desearían jamás para la Francia un porvenir americano si visitaran a los Estados Unidos. Pero volvamos a nuestra prisión.

El Director había adoptado un código de castigos, o mejor dicho de torturas, que no fueran jamás autorizados por los Inspectores. Este hombre no tenía otros testigos de sus atentados, sino los guardianes y el médico, sobre quienes ejercía completa autoridad. Su código de iniquidades, se componía de muchas clases de penas, de las cuales ved algunas. Obscuridad y privación excesiva del alimento es decir, ocho onzas de pan y una pinta de agua al día. Se encerraba al preso en una celda negra y se le daba sólo una manta y por cama el suelo.

Los sufrimientos durante el invierno eran espantosos, salía de ahí abrumado de enfermedades. Se cita a un hombre notablemente activo y vigoroso que se volvió idiota en esta oscuridad. Sólo sobrevivió unos cuantos meses a este suplicio.

Un joven mulato fué sometido a él durante cuarenta y ocho horas. Al cabo de este tiempo uno de los guardianes atraído por el ruido de golpes redoblados, encontró al desgraciado de rodillas, retorciendo sus ojos de un modo espantoso, enflaquecido y en completo delirio. El infortunado presentaba su taza de hoja de lata, indicando con sus gestos que se moría de sed.

El guardián se atrevió a violar la disciplina y le dio un poco de pan y agua. Al otro día el médico anotó en su reporte: No. 132. Débil; falta de alimento. Y el preso no fué liberado. Su estado empeoró al día siguiente y el Doctor, después de examinarlo, anotó: *Sufre, por falta de alimento*. Viendo el guardián que aquel hombre se moría, lo transportó a otra celda y perdió su puesto por haber revelado este hecho a los inspectores.

Un castigo aun más cruel era la *ducha* (ducking). Se suspendía al muro del patio el paciente, amarrado por las muñecas y se vertían sobre él grandes cubos de agua, tanto en invierno como en verano. El nombrado L.... P.... fué sometido a esta tortura en un día excesivamente frío. Estaba desnudo y el agua, a medida que se la echaban, se le helaba sobre el cuerpo. El desgraciado quedó atado de tal suerte durante varias horas.

El instrumento de suplicio denominado la *silla de los locos* (mad-chair), es un gran asiento en forma de caja construida con tablas y su cuerpo se amarra a la silla. Sus manos se ligan con correas, y les es imposible hacer ningún movimiento. Este castigo, horriblemente cruel, se agrava por rudos golpes descargados sobre el infortunado, cuyos miembros se hinchan y sus facciones infladas, moradas, se ponen desconocidas.

El *straight-waiscoat* no es la *camisa de fuerza*, comunmente empleada con los locos, sino un instrumento bárbaro, de otro modo. Una especie de saco de triple tela, en el cual se han practicado en la delantera dos agujeros para pasar las manos. Se prieta por medio de un cordón, que se pasa por los ojales, como un corsé de mujer. Se hace entrar al preso dentro de este saco y se le ata muy apretado, no dejando libre sino la cabeza. El paciente sufre este suplicio de cuatro a nueve horas. No podría soportarlo más largo tiempo. Tan pronto como se le aprieta sus miembros se hinchan y su cuerpo y cara se infiltran de sangre extravasada.

Durante estos abominables sufrimientos, los hombres más valerosos lanzan gritos como si estuviesen sobre la rueda. ¿Creéis, Señor, que la crueldad se limita a esto? He aquí otra tortura que sobrepuja a todas las de la Edad Media; la mordaza de hierro (iron-gag). Es un artefacto de hierro, que tiene la forma de un bocado de caballo. En medio se encuentra una pequeña placa redonda de una pulgada de diametro y una cadena cuelga de cada uno de sus extremos. Este instrumento se aplicaba a la boca del prisionero, la placa sobre la lengua, y las cadenas, pasando por encima de los maxilares se ataban fuertemente por detrás del cuello. Las manos, introducidas en guantes de cue-



James Cromwell y su ex esposa, Doris Duke. En el fondo, cuando todo iba bien, los Cromwell establecieron su residencia en la fantástica mansión de Shangri-la, en el Hawaii.

## LA VIDA EXTRAORDINARIA DE JAMES CROMWELL, 'MINISTRO-CONSORTE' DE LOS ESTADOS UNIDOS EN EL CANADA

Defensor acérrimo del capitalismo, se ha casado dos veces con dos de las herederas más ricas de Norteamérica.—La fórmula de Cronwell, «para salvar al capitalismo».—Lo que le ocurrió con Stalin cuando quiso fotografiar el Kremlin, y cómo Cronwell se vengó del dictador soviético

**E**N TRE los nombramientos diplomáticos anunciados el 4 de enero por Franklin D. Roosevelt, presidente de los Estados Unidos, uno que acaparó inmediatamente la atención de los norteamericanos fué el de Mr. James H. R. Cromwell, designado ministro de Norteamérica en la vecina nación del Canadá.

La verdad es que Mr. Cromwell no es tan bien conocido por su propio nombre como por el de Mr. Doris Duke. Doris Duke, «la muchacha más rica de América», es su esposa, por lo cual llamarlo en inglés Mr. Doris Duke, viene a ser como decir en español benaventiano «El marido de la Tellez».

Los treinta millones de capital que posee su mujer —una gran parte de ellos recibidos oficialmente en 1937, al cumplir los 25 años— pesan mucho en el «status» de Mr. Cromwell y en sus actividades todas. Sin embargo, por cuenta propia ha sabido labrarse también una reputación que, si no siempre le ha producido aplausos, ha hecho que

su nombre sonara en muchos labios. Y eso, que hablen de uno en pro o en contra, es lo que los actores y los políticos —y Mr. Cromwell tiene ambiciones políticas— procuran siempre.

### LA PANACEA DE MR. CROMWELL PARA SALVAR AL CAPITALISMO

El nombre de Mr. Cromwell sonó mucho, por ejemplo, el 5 de agosto de 1937. La tarde anterior Mr. Cromwell había sido citado a declarar ante el Comité de Agricultura del Senado que estudiaba una proposición del senador Thomas para estabilizar el dólar. Media docena de expertos en cuestiones financieras debían exponer ante el Comité sus puntos de vista, entre ellos el «joven» de 42 años Mr. Cromwell quien, aunque no fuera más que por haberse casado con dos de las herederas más ricas de los Estados Unidos —antes que contrajera nupcias con Doris Duke, princesa del tabaco, lo había hecho con Delfina Dodge, hija de uno de los reyes de los automóviles— debía estar fuerte en el punto que se debatía.

El terrible bochorno de la canícula, hacía que los graves senadores cabecearan soñolientos, mientras los informantes recitaban con voz monótona sus cifras y sus estadísticas. Pero todo cambió en cuanto comenzó a hablar Mr. Cromwell y expuso una de sus varias panaceas para vencer la crisis económica y salvar al régimen capitalista. La idea novísima y audaz de «los intereses negativos»

ro y cruzadas sobre la espalda, se amarraban con correas que iban a unirse a las cadenas de la mordaza, de modo que la insoportable presión causada por el peso natural de los brazos, actuando sobre las cadenas, se tornaba horriblemente dolorosas y hacían refluir toda la sangre hacia la cabeza. El condenado Macusay perdió la vista por la aplicación de esta infernal invención.

Estas crueldades eran tanto más indignas cuanto que se ejercían sobre desgraciados encerrados bajo espesos muros, sin ninguna comunicación hacia afuera y cuyas faltas todas se reducían a la pereza y al daño voluntario que causaban a la obra que se les imponía. No, el fanatismo y la arbitrariedad no crearon jamás suplicios más atroces que estas torturas inventadas y ejercidas por auto-

ridades subalternas, llevadas a cabo en el más democrático de los pueblos, contra la ley y a despecho del Gobierno.

La reclusión celular, estrictamente observada, es decir sin ocupación, bastaría por sí sola para reducir al detenido más rebelde.

El último carcelero en jefe, William Griffith, hizo la experiencia, hace tres años sobre William Napier, célebre ladrón.

Este hombre, de fuerza hercúlea, y de carácter indomable comenzó por plegarse con dulzura a todo lo que de él se exigía y afectaba llenar sus deberes religiosos; pero, al cabo de algún tiempo, rehusó trabajar y echó a perder la obra que había principiado.

(CONTINUARA)

—como él decía— consistía en que los bancos prestaran dinero a los productores y en vez de cobrar intereses fueran ellos los que se los pagaran a aquéllos.

### VARIOS MILLONES HUBIERA TENIDO QUE PAGAR DORIS DUKE SI SU MARIDO SE HUBIERA HECHO OIR

Al principio los senadores no entendieron bien y le pidieron a Cromwell que repitiera su exposición. Cuando lo hizo varias veces, todavía creyeron que se trataba de una broma. Pero no había tal cosa: Cromwell hablaba en serio. Y no habrá que decir que al día siguiente no se hablaba en Wall Street más que del plan de Mr. Doris Duke. Los periódicos y las revistas le dedicaron artículos humorísticos y todos, incluyendo al mismo Cromwell se divirtieron mucho.

El nuevo ministro de los Estados Unidos en el Canadá ha escrito varios libros y opúsculos. En su primera obra, titulada «Una llamada a la juventud», proponía que se creara un impuesto de 50 por ciento sobre las herencias. De haber sido convertido su deseo en ley, a su mujer le hubiera costado «la broma» varios millones de dólares.

Más tarde, en mayo de 1937 y casi en los momentos que emprendía con su actual esposa una excursión por la Rusia soviética, se publicó otra obra suya titulada «En defensa del capitalismo». El libro fué censurado acremente por aquellos a quienes pretendía defender y Louis Rich, crítico del «New York Time», propuso que se le cambiara el título a «En contra de los defensores del capitalismo».

### EL MINISTRO-CONSORTE, CANDIDATO IDEAL PARA SENADOR POR NEW JERSEY

El nombramiento de Mr. Cromwell como ministro en el Canadá, parece que fué propiciado por su esposa, la multimillonaria diecisiete años más joven que él. Doris Duke es íntima de Mrs. Franklin D. Roosevelt, la señora del presidente, a cuyas obras filantrópicas y benéficas contribuye no poco la muchacha más rica de América. Y, por supuesto, también contribuye —o ha contribuido— a engrosar los fondos con que el partido demócrata ha financiado las últimas campañas electorales. Por ejemplo, a la última elección de Mr. Roosevelt contribuyó Doris Duke con la bonita suma de 50 mil dólares.

Es de suponer que Mr. James Cromwell no permanecerá mucho tiempo en el Canadá donde su esposa, probablemente, no se sentirá tan a gusto como cerca de las riberas del Potomac. El defensor del capitalismo y perseguidor infatigable «de los ricos perezosos», esos ricos que no piensan nunca en trabajar, para los que tiene toda suerte de condenaciones, afirma que sus amigos le dicen que él no sirve para político «porque habla demasiado». (Hay quien cree, sin embargo, que esa es precisamente una condición que lo auxiliará en la política si habla mucho pero... no yerra). Sin embargo, el alcalde Hague, de Jersey City (Mr. Cromwell tiene su residencia oficial en New Jersey) asegura que Cromwell es el «candidato ideal» para senador de dicho estado en 1940, y se ha afirmado, también, que el gobernador Moore lo favorece, del mismo modo, como «su candidato».

### LAS LEYES QUE CONDENA CROMWELL Y LA QUE LO ARREGLARIA TODO

El hecho de que el presidente Roosevelt haya nombrado a «Jommy» Cromwell ministro de los Estados Unidos en Ottawa, no quiere decir que el nuevo diplomático sea uno de los incondicionales de Franklin Delano. Por el contrario, el defensor del capitalismo probablemente ha atacado más medidas o leyes de la actual Administración que cualquier otro mortal conocido. Por ejemplo, a Cromwell lo sacan de quicio las contribuciones elevadas que el ciudadano tiene que pagar ahora. La ley de jornales y horas de trabajo es otra de las que le quita el sueño, mientras que el seguro contra el desempleo también ha motivado de él diatribas enconadas.

Cromwell tiene una fórmula para acabar, de golpe, con todos esos males. Propugna —y lo hace con toda la convicción de un iluminado— que se supriman todas las contribuciones actuales, y que en su lugar se cree un gran impuesto sobre las

**L**A pureza de su carácter, su inteligencia y su ideología realmente progresiva, garantizan que el Departamento de Justicia continuará, vigorosamente, por el camino que le hemos trazado».

Así se expresó de Robert H. Jackson, nuevo «Attorney-General»—Secretario de Justicia—de los Estados Unidos, su antecesor en el cargo Frank Murphy. Comentaba el nombramiento de Mr. Jackson para el alto puesto que él había desempeñado durante un año exacto, es decir, desde el primero de enero de 1939.

Tanto Mr. Murphy como Mr. Jackson son íntimos del presidente Roosevelt, hombres de toda su confianza. Mr. Murphy fué Alto Comisario en las Filipinas hasta 1936, fecha en que retornó a los Estados Unidos y presentó su candidatura para gobernador del Estado de Michigan. En aquellas elecciones célebres en que Mr. Roosevelt fué reelecto presidente de la gran nación norteamericana por la mayoría más decisiva de toda la historia de la República, Murphy salió victorioso en su lucha contra el candidato republicano y fué por dos años el Ejecutivo de la región de los automóviles.

Las luchas intestinas entre los trabajadores de esa industria, causaron el descrédito del gobernador que culminó en su derrota en las urnas, cuando, en noviembre de 1938, se presentó a la elección. Frank Murphy tuvo que decidir en un momento dado si lanzaba al país a una guerra civil o transigía con las imposiciones del C. I. O.—la organización de John L. Lewis, opuesta a la Federación Americana del Trabajo—que había ocupado varias fábricas de automóviles, durante la epidemia de huelgas de brazos caídos de enero y febrero de 1937. Los obreros se habían colocado fuera de la ley, declarando su rebeldía ante los fallos de la justicia que les habían sido adversos. Una gran parte de la opinión del país pedía que, a la fuerza, se hiciera cumplir el mandato de los tribunales. Pero Murphy, después de conferenciar con la Casa Blanca, determinó mantener en los cuarteles a la Guardia Nacional del Estado—especie de milicia provincial—y continuar sus inacabables conferencias con los representantes de patronos y obreros. Y al fin se llegó a un acuerdo entre ambos que hasta cierto punto dejó malparada a la justicia, pero que evitó derramamientos de sangre.

Los ciudadanos de Michigan se vengaron del gobernador derrotándolo en las urnas cuando intentó ser reelecto. Pero el presidente Roosevelt recompensó el sacrificio de Murphy designándolo dos meses después para el cargo de Secretario de Justicia. Ahora, al causarse una nueva vacante en el Tribunal Supremo por fallecimiento del magistrado Buttler, Mr. Roosevelt quiso darle a su «Attorney General» una nueva prueba de aprecio y lo designó—el cargo es vitalicio—uno de los nueve próceres a quienes su alta investidura coloca, en ocasiones, por encima del mismo presidente de la República. Con el nombramiento de mister Murphy, entre paréntesis, el presidente Roosevelt establece una absoluta mayoría «liberal y progresista» en el seno del más alto Tribunal de la Unión.

Mr. Jackson, como Mr. Murphy goza de la ab-



**EL NUEVO SECRETARIO DE JUSTICIA Y SU ESPOSA CAMINO DE LA RECEPCION DE WASHINGTON.**—Robert H. Jackson acababa de ser designado sucesor de Frank Murphy como Secretario de Justicia de los Estados Unidos, cuando le fué tomada esta fotografía, en la que aparece, en unión de su esposa, camino de la recepción judicial que se celebra en Washington. Mr. Murphy, su antecesor, fué nombrado por el presidente Roosevelt magistrado del Tribunal Supremo.

## El Nuevo Secretario de Justicia de los Estados Unidos

**Aunque antes de servir a la nación era un opulento hombre de negocios, se le escogió para un alto cargo en el departamento del Tesoro debido a su conversión hacia los ricos que pretendían vulnerar las leyes, y hacia los monopolios. Hombre de confianza del Presidente Roosevelt, su nombre sonó mucho como el del candidato que la Casa Blanca tenía en mente para sucederle en la Presidencia.**

solita confianza del presidente. En el pasado se le mencionó en distintas ocasiones como el hombre que mister Roosevelt tenía en mente para que lo sucediera en la Casa Blanca. Y Mr. Jackson, como mister Ickes—el Secretario del Interior—fué siempre paladín de la causa del Presidente, con vistas a un tercer período presidencial.

El nuevo Secretario de Justicia tiene 47 años y era un letrado de gran fama en Jamestown, Estado de Nueva York, cuando el Secretario del Tesoro, Mr. Morgentrau, lo llevó a Washington como abogado del departamento de Impuestos Internos, donde debía iniciar una cruzada contra los monarcas del dólar. A su celo y cuidado quedó la campaña contra los millonarios que eluden el pago

de impuestos y contra los monopolios, labor en la que se distinguió como funcionario enérgico.

Antes de que comenzara a prestar sus servicios a la nación, Mr. Jackson era, además de abogado que había logrado mucho éxito, hombre de negocios también muy experto. En Jamestown era director de un banco y vicepresidente de un ferrocarril y de las compañías de los tranvías y los teléfonos. Más tarde, como resultado de su actuación en el departamento del Tesoro y de su adhesión a la política del Nueva Trato, se le hizo Procurador General de la República, empleo que desempeñaba cuando, el día 4 de enero actual, se anunció su designación como sucesor de Frank Murphy en la Secretaría de Justicia.

ventas, sobre todas las ventas. (De esa manera el que no vende no paga). Si hemos de decir la verdad, esa nueva medida cromwelliana no alcanzó el éxito—por lo menos de risa—de su anterior respecto a los préstamos de los bancos.

### ¿SE QUEDA INEDITA BUENA PARTE DE LA PRODUCCION «CROMWELLIANA?»

Las contradicciones que parecían existir en la filosofía política de Mr. Cromwell, hizo que cuando en 1937, determinó hacerle una visita a Rusia acompañado de su mujer, no encontrara obstáculos para sus propósitos por parte de las autoridades soviéticas. Sin embargo, a poco de arribar en Moscú, Cromwell se vió en dificultades con la policía secreta de Stalin al ser sorprendido tratando de tomar fotografías del Kremlin. Al regresar a los Estados Unidos hizo conocida su opinión de que el experimento comunista no pasaba de ser «un despotismo medieval oriental». Y se dice que para vengarse de Stalin—Cromwell había tomado a

mal el incidente del Kremlin—le envió al dictador ruso un ejemplar de su libro «En defensa del capitalismo».

Camino de los 44 años, James Cromwell parece haber descubierto el secreto de mantenerse «eternamente joven» sino «eternamente niño». Viaja continuamente en avión y posee en el Hawái—su esposa lo pagó pero ambos lo disfrutaron—un verdadero paraíso terreno, una isla convertida en edén donde los goces de la vida siguen los moldes más primitivos y paradisiacos. Y escribe incansablemente, aunque se dice que la mayoría de lo que produce se queda inédito.

### JAMES CROMWELL, EL HOMBRE QUE AMA EL PELIGRO...

Mr. Cromwell siempre ha sido rico. Lo fué «por derecho propio» al recibir una cuantiosa herencia de sus mayores que perdió cuando el «crash» de las propiedades urbanas de la Florida. Después lo fué al casarse con Delfina Dodge, hija del magna-

te de los automóviles de dicha marca. De la misma manera que ahora se le llama Mr. Doris Duke, entonces se le denominaba Mr. Delphine Dodge, queriendo con ello hacer resaltar su calidad de príncipe consorte. Ahora, al ser designado para el cargo de ministro de los Estados Unidos en el Canadá, ha habido humorista que lo ha llamado «el ministro-consorte».

La primera fortuna que cayó en manos de Cromwell procedía de su abuelo E. T. Stotesbury, quien amasó muchos millones a la cabeza de la Compañía de Transportes Rápidos de Filadelfia. Siempre tuvo dinero en abundancia, por lo cual pudo haber hecho la vida regalada y tranquila de los ricos, sin exposiciones de ninguna clase. Pero Cromwell, al parecer, ha amado siempre el peligro. Por ejemplo, cuando estudiaba en la Universidad de Pensylvania fué campeón «amateur» de boxeo de los Estados Unidos y durante la guerra mundial, a pesar de su juventud, fué capitán de infantería de marina.



DONDE HAY  
NIÑOS...



No puede faltar el  
**QUINIUM**  
**LABARRAQUE**

El organismo infantil precisa para su desarrollo normal y vigoroso, de fuerzas excepcionales y los padres precavidos tienen *siempre* a mano un frasco de este poderoso reconstituyente y febrifugo, que estimula todas las funciones orgánicas y aleja el temible peligro de la anemia infantil, precursora de las más graves enfermedades.



DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)





**DONDE HAY  
NIÑOS...**



**No puede faltar el  
QUINIUM  
LABARRAQUE**

El organismo infantil precisa para su desarrollo normal y vigoroso, de fuerzas excepcionales y los padres precavidos tienen *siempre* a mano un frasco de este poderoso reconstituyente y febrifugo, que estimula todas las funciones orgánicas y aleja el temible peligro de la anemia infantil, precursora de las más graves enfermedades.



**DE VENTA EN TODAS LAS BUENAS FARMACIAS  
DEPOSITO: MAISON FRERE 19 RUE JACOB, PARIS (60)**